

Más allá del abismo

Relatos de líderes sociales
que abren camino

Diana Pardo



Más allá del abismo

Relatos de líderes sociales
que abren camino

DIANA PARDO

Más allá del abismo

Relatos de líderes sociales que abren camino

© 2021, Diana Pardo

ISBN: 978-958-49-3812-1

© César Romero - (David Cortes, Luz Aida Angulo, Luz Marina Becerra y Sergio Bustos)

© Lorena Velasco - (Fulvia Chunguaná, Yaneth Mosquera y Liliana Pechene Muelas)

© Santiago Mesa - (Andrés Gutierrez y Dora Nally Restrepo)

© Mauricio Alvarado para El Espectador - (Mayerlis Angarita)

Fotografías

Martha Josefina Espejo Barrios. Communitas Colombia

Edición general

Andrea Leal Villarreal

Diseño y diagramación

Contenido

Historias de un país (Presentación)	11
Fulvia Chunganá y su camino para romper el silencio	19
Liliana Pechene Muelas, tejedora de identidad	27
La vida de Sergio Alberto Bustos como líder juvenil	37
Yanet Mosquera, la princesa africana.....	47
El futuro y los pájaros. La historia de Luz Aida	57
El sueño de David Cortés Araujo de ir a la universidad	67
La vida de vértigo de Mayerlis Angarita.....	77
Sanar a través del arte. La historia de Luz Marina Becerra.....	89
Color y diversidad: la vida de Andrés Gutiérrez.....	101
Dora Nelly Restrepo, la mujer que transforma vidas.....	111
Agradecimientos	118

Ignoramos nuestra verdadera estatura hasta que nos ponemos en pie
Emily Dickinson

A Gabriel

“Es imposible vivir al margen de lo que acontece, sin tener en cuenta las historias de la gente que al final también constituyen nuestra historia”.

“Estos relatos nos llevan a noches de luna llena y a baños en el río, a lunadas al son de tambores y marimbas en el Pacífico, a sancocho y vallenato en Montes de María, y al frío de Bogotá cuando se llega desplazado de Barbacoas, Nariño”.

Historias de un país

La adversidad nos hace fuertes. Este libro es la historia de Fulvia, Liliana, Sergio, Yaret, Luz Aida, David, Luz Marina, Mayerlis, Andrés, y Dora, quienes lograron sobrevivir situaciones de inmenso dolor en medio del conflicto armado colombiano y hoy en día se dedican a trabajar por la defensa y protección de los derechos de los más vulnerados. Sus relatos nos acercan más a la realidad colombiana y nos ayudan a ampliar nuestra capacidad de imaginarnos la vida de los líderes y lideresas sociales que tanto hacen por sus territorios y que están siendo asesinados ante nuestra mirada impotente.

Estos relatos nos llevan a noches de luna llena y a baños en el río, a lunadas al son de tambores y marimbas en el Pacífico, a sancocho y vallenato en Montes de María, y al frío de Bogotá cuando se llega desplazado de Barbaçoas, Nariño. Este libro intenta captar la vida cotidiana de las personas, sus sentimientos y sus sueños. La vida cotidiana del alma, como bien lo dice Svetlana Alexiévich al referirse a su libro *Voces de Chernóbil*. Acercarnos a sus vidas nos hace más empáticos.

En Colombia la violencia nos rodea, nos envuelve, y muchas veces nos asfixia. Tanto en la experiencia física como en las lecturas, tanto en la realidad como en los medios. Crecer y vivir en un país de tantas violencias nos hace quizá más conscientes, es imposible vivir al margen de lo que pasa; es imposible vivir sin tener en cuenta nuestra historia.

Colombia es un país de inmensos contrastes. Tiene una faceta moderna, con ciudades consolidadas que, a pesar de inmensos retos como la inequidad, se han venido desarrollando. Y está también la Colombia rural, aquella que la urbana frecuentemente ignora, y que vive la violencia de manera directa. Desafortunadamente en las ciudades, a veces, la gente vive aislada, y no se entera —o se niega a hacerlo— de lo que pasa más allá de los cerros y los ríos que las circunda. Parece haber mucho desconocimiento sobre la realidad del país.

Debemos reconocer que es imposible vivir al margen de lo que acontece, sin tener en cuenta las historias de la gente que al final también constituyen nuestra historia. Escribo este libro porque creo que no puede dejar de afectarnos lo que sucede en las regiones de Colombia; no debemos permitir volvernos apáticos frente al dolor ajeno y que nos acostumbremos y normalicemos la violencia. Debemos vacunarnos contra ese desconocimiento sobre la realidad del país y acercarnos a la vida de las víctimas y de los líderes. Solo así entenderemos el valor que como sociedad perdemos cada vez que un líder social es asesinado.

Nos enteramos por los medios de lo que acontece en los territorios, pero pocas veces vemos más allá para entender sus cosmovisiones, para comprender sus necesidades, reconocer las diferencias y respetar los derechos. Y es solamente desde ese entendimiento, que podremos lograr una sociedad en paz, con la verdad de lo que ha sucedido en el marco del conflicto armado y con garantías de no repetición.

En los últimos años en Colombia se han destapado muchas verdades. La firma del Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera entre el Gobierno nacional y la guerrilla de las FARC en 2016 y las consecuentes plataformas e instancias que se crearon para investigar lo ocurrido en el conflicto colombiano para establecer responsabilidades, evitar la repetición de los hechos y reparar a las víctimas, le ha dado la oportunidad al país de tener una conversación abierta sobre lo que pasó. Pero Colombia está tratando de reconstruir la verdad en un escenario en donde el conflicto no ha cesado. Seguimos siendo testigos de violencias estructurales y muchas personas siguen siendo víctimas de una realidad triste y dolorosa.

En 2020 más de doscientos cincuenta activistas de derechos humanos fueron asesinados, de acuerdo con la ONG Indepaz, lo que hace que Colombia sea el país de mayor índice de asesinatos a líderes sociales en América Latina. Los activistas son amenazados por proteger sus comunidades y oponerse a los intereses del crimen organizado. Son amenazados porque cuestionan estructuras de poder establecidas; pero también por ser mujeres, por ser negras, por ser campesinos, por ser de izquierda, por ser indígenas, por ser homosexuales o tener identidades de género diversas.

Ser conscientes nos hace responsables. Por eso tomé la decisión de escribir este libro: para contribuir desde lo que sé hacer, que es escribir, a darle voz a diez personas sobrevivientes del conflicto armado que hoy son líderes sociales. Surgió en mí la necesidad de hacer algo, cuando todos los días sin falta leía en los medios los casos de

líderes o lideresas asesinados. Es una contribución modesta, pero una contribución. La literatura tiene que servirnos para hacernos más conscientes. Crear las condiciones para que en Colombia haya paz es una tarea que le corresponde a las instituciones y a toda la población colombiana.

No podemos permitir que lo ocurrido a los y las sobrevivientes del conflicto se convierta en una leyenda. Por eso hay que contar lo que pasó, hay que narrar. Si no conocemos las historias de esos hombre y mujeres dependeremos de versiones oficiales que quizás contarán sus vidas de manera sesgada.

Este libro está hecho de relatos, de viajes al interior de mi país y de mí misma. Está hecho de silencios, de sonrisas y también de lágrimas. Es difícil no involucrarse en cada una de las historias que son conmovedoras y tristes, pero llenas de esperanza.

De dónde partí

Empecé la investigación para este libro en septiembre de 2019. No tenía claro en ese momento hacia dónde iba, lo que sabía es que quería contar historias de vida de sobrevivientes del conflicto en Colombia, personas que enfrentaron la adversidad y la transformaron en impulso para liderar proyectos encaminados a defender sus derechos y los de los más vulnerados, y evitar que casos como los que vivieron vuelvan a ocurrir. Quería conocer y darle fuerza a ese ser humano que hay detrás del líder o lideresa; y saber más: ¿cómo son las vidas de esas personas que lideran procesos sociales en Colombia? ¿Qué las mueve y por qué están dispuestas a correr tantos riesgos? ¿Cuáles son sus sueños?

Lo primero fue identificar a las personas que entrevistaría. Hay miles que han sido sobrevivientes del conflicto colombiano y que se dedican activamente a defender los derechos y reivindicaciones de los más vulnerados. Buscaba que fueran historias representativas de lo que es la sociedad colombiana, una nación diversa, resiliente y con empuje. Quería conocer sus territorios, adentrarme en ellos si era posible. En cada caso entender el contexto sociopolítico y cultural que había formado e influenciado sus vidas.

Para identificar a quiénes habrían de conformar este libro me acerqué a la Organización Internacional para las Migraciones, OIM, y a la Fundación Compaz. Después de explicarles lo que buscaba con mi proyecto ellos compartieron una lista de posibles

personas a quienes podría entrevistar. Hombres y mujeres todos con historias que contar sobre el conflicto y las formas de enfrentarlo; pero escogí aquellas cuyas vidas más resonaron en mí por sus experiencias vividas, por los territorios de donde provienen, por el impacto que tiene la labor a la que se dedican. Porque todo libro es subjetivo. En ese momento identifiqué doce personas. Hice un primer acercamiento telefónico con cada una y concluí que estas historias de vida sintetizaban lo que estaba buscando.

Enfoqué el trabajo a partir de la lectura de literatura sobre el conflicto colombiano, de documentos oficiales sobre derechos de las víctimas, de los informes de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición que ha hecho un trabajo riguroso para contar los hechos ocurridos durante el conflicto; luego con entrevistas a personas que trabajan en entidades públicas y privadas que tratan temas de víctimas; estudié los contextos socioeconómicos de los territorios de origen de quienes hacen parte de este libro, y me reuní con cada una de ellas en los lugares donde residen para que me contaran su historia.

He sido privilegiada por contar con la confianza de diez personas que me compartieron sus experiencias. Es increíble lo generosa que puede ser la gente para contarnos sobre su vida si nos interesamos por ella. He narrado estas historias tal como me las han contado. Mi aporte ha sido ordenar sus relatos, y dar el contexto que cada caso requiere para ubicar al lector en la historia de Colombia, en los escenarios geográficos y en las características sociales de cada territorio.

Un año difícil

El año largo que duró el desarrollo de este libro también fue para mí un momento emocional especial. Fue el año de la pandemia, se paralizó el mundo y yo con él; muchos de los planes de visitar por segunda vez a quienes conforman este libro se vieron truncados. Otras entrevistas que tenía pensado realizar no pude llevarlas a cabo y desafortunadamente tuve que tomar la decisión de no incluir los relatos de algunas personas. Estuve muchos días de cuarentena en pausa, esperando que las cosas retomaran su cotidianidad, como equivocadamente pensaba en marzo o abril de 2020. Seguía leyendo, seguía investigando desde mi escritorio. Pero no podía avanzar con el trabajo de

campo cuando empezó la crisis de la pandemia. En noviembre de 2020 pude viajar de nuevo y realicé las entrevistas que me hacían falta.

En ese mismo año que duró la elaboración de este libro perdí a mi padre y a un hermano. Mi papá murió en septiembre de 2019, justo cuando estaba iniciando la investigación. Alcanzamos a hablar de mi proyecto, él se entusiasmó mucho. Como buen padre, se mostró ansioso cuando le expliqué que viajaría a distintos territorios para hacer las entrevistas. “Ten cuidado”, me dijo. Al año siguiente, en plena pandemia, murió mi hermano Gabriel, en agosto de 2020. Le dio un infarto y se fue de repente y los mensajes del 15 de agosto que le mandé por *WhatsApp* preguntándole cómo estaba, quedaron en visto para siempre. Es el segundo hermano que pierdo, el menor murió cuando tenía veintisiete años de un ataque de asma. Esta nueva pérdida revivió todas las pérdidas pasadas, también la de mi madre dos años atrás. Sentí que el corazón se me había roto en mil pedazos. Gabriel fue una de las personas que más de cerca vivió el proceso de este libro, pues compartí con él cada entrevista, cada viaje; porque tenía una gran sensibilidad social y entendía lo importante de este proyecto, y reconocía lo que significaba para mí. Como resultado de la pandemia no pudimos tener los rituales propios cuando alguien fallece. No pude reunirme con el resto de mis hermanos ni con mis sobrinos sino hasta un mes después. Pero la vida tenía que seguir; y entonces volví a las historias de los líderes y me di cuenta de que ellos habían pasado por situaciones mucho más dolorosas, y que, a pesar de ello, habían tenido el coraje de seguir sus vidas con entereza y, sobre todo, con el propósito de servir a los demás y marcar una diferencia.

Hilos comunes

Los relatos que se narran en este libro son todos distintos. Cada uno es único porque son únicas las personas que lo conforman. Sin embargo, el estudio de los contextos sociopolíticos de los territorios nos da una mirada en la que encontramos varios puntos en común. En primer lugar, es indudable que el abandono estatal ha creado una deuda histórica con los territorios. Esa ausencia de Estado que se ha suplido con la presencia de grupos armados ilegales ha contribuido a generar ciclos de violencia y de inequidad muy difíciles de romper.

En varios capítulos se muestra cómo la cultura del silencio ha prevalecido en los territorios colombianos en donde las mujeres vulneradas no se atrevieron por mucho tiempo a contar sus historias. Los relatos plasmados en este libro, en cambio, son voces que han sido capaces de romper con ese silencio para evitar que lo vivido se repita en otras mujeres.

Uno de los elementos clave para que no se repitan hechos de violencia es la educación. Muchos de los testimonios de este libro nos muestran las dificultades que tuvieron que vivir personas desplazadas que no recibieron una educación básica en sus territorios, y al llegar a las grandes ciudades esas carencias se hicieron más evidentes. El logro de muchos ha sido precisamente superar esa brecha y estudiar siendo mayores.

Varias de estas historias nos muestran la necesidad de sanar las heridas, bien sea a través del arte, de la música, o al narrar sus experiencias, medios estos que han servido como catalizadores para transformar vidas, como también ha servido el hecho de servir: darse a los demás les ha dado a los líderes y lideresas la posibilidad de ver más allá de sus propias vidas y entregarse a causas más grandes que su propia experiencia.

El hilo conductor de los relatos de este libro es la resiliencia, esa capacidad que tiene el ser humano de adaptarse a las condiciones más difíciles. Son historias con esperanza. Los hombres y mujeres que conforman este libro han sido sobrevivientes de la violencia. Su mayor logro es haber sanado las heridas y haber salido adelante por sí mismos y haber transformado sus vidas para servir a otros. Su trabajo es fundamental para el desarrollo de los territorios. Por eso este libro es un ejercicio de memoria, pero también de reconocimiento por todo lo que han logrado. A todos ellos mi admiración y agradecimiento.

Marzo de 2021



“La vida no da espera
para vivirla bien”.

Fulvia Chunganá y su camino para romper el silencio

Fulvia nació en el piso de una letrina. Olga, su madre, estaba una tarde luchando contra algo que sentía se le salía entre las piernas y era su hija que estaba llegando al mundo. La madre no sabía que estaba embarazada, mucho menos que estaba dando a luz; lo que sí sabía es que unos meses atrás había sido víctima de una violación. No dijo nada, ni esa vez ni muchas otras en que fue abusada por campesinos de la zona entre los cafetales en donde trabajaba recogiendo café en El Tambo, Cauca. Y no dijo nada porque le daba miedo, pero sobre todo porque era sordomuda.

Segundo Chunganá pasaba al lado de la letrina cuando oyó que alguien se quejaba de dolor, abrió la puerta y vio un bebé saliendo de los muslos de Olga, su vecina. Lo haló con fuerza y el bebé cayó al suelo; luego lo recogió, lo puso en brazos de la madre y corrió a avisarle a la hermana de Olga. La reacción de la hermana fue de rabia contra Olga y tan pronto la vio comenzó a pegarle. En ese momento, don Segundo decidió que se haría cargo de Olga y de la niña. Él sabía que ella no tenía a nadie. “Mi apellido Chunganá me lo dio mi papá. Él no fue mi padre biológico; él se hizo cargo de mí y de mi mamá cuando yo nací”, explica Fulvia.

Segundo y Olga se volvieron compañeros de vida, tuvieron tres hijas más y vivieron una vida tranquila en El Tambo. “Mi papá trabajaba en obras públicas haciendo carreteras. No nos faltaba la comida en la casa. La comunidad donde vivíamos era muy unida. Cambiábamos pan por panela, arroz por plátano, la economía era a base de trueques. Casi no necesitábamos el dinero. Si queríamos carne matábamos una gallina. Cogíamos plátano y las hojas las cambiábamos por pescado”, recuerda Fulvia. No les faltaba nada

material. Pero lo que Fulvia añoraba era el afecto de su madre. Así la recuerda: “Yo le tenía miedo a mi mamá, ella era muy dura conmigo, me maltrataba. El día que me vino el período me pegó. Nadie me explicó nada y a mí me dio mucho susto verme sangrando. Ya después mi tía me contó lo de la regla”. Cuando tenía catorce años su tía le contó que ella era hija de violencia sexual y que Segundo no era su padre biológico; en ese momento Fulvia entendió por qué su madre era tan dura, y aunque sintió mucho dolor de que su padre en realidad no fuera el verdadero, comprendió lo que él había hecho y con el tiempo lo apreció más.

Ciclos de violencia

En 1990 Fulvia vivía con su novio. Tenían una hija y esperaban la segunda. A su compañero le salió un trabajo en Romelia, Cauca, y se fueron para allá un tiempo. En ese pueblo la presencia de las FARC era muy normal en aquella época. “Para nosotros ver la guerrilla era pan de todos los días, era como si estuviera la policía, los saludábamos, no le teníamos miedo”, cuenta Fulvia. Un día, como a las nueve de la mañana, ella estaba sola en la cocina de su casa, oyó a los guerrilleros cantar afuera. De pronto, tres de ellos entraron a la casa. “Uno de ellos me pidió café. Yo caminé y el hombre me cogió por detrás y me arrojó al suelo. Yo le suplicaba que no me fuera a matar. Se desabotonó el pantalón y me violó, yo le rogaba que no porque yo estaba en embarazo”.

Lo que más recuerda Fulvia era el olor del hombre. Un olor fétido a sudor y falta de aseo que se le quedó impregnado en la piel por mucho tiempo. También la sensación de miedo de que la fuera a matar. “Yo le suplicaba que no me hiciera daño. Me tapaba la boca con la mano y me decía que me callara. Cuando terminó se paró y me dijo que si hablaba me mataba”, relata Fulvia, y sigue: “Los tipos se fueron y yo me metí con todo y ropa debajo del agua. Ese olor se me quedó pegado. Lloraba y lloraba. Una vecina se dio cuenta y me dijo que no le dijera a nadie porque estaban matando a la gente”. Y Fulvia no le dijo a nadie, ni a su compañero, ni a una amiga, ni a sus padres. Mucho menos a las autoridades. Guardó silencio por muchos años.

Después del hecho violento, Fulvia se empezó a sentir mal, tenía unos dolores de cabeza muy fuertes y le aparecieron unas llagas en las coyunturas de las manos que le molestaban mucho. Se regresó a su casa en El Tambo y allá la llevaron donde un

yerbatero. “Él me dijo que tenía un espíritu de muerto dentro de mí y me dio agua de una tumba para tomar. Así me curaría, me dijeron, pero era un agua que llevaba ahí seguramente mucho tiempo y me puse peor: me llevaron al hospital y ahí duré un mes”, cuenta Fulvia. Después de muchos exámenes le explicaron que tenía una enfermedad de transmisión sexual. “Yo en ese punto no le había dicho nada a mi esposo ni a nadie. Me negué siempre, por miedo. Me aislaron por un mes. Todavía seguía oliendo a ese hombre”, relata. En el hospital los médicos le recomendaron que era mejor que le sacaran al bebé. Estaba en su quinto mes de embarazo, pero ella se negó y tuvo que firmar un papel para que la dejaran salir. A los pocos meses nació su hija y nació bien, pero Fulvia se había vuelto una mujer agresiva y triste.

Salir del pueblo

La situación de violencia en El Tambo se había vuelto muy compleja y Fulvia y su compañero decidieron irse para Popayán, que era la ciudad más cercana, a solo treinta y tres kilómetros. “Llegué a trabajar en una casa de familia como empleada doméstica. Nunca había estado en una casa de ladrillo. No sabía cómo estar en la ciudad”, relata. Más adelante fue aseadora y mensajera de un almacén. Ahí les empezó a ir bien económicamente, pero el novio era muy mujeriego y la maltrataba, le pegaba. “Perdí mi dentadura por sus golpes”, dice. Luego decidió separarse y denunciarlo. Él terminó dos años en la cárcel.

Volvió a enamorarse de otro hombre. Se casaron y tuvieron una hija. “Tuvimos casa, carro y un restaurante donde yo trabajaba más de diez horas al día. Un día mi esposo me dijo que se iba con otra mujer, que ya no me quería, que estaba fea y gorda, así me dijo. Yo se las perdonaba todas porque lo quería mucho. Él siempre volvía, hasta que un día me dijo, te voy a hacer algo para que me cojas rabia, así me dejas libre. Llegó bebido a la casa, me tiró al piso boca abajo y me violó por detrás. Yo gritaba del dolor”. Fulvia se detiene porque no puede seguir con el relato. Ella lo amaba y no esperaba que le hiciera daño. Pidió un taxi y se fue para el hospital. Su compañero llegó detrás y le pidió perdón. “Ese día rompí el silencio por la rabia que tenía adentro, y le conté que un guerrillero de las FARC me había violado hacía ya varios años. Ese día lo perdoné a él y perdoné al guerrillero que me violó”, cuenta Fulvia. Lo perdonó, sí, pero no siguió con

él. Tenía mucho dolor en su corazón. Habían sido trece años juntos. En ese momento no lo demandó porque lo quería.

El tiempo pasó y los hijos de Fulvia crecieron. Ella trabajó varios años en una trilladora de café, y los hijos hicieron el bachillerato. Cuando se separó del esposo, la hija mayor trabajaba y le ayudó, le pagó el arriendo, le compró cama y muebles. Fulvia empezó a respirar tranquila, y como ella misma dice: “empecé a despertar en un lugar donde no sentía miedo”.

Sanarse para poder sanar a otras

El cambio de Fulvia comenzó en 2013. Un día, una amiga la invitó a una red de mujeres cristianas donde ella encontró consuelo. Empezó también a asistir a talleres de ayuda psicosocial donde contó sus experiencias y halló herramientas para fortalecerse. Decidió romper el silencio y narrar todo lo que había vivido. “Tomé la decisión de no guardar más mi dolor y denunciar e invitar a otras mujeres a que no callaran su dolor y denunciaran”.

Más adelante la invitaron a hacer un diplomado en ayuda psicosocial en la universidad El Bosque en Bogotá. Siguió trabajando con algunas organizaciones en acompañamiento psicosocial, liderazgo político, proceso de paz, prevención de la violencia sexual y conocimiento de las leyes.

En 2014 empezó a trabajar con otras mujeres a modo de “psicóloga empírica”, como ella misma se define. “Ayudamos a las mujeres víctimas de violencia sexual. Las animamos a denunciar y les facilitamos la forma para acercarse al sistema legal, pues muchas no saben ni siquiera adonde deben ir para denunciar. Yo misma me di cuenta de que se podía hablar. No podemos callar porque nos pasaríamos la vida llena de tristeza”, dice Fulvia. Con un grupo de mujeres formó la agrupación Tamboreras del Cauca, con el fin de apoyar a las mujeres sobrevivientes del conflicto a sanarse y a denunciar los hechos. La violencia sexual es uno de los delitos menos denunciados por todas las estigmatizaciones que existen a su alrededor. Fulvia empezó activamente a visibilizar el delito y a mostrar a las mujeres que eso iba en contra de sus derechos más fundamentales.

Se llaman así mismas Tamboreras porque trabajan con tambores que ellas mismas fabrican de manera ceremoniosa: primero se corta la piel de animal curado con el diámetro requerido por el contenedor de madera. El cuero debe estar mojado, así que una vez empiezan no pueden parar hasta que terminan. Duran un día completo haciéndolos. Se tejen por detrás con aguja e hilo especiales. En la medida que van templando la piel, van pensando en su templanza, en su tenacidad y fuerza interior para sanar heridas. Las mujeres se reúnen para elaborarlos juntas. “A la vez que tejemos los tambores, vamos tejiendo esperanza y paz”, dice Fulvia. Al otro día se ponen a secar al sol. Las Tamboreras, además de tocar los tambores, cantan y tienen también una obra de teatro donde muestran historias de violencia del conflicto que se ha vivido en Colombia.

Tamborcito, tamborcito, ayúdame a cantar, para que salga mi voz y que llegue donde tenga que llegar..., canta Fulvia.

“Hay que hacer algo para ser feliz”, dice, pues a pesar de lo que ha sufrido, la vida no da espera para vivirla bien. Para ella y su grupo el dolor se puede transformar en arte. A través del canto y de sus tambores sacan el dolor que llevan dentro.

Fulvia fue parte del grupo de mujeres que apoyó a Pilar Rueda, asesora para la subcomisión de género de los acuerdos de La Habana, para recoger dos mil firmas con el fin de garantizar que la violencia sexual y el enfoque de género quedaran dentro de los acuerdos de La Habana. Lograron recoger mucho más, y efectivamente ese fue uno de los puntos del Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera entre el gobierno colombiano y las FARC.

Fue sobre todo en 2018, cuando la Organización Internacional para las Migraciones, OIM la invitó a la cátedra del perdón y la reconciliación, que en verdad pudo perdonar. “Me senté al lado de un guerrillero, un soldado y un paramilitar, y ellos pidieron perdón por todo el daño que le hicieron a tanta gente. Yo así perdoné de verdad. El que no perdona es como si se tomara un veneno. Ya no odio ni tengo rabia. De hecho, hoy en día tengo amigas y amigos excombatientes y no les guardo rencor”.

Ayudar a otras mujeres se convirtió en el propósito de vida de Fulvia y su voz se empezó a sentir cada vez más. Actualmente hace parte de la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales. Fue primero coordinadora regional en Popayán, y luego viajó a Bogotá como coordinadora nacional. También integra la Red Global de Víctimas, liderada por el Nobel de la Paz, Denis Mukwege, que reúne a mujeres de más de veinte países que han

sido víctimas de violencia sexual. Darse cuenta de que muchas mujeres en el mundo han pasado por situaciones similares, y hasta peores que la de Fulvia, le ha servido para afianzar su compromiso de trabajar por los derechos de las mujeres. No importan sus características étnicas, el idioma ni la nacionalidad: a estas mujeres las unen las experiencias dolorosas que han vivido.

Su historia la llevó a otros escenarios dentro y fuera de Colombia, ha estado en Ginebra, La Haya, Luxemburgo. Allá ha contado su experiencia, visibilizado la violencia sexual de las mujeres del Cauca y ha hecho acompañamiento en las denuncias colectivas. A lo largo del proceso se encontró con muchos obstáculos, la gente le decía que para qué iba a denunciar si había pasado tanto tiempo, que eso no servía para nada, que era parte de la cultura machista del país. Pero ella siguió y denunció. “Yo les hago una invitación a las mujeres para que denuncien, porque los delitos no se pueden quedar en la impunidad, ni las mujeres deben quedarse sumidas en el silencio y el dolor porque las más perjudicadas son ellas mismas. Las mujeres deben además de denunciar buscar ayuda psicosocial”.

Volvió a El Tambo muchos años después, cuando su sobrina cumplía quince años. La fiesta fue en la casa de al lado de donde sufrió la primera violación. Fue muy duro para ella revivir ese episodio. Al otro día estaba en un entierro y se acercó un señor y la saludó: “Hola, cómo te has engordado”, recuerda Fulvia que le dijo. Ella no lo reconoció. “Yo no sabía quién era, pero la que había sido mi vecina me contó que él era el guerrillero que me había violado. Yo no me acordaba de su cara, solo de su olor. Después me enteré de que lo habían matado. Descansé”.

Fragmentos

Fulvia hizo parte de *Fragmentos y Quebrantos*, dos espacios de arte y memoria creados por la artista y escultora colombiana Doris Salcedo. En el primero, la artista adecuó una casa en el centro de Bogotá, cuyo piso se formó con el metal fundido de las casi nueve mil armas entregadas por la guerrilla de las FARC después de la firma del Acuerdo de Paz en el año 2016. La artista no quiso hacer un monumento sino un contra-monumento para rememorar a las víctimas del conflicto. Se fundieron las armas y se crearon unas láminas de acero en las que trabajó, por invitación de la artista, un grupo de mu-

eres víctimas del conflicto armado, quienes transformaron las láminas en arte a punta de martillazos y golpes en los que, como cuenta Fulvia, desahogaron su rabia y su dolor.

El contra-monumento es un espacio vacío en una casa del centro de Bogotá donde reina el silencio y se invita a pensar en las víctimas de la guerra. “Demarca un espacio desde el cual podemos pensar, reflexionar y recordar lo que nos ocurrió... Las armas se conforman como el piso, la base o el fundamento sobre el cual podemos nosotros ejercer nuestra acción de memoria”, dice Doris Salcedo en el documental *Fragments*, donde se cuenta la historia del proyecto.¹

Para Fulvia, participar allí fue muy impactante, sentir que estaban transformando las armas de las FARC en arte fue muy poderoso, una experiencia más que le permitió sanar su corazón. “Dolían las manos, la espalda, pero dolió más la guerra”, así que “Yo me siento honrada de saber que mi nombre está en una placa en ese espacio del museo en Bogotá. Siento que mi paso ha dejado una semilla. Y que todo lo que he sufrido y el trabajo que he hecho para visibilizar la violencia sexual no ha sido en vano”.

En la obra *Quebrantos*, se le rindió homenaje a ciento sesenta y cinco líderes sociales asesinados en Colombia. Activistas de distintas regiones del país fueron invitados por la Comisión de la Verdad, entre ellos Fulvia, para participar en la iniciativa escribiendo con vidrio triturado los nombres de los líderes homenajeados, para mostrarlos luego a lo largo y ancho de la plaza de Bolívar en Bogotá. Un escenario de duelo colectivo para conmemorar a tantas personas que lucharon por el país y vieron sus vidas truncadas por manos asesinas.

Fulvia quiere ser psicóloga. Pero primero tiene que hacer el bachillerato. “He aprendido a ayudar a muchas personas sin coger un libro, pero anhelo ser psicóloga”. Va a validar el bachillerato y se va a poner a estudiar para presentarse a la universidad. Dice que es producto de un pasado, pero no prisionera de él, y aún tiene muchos sueños por cumplir.



1 El documental *Fragments* se puede ver en: <https://www.youtube.com/watch?v=d7rAb2OoJV8>



“La vida misma te enseña que los dolores del corazón que te han hecho botar lágrimas, esos dolores también te enseñan a perdonar y aceptar que el otro viene de una cadena de violencias infinitas”.

Liliana Pechene Muelas, tejedora de identidad

El álgebra de la naturaleza

“Me reconocí como misak desde el vientre de mi madre”. Así comienza su relato Liliana Pechene Muelas, una mujer líder del pueblo misak o guambiano² del municipio de Silvia, al nororiente del departamento del Cauca. Su vida surge en un contexto en el que sus padres, sobre todo la madre, luchaban por rescatar su tierra, su cultura e identidad indígena.

Liliana habla con elocuencia. Tiene una voz muy dulce y su mirada se ilumina cuando comparte aspectos de su cosmovisión. Para el pueblo guambiano la identidad y la conciencia de lo colectivo empiezan antes de nacer. Están sembradas en el hogar alrededor de un fogón, el Na Chak, en lengua misak. Los padres y abuelos tienen la responsabilidad de inculcar a sus hijos y nietos los valores y tradiciones de su cultura y su idioma, pero son sobre todo las mujeres quienes transmiten los saberes ancestrales y quienes tejen la identidad a través del telar. Liliana cuenta que desde antes de la primera menstruación su madre le enseñó a hilar, a tejer mochilas y armar ruanas y

2 Pueblo indígena que habita especialmente en la cordillera central de Colombia, en el departamento del Cauca.

anacos en los telares. Aprendió a tejer las rayas tradicionales de su familia, porque cada tejido tiene un código especial en el que se transmite la herencia matriarcal de varias generaciones. Cada pieza que se teje tiene una memoria, un significado, un símbolo. “Es álgebra pura”, asegura Liliana, “pues cada pieza hecha por nuestras manos debe quedar perfecta; la imperfección es símbolo de una mala tejedora. Se teje no solo para vestir, sino para vivir una simbología que ha sido escrita a través de códigos que se transmiten de generación en generación. Los símbolos del tejido salen de sueños o de señales de nuestro entorno diario, y para lograrlos hay que abordar la matemática y geometría como espacios puros de construcción de un tejido, cada arte realizado puede tener un significado diferente. El tejido es un espíritu que se transforma en materia”.

En Silvia el aire huele a agua y a tierra. El día que visité el pueblo era martes, día de mercado. De la loma bajaban hombres y mujeres con bultos de verduras y hortalizas para vender en la plaza. Sus rebosos o chales azules resaltaban con el verde de las inmensas montañas que abrazan el valle. El vestuario misak guarda una gran simbología: el negro de la falda de las mujeres y la ruana que usan los hombres significan la tierra, la madre naturaleza que les provee alimento; el azul del reboso de las mujeres es el color del cielo y del agua de los ríos y las lagunas; y el rojo la sangre que derramaron los ancestros en las luchas indígenas de resistencia. El atuendo es de lana, por el clima frío de la sierra. El sombrero que llevan las mujeres, el *tampalkuari*, hecho de fibra, simboliza el espiral del tiempo y del espacio. El respeto hacia la naturaleza permea todas las esferas de la vida de los misak, quienes viven en armonía con la naturaleza, las plantas y los animales. Liliana siempre lleva puesto el atuendo misak: es parte de su identidad y su cosmovisión. Más del ochenta y cinco por ciento de las personas de la comunidad viste así. Solo algunos jóvenes han perdido esa tradición, y como dice Liliana, “los jóvenes no quieren vestirse con sus vestidos originales por temor a la discriminación y a la presión armada, porque los vestidos son más visibles, y pueden llegar a ser signos de amenaza”.

La población misak más grande de Colombia está en Silvia, aunque en años recientes muchos han tenido que emigrar a otros departamentos³ por las presiones de los grupos armados o de algunos alcaldes. Liliana también es tejedora de la memoria: lleva varios años recopilando memoria histórica de la voz viva de sus mayores y de los archivos históricos más antiguos del mundo a donde ha viajado para reivindicar los derechos

3 El pueblo misak está presente en siete departamentos de Colombia: Huila, Caquetá, Cundinamarca, Valle, Meta, Putumayo y Cauca.

territoriales de su pueblo y su identidad. En este camino ha documentado que la existencia de su pueblo es muy antigua, y que los primeros títulos territoriales son de 1592. En Silvia es donde está lo sagrado para los misak: la naturaleza, que es un espacio de conocimiento espiritual. “Todos los pueblos indígenas tenemos un mandato natural: el nuestro es proteger el agua, el lugar donde vivimos; nuestra mayor reserva es el agua. Eso es proteger la identidad y también cuidar el medio ambiente”, revela Liliana.

Silvia es un territorio del pueblo misak, según registros de 1838, pero también, por su ubicación, paso de narcotraficantes y la guerrilla. El Cauca es un departamento complejo donde se presentan todos los conflictos que por su naturaleza generan violencia: narcotráfico, conflictos interétnicos, minería ilegal. “Es triste y desolador, pero también hay mucha fortaleza. La paz es la única ruta, eso lo sabemos nosotros, y no hemos permitido que los grupos ilegales se asienten en nuestro territorio”, explica Liliana, y agrega que “nuestras autoridades hablaron con la guerrilla y les dijeron que ellos habían escogido el camino más largo en la lucha por los derechos: sin violencia. No con las armas, como ellos. No podían compaginar con la filosofía de las FARC. Pidieron que no se radicaran en el territorio. Porque nuestra lucha es reivindicar nuestra existencia desde el Derecho Mayor, desde los deberes culturales y territoriales, siendo coherentes con nuestra lucha indígena sin violencia. Por eso el Cauca nos conoce y sabe de nuestra filosofía de vida, nuestras acciones en territorio y nuestro trabajo por la tierra; brindamos a la sociedad alimentos como cebollas, papas, ullucos, fresa, uchuvás, truchas y otras hortalizas más”.

Faustina

Liliana creció cerca de la zona Chiman, en Silvia. Su vida ha estado detrás de su madre, Faustina Muelas. Antes de que Liliana naciera su madre era terrajera, una condición de esclavitud mediante la cual el terrateniente usaba a los misak para sus propios beneficios, los hacía trabajar la tierra, que era suya desde tiempos remotos, sometiéndolos al abuso y a la discriminación; a cambio de su trabajo los indígenas podían habitar las tierras áridas en la parte alta de Chiman. No era un oficio remunerado. A su familia le habían quitado las tierras, los animales, los cultivos. “La vida de mi mamá fue de hambre. La ponían a trabajar largas jornadas sin pagarle nada”, dice con tristeza Liliana.

Muchos indígenas de la generación de la madre de Liliana no aguantaron los malos tratos y salieron a otros municipios. A finales de los sesenta, Faustina Muelas, en compañía de sus hermanos y hermanas, se empezó a reunir con otros líderes para conversar sobre el tratamiento que estaban recibiendo y tomaron la decisión de luchar. Trabajaron internamente para que naciera en ellos la conciencia de ser reconocidos como personas con derechos. Empezaron a hacer denuncias externas para defender sus tierras y buscaron aliados fuera de la comunidad. La familia de Faustina no sabía hablar español, no entendía de escrituras. La gente llegaba y empezaba a apropiarse de la tierra de los indígenas. “Mis ancestros no eran considerados personas ni ciudadanos, y eso justificó muchas violencias. La familia se dedicó a esa lucha de los indígenas por sus derechos. De volver a tener la tierra que se les habían arrebatado. Parte de las luchas de mi mamá fue conmigo en la panza. Nací y crecí en las reuniones”, relata.

A comienzos de la década de los setenta, hubo un despertar de la comunidad. Los Tezrajeros del Chiman, del que hizo parte Faustina Muelas junto con sus hermanos, participaron activamente en la fundación de la Consejería Regional Indígena del Cauca en 1971, una organización creada con dos principios básicos: refrendar los territorios ancestrales legitimados en el Derecho Mayor que ya tenían un reconocimiento español, para así legalizarlos en la República, y mostrar que los pueblos originarios no eran salvajes —como eran catalogados— sino ciudadanos.⁴ “Mi vida surge en medio de todo eso, de creer que somos personas. Ha sido algo que llevo en mis huesos”, asegura Liliana.

Conoció de cerca lo que pasó en las luchas indígenas con el Estado. Por eso, cuando fue creciendo comprendió que su camino era involucrarse en esos procesos de lucha. Estudió en un colegio de monjas porque sus padres pensaban que las monjas eran más disciplinadas y ofrecían una educación mejor. Ahí aprendió a hablar español. “Mi mamá me decía que tenía que aprender de las cosas externas para defenderme internamente. Ella siempre me inculcó el estudio. Las personas blancas me producían miedo. En la escuela era calladita. Hacía todo lo que me pedían. Seguía instrucciones. No hablaba. No sé cómo aprendí el español”, recuerda.

Era una niña muy tímida, según cuenta. Pero sor Eneida, una monja vicentina, la recomendó mucho con las madres franciscanas donde estudió el bachillerato y ellas la

4 Solo hasta la Constitución de 1991 Colombia se estableció como un país multiétnico y pluricultural, y la población indígena puede gozar a la luz de la ley de sus derechos como ciudadanos.

acogieron y le ayudaron. Tuvo buenas relaciones con los profesores. Fue perdiendo el miedo. “Prometí que iba a aprender a volar para ver desde arriba todos los conflictos. Desde esa mirada, ya abrí mis alas”, dice Liliana. En esa etapa de la niñez entendió que el conflicto de los blancos hacia la población indígena no era de todos.

Reivindicar la memoria

Cuando terminó la escuela la nombraron secretaria de la zona Chiman. Ahí empezó a trabajar como lideresa. Tenía solo dieciséis años, nadie tan joven había logrado en su pueblo un cargo de autoridad. Según Liliana, ella llegó ahí porque conocía su comunidad y entendía lo complejo de manejar una colectividad. Desde entonces ha trabajado por mantener viva la cosmovisión indígena de su pueblo. Empezó a conocer más, a caminar y a hablar con mucha gente. “Solo aprendes la historia caminando, me decían mis padres. De grande me di cuenta de que tenían razón. Porque cuando caminas vas aprendiendo todo”, dice.

También entendió a muy temprana edad que no podían esperar a que el gobierno les resolviera todos los problemas. “Nadie iba a llegar para salvarnos”, asegura. Y agrega que “el Estado no da abasto, no ha podido solucionar los problemas, porque la mayoría de las comunidades hablamos de títulos preexistentes a la República. Los únicos que podemos reconstruirnos somos nosotros mismos. Esa es mi misión: explicar y reconstruir la memoria para que los niños y jóvenes puedan comprender los hechos y entender por qué la existencia de los misak es importante para el planeta. Nuestra cultura debe depender de nuestras acciones”. Salvaguardar las identidades: esa ha sido la labor de Liliana como líder de su pueblo. Formar a los jóvenes y hacerlos conscientes de su realidad, pero también del mundo en el que viven.

En los muchos recorridos que hizo Liliana por los territorios con las autoridades de su pueblo entendió la complejidad del departamento del Cauca, las diferencias étnicas y territoriales. “Tenemos muchas dificultades territoriales porque las comunidades crecen, pero la tierra no”, asegura. Parte de su lucha es tejer la memoria antigua de su pueblo, por ello se dedicó a crear informes sobre la historia de su familia, su vereda, su zona, su resguardo, su pueblo y recientemente la memoria y verdad de los pueblos indígenas. Para la comunidad era muy importante hacer la reconstrucción de la memoria y por ello, junto

con su esposo Jeremías Tunubalá, se dedicó a recopilar información oral y audiovisual y de los Archivos General de Indias de España, Archivo Histórico de Quito, Archivo Central del Cauca y Archivo de la Arquidiócesis de Popayán y el Museo del Hombre en París.⁵

La investigación de Liliana le permitió confirmar lo que había aprendido de sus ancestros: la población indígena ha sido objeto de violaciones a los derechos humanos desde la llegada de los españoles a América. Abusos, torturas y masacres marcan sucesos de mucho dolor para la comunidad misak. De 179.982 habitantes en 1537, la población bajó a solo cien en 1700. Luego se recuperaron y llegaron a 10.378 en 1993 y 26 mil en 2012⁶. “En el caso misak la invasión española en el sur llegó en 1535. Nosotros estábamos en un proceso de construir nuestro propio imperio, nuestra propia civilización, y llegaron los españoles y ese proceso fue cortado. El territorio, que era muy amplio, comenzó a ser diezmado. Nos arrinconaron en lo que hoy se llama Silvia”, relata Liliana.

Midieron el impacto colectivo de la violencia en la comunidad y se dieron cuenta de que muchas personas seguían sintiéndose vulneradas. “Los indígenas que sobrevivimos es porque pudimos asimilar tantos hechos de violencia. Porque no son nuevas las afectaciones sufridas por nuestro pueblo. Ha sido una cadena de violencia desde hace siglos, no solamente los cincuenta y cuatro años de las FARC, antes el EPL, y hace siglos los españoles, y los criollos hacendados”, sostiene. “Los que sobrevivimos es porque logramos entender la complejidad de lo que significa la violencia y lo que significa una posibilidad de paz”.

Pero a pesar de tanta violencia el pensamiento misak ha sido siempre pacífico. Contrario a lo que se pensaba en aquella época, en su investigación ha encontrado que en varios manuscritos de españoles, frailes y cronistas del siglo XV se cuenta que eran pacíficos. “Cuando alguien actúa violentamente, los misak optan por callar y aguantar. Hay una renuencia a actuar violentamente. Sostener ese pensamiento es lo más complejo de nuestra cultura”, dice. Los misak no querían usar armas. Preferían morir sin ejercer la violencia. Liliana explica con seguridad y certeza que “el desafío es sostener ese pensamiento. Hay jóvenes que ya no creen en esto. Y tenemos conflictos: porque los jóvenes dicen ¿por qué

5 Liliana Pechene y Jeremías Tunubala. “Violencias y conflictos en la memoria del pueblo Misak 1535-2015”. Manuscrito sin publicar.

6 Liliana Pechene Muelas. *Diálogos de la Memoria*. Las Memorias del Pueblo Misak. Centro de Memoria Histórica. (Sin fecha).

aguantarnos?, ¿por qué ser tolerantes ante la injusticia?”. Ese es uno de los retos que ella como líder fomenta: ese pensamiento de analizar con calma y no responder con violencia.

Los misak tienen la filosofía de no denunciar ni hacer públicos los hechos. No les gusta hacerse las víctimas. Tienen la percepción de que los temas los deben solucionar solos y soportarlos en silencio. Sin embargo, al hacer el diagnóstico de la violencia, Liliana fue muy crítica porque han pasado muchas cosas que no se han denunciado, “hay que tener un equilibrio entre mantener nuestro espíritu pacífico y denunciar la injusticia”.

¿Cómo lograr un balance entre la filosofía misak de tolerancia y el deseo de que las mujeres denuncien más?, le pregunto a Liliana, y me responde que “hay que recuperar el valor de la mujer porque hemos sido las que hemos sostenido el pueblo. Creemos en que las cosas deben ser más equilibradas. Darle valor a la mujer en la educación, en las intervenciones de justicia, pero sin hacer daño a esa identidad, hay que cambiar esa lógica de que la mujer no debe denunciar. Nuestra filosofía nos limita. Pero hay que seguir luchando en que se nos reconozca. Es un tema de mucha conciencia para sembrar el valor en cada uno de nosotros. No lo puede hacer un tercero, no lo puede hacer la institucionalidad”.

Dentro de su investigación se hicieron muchas asambleas con comunidades indígenas para hablar sobre el conflicto armado colombiano y cómo fueron víctimas. “Mucha gente no quiso hablar de lo que les había pasado, de las afectaciones de las que habían sido víctimas”, dice. Le contaron muchas cosas, pero le pidieron que no publicara nada.

A raíz de esa investigación le empezaron a llegar amenazas. Hasta encontró un mapa que indicaba dónde estaban escondidas las minas que habían enterrado las FARC. “Se enteraron de que yo tenía toda la documentación, todos los archivos”, dice. Le dijeron que iban a quemarle la casa porque todo lo que estaba investigando era una gran mentira. Decidió entregarle toda la información a las autoridades indígenas para que decidieran qué hacer con todos sus hallazgos.

Liliana

Liliana es una figura pública, ha sido varias veces autoridad en el territorio, y en 2017 fue la gobernadora más joven en la historia misak. Por su trabajo con las comunidades indígenas obtuvo el reconocimiento institucional de reparación colectiva para su

pueblo a través de sus autoridades Nu Nakchak, en 2015. Fue coordinadora nacional para el desarrollo de la Sentencia Judicial T 025–Auto 004 de 2009 emitida por la Corte Constitucional de Colombia, uno de los instrumentos legales más importantes para protección de los derechos fundamentales de los indígenas en el país. Fue coordinadora nacional del pueblo misak de las víctimas del conflicto armado; docente y coordinadora del Programa de Deber y Derecho Mayor de la Misak Universidad. Es consultora de varias organizaciones nacionales e internacionales.

Su esposo, Jeremías, también es líder misak. Han ido juntos por el camino de reivindicar la memoria de su pueblo. A pesar de sus compromisos, Liliana tiene una vida familiar que valora y es parte de su esencia. Tienen una hija, Maya Sofía, y un hijo, Martin Payan. No es fácil para ellos vivir en medio de los conflictos. “Pienso en las víctimas, los cambios de nuestra cultura sembraron las semillas de violencia en muchos jóvenes. Que todos le echan la culpa a la institucionalidad, y esa no es la filosofía misak, que es comprender la vida tal cual es. Aceptar que la violencia no es nuestra vía”, dice.

Liliana dice que siempre ha sido muy tranquila, y no le tiembla la mano cuando tiene que hablar de temas complejos en la comunidad. “La gente sabe que soy correcta. Soy una defensora de decir la verdad. Nada hacemos con tapar las cosas. Nuestros mayores soportaron cosas mucho más difíciles que lo que nos ha tocado ahora. Yo siempre pienso en eso, porque antes nuestros ancestros ni siquiera eran tomados como personas”, asegura. Por eso su lucha es social.

Su lucha por la reivindicación de los derechos indígenas la ha llevado a distintas partes del mundo. Ha acompañado procesos de lucha colectiva de los derechos de pueblos indígenas mediante la reconstrucción de las memorias de vida y la formación en derechos territoriales, ambientales y culturales en el sureste asiático (Indonesia), Escocia, Centro América y en los pueblos amazónicos de Brasil, Perú y Ecuador. Viaja siempre junto a su esposo. “Yo tengo la fortuna de que comparto mi vida y vemos nuestra existencia de la misma forma. Tenemos propósitos muy semejantes y compartimos todo, hasta el trabajo. Los viajes siempre han sido con él”, afirma. Cuando viajó a Oriente sintió una gran convergencia de pensamiento, todo lo entendía: la medicina, la comida, las costumbres. “Siempre los pueblos indígenas tenemos un mismo patrón de comportamiento. En cada lugar me entendían y aceptaban”. Tuvo que aprender inglés, aunque le costó mucho trabajo, pero dice que es una herramienta que le permite abrirse al mundo y conocer otras culturas. Ha recibido mención especial por su liderazgo nacional por las Autoridades

Indígenas confederadas en Nu Nakchak, en 2016, ganadora de los Mejores Líderes de Colombia 2018, Mejor Activista Rural del Mundo en 2019, y Premio Académico Eleonor Ostrom en 2019 por la protección de los Bienes Comunes en el mundo.

Viajar le ha ayudado a contrarrestar las amenazas que de forma constante recibe. Pero nunca se ha separado de los procesos locales. Vive con su familia en el territorio rural de Silvia y no quiere que los hijos crezcan en la ciudad. “Quiero que hablen, piensen y sientan misak”. No quiero que pierdan la identidad ni el sentido de pertenencia ni el deseo de seguir trabajando por la comunidad”, dice.

En sus años como líder misak le ha tocado ver cosas muy duras. “Yo creo que le he puesto mucho corazón. Y a veces cuando uno ve y vive tantas cosas dolorosas, el corazón es más alegre, más paciente y convencido de que debe haber perdón”, asegura, y continúa: “La mayoría de las víctimas acaba siempre hablando de sus victimarios en palabras muy bonitas. Sin rencor. La vida misma te enseña que los dolores del corazón que te han hecho botar lágrimas, esos dolores también te enseñan a perdonar y aceptar que el otro viene de una cadena de violencias infinitas. Eso me ha ayudado a conocer otros pueblos, saber que ellos también han tenido sus procesos de violencia y de conflicto”.

La misión de Liliana es seguir construyendo conciencia y seguir luchando por los derechos de su pueblo. Sabe que no es tarea de un día, pero el tiempo en la cultura misak es distinto al calendario de occidente. No se someten al gregoriano. “Los tiempos propios son distintos. No todo debe estar sometido a las horas y minutos. Porque parte de la vida es romper esos esquemas de colonización. Los tiempos se guían con los ciclos de la luna”. “Poder construir conciencia es dar el salto entre lo que nos enseñan como individualismo y el ser un ente colectivo”, asegura. Esa comprensión de la conciencia colectiva es lo que forma a un verdadero líder. Y esa certeza la lleva Liliana en los huesos.





“Si cada uno de nosotros nos diéramos cuenta de que tenemos una historia que contar, habría más libros y menos balas”.

La vida de Sergio Alberto Bustos como líder juvenil

Un día uno descubre que viene a este mundo a escribir una historia. Sergio Alberto Bustos tiene claro cuál es la suya. Desde que se graduó de bachiller comprendió que su propósito era trabajar para velar por los intereses de los campesinos, de los jóvenes y del medio ambiente. No sale en medios ni da muchas entrevistas; prefiere mantener un bajo perfil. Aunque, a juzgar por la cantidad de gente que lo reconoce como líder juvenil y se acerca a saludarlo en el pueblo de San Bernardo, en el municipio de Sumapaz, mientras conversamos, parecería ser el más amiguelo y popular. Ahora está acá, saludando con camaradería y respondiendo a mis preguntas con naturalidad, sin pretensiones. Podría pensarse que es como una estrella de rock cercana, y la comparación no es gratuita, a Sergio le encanta el *heavy metal*. Pero la vida lo ha llevado por otras rutas.

Sergio es desprendido, tal vez todo lo que tiene le cabe en una pequeña maleta azul. Vivir en el campo enseña eso: que se necesita poco. Me sorprendí al conocerlo, lleva la barba larga, en honor a los barbudos de la Sierra Maestra y porque quiere cortar con los estereotipos de lo que debe ser la imagen de un hombre; es que “Yo he estado en contra de lo que el sistema nos ha impuesto de crear estereotipos, de pretender que el hombre bien puesto es el que se afeita todos los días. Yo no quiero eso. No quiero proyectar esa imagen”, dice.

Sergio se salvó de que se lo llevara el Ejército y su cuerpo terminara botado a la orilla de un río. Me contó que estaba cerca de Bogotá, con unos compañeros de San Bernardo y un tipo se les acercó y les ofreció trabajo para recoger café en Calarcá, un pueblo cafetero. En esa época, en 2010, él trabajaba en varios proyectos y declinó la oferta, pero los demás

aceptaron. Se montaron a una camioneta *pick-up* con la ilusión de ganarse unos pesos, pero al cabo de varias semanas solo dos regresaron. Los otros tres aparecieron muertos.

Algo similar le sucedió en otra ocasión. A unos amigos que estaban jugando fútbol en Soacha los mataron a tiros. Otros aparecieron muertos en Bucaramanga, a más de 425 kilómetros. Los casos aún están en investigación como falsos positivos, que es el eufemismo con el que se le conoce en Colombia a las ejecuciones extrajudiciales a personas que el Ejército ha hecho pasar por miembros de la guerrilla. A Sergio lo marcaron mucho estos episodios: “Eran amigos míos. Yo me salvé de milagro, hubieran podido llevarme a mí también”. Tanto, que fue una razón más para seguir luchando por los derechos de los jóvenes.

Nació en Bogotá en 1990 de una familia diversa. La madre era de San Bernardo y el padre de Útica, también en Cundinamarca. Se conocieron en Bogotá y se casaron. Por varios años su padre trabajó en la empresa Bavaria, productora de cerveza. Cuando Sergio era niño lo llevaba a las reuniones del sindicato. Creció acostumbrado a las protestas y los discursos que exigían los derechos de los trabajadores, que proclamaban equidad y justicia. La formación política le fue calando. “Mi conciencia social se fue formando al lado de mi papá. Nos sentábamos y hablábamos de política, de sociología, de participación ciudadana. Llegaba gente del partido comunista, gente que había estado en la revolución cubana”, recuerda Sergio y dice que fueron experiencias muy enriquecedoras para él.

En Colombia el conflicto se ha dado por el enfrentamiento entre varios actores armados, aunque las verdaderas causas son más profundas, y en muchos casos tienen que ver con la tierra. Pero el conflicto se ha vivido también desde una esfera económica, y con el señalamiento y la persecución a líderes sociales en el entorno urbano. Esa fue una de las razones por la que su familia vivió el desplazamiento a mediados de los años noventa, porque su padre fue perseguido por apoyar los derechos de los trabajadores. De un día para otro su papá le dijo que tenía que irse para donde los abuelos, en San Bernardo a noventa y nueve kilómetros de Bogotá en la cordillera oriental de los Andes. Allí iba Sergio de vacaciones cuando era niño, pero nunca se imaginó viviendo lejos de la ciudad. Dice que ellos son desplazados emocionales por causa de las presiones y persecuciones de las que fue víctima su papá.

De un día para otro su vida dio un vuelco. En San Bernardo dejó de ser el niño consentido que iba al colegio privado. La economía familiar se vio afectada y él terminó asistiendo a un colegio público. Sus abuelos vivían a duras penas del campo y

al final su papá se quedó en Bogotá tratando de sobrevivir económicamente. Ahí se empezó a desintegrar su familia.

Poco a poco se fue familiarizando con su entorno. Empezó a reconocer y a apreciar la magia de un lugar de mañanas cálidas y noches frescas, de naturaleza exuberante y una gran riqueza ambiental. El Páramo de Sumapaz, a tan solo treinta y cinco kilómetros del pueblo, es uno de los pulmones de agua más importantes del país. San Bernardo es también una despensa agrícola para el departamento de Cundinamarca. La mayoría de los pobladores se dedica a cultivar la tierra.

La sana alimentación de los sambernardininos explica que sea en ese lugar donde los cuerpos enterrados se momifican con el paso del tiempo. En 1994 se creó el Museo de las Momias, aledaño al cementerio central, donde los cuerpos yacen en urnas de cristal. La creencia es que el proceso de momificación responde especialmente al consumo de la guatila, un fruto dulce lleno de vitaminas. Al exhumar los cuerpos en el cementerio se han encontrado con personas que llevan muchos años sepultadas y conservan sus cuerpos intactos, incluso con lo que llevaban puesto el día que murieron. Son personas, además, a las que han identificado en su mayoría como campesinos de la región.

Después de un par de años su padre recibió la liquidación de Bavaria. Se fue para San Bernardo y compró una tierra para cultivarla; desde entonces siembra aguacate, arveja y feijoa. Sergio aprendió a entender el negocio del agro. En su finca no aplican pesticidas, los abonos son naturales y tiene una gran conciencia del cuidado ambiental. Así dice Sergio: “Aprendí a cultivar la tierra con mi papá. Él es come-libros. Todo lo que quiera aprender lo logra estudiando por su cuenta. Mi papá es mi referente. Trabajamos muy de la mano. Por él es que yo estoy acá. Mi mamá le ha echado la culpa a él de que yo no tenga familia, no tenga plata, no tenga hijos todavía. Ella lo ve desde un punto de vista muy materialista. A mí me hace feliz ayudar a los demás. Trabajar por los demás”.

En defensa de la población campesina

En Colombia la población campesina ha sufrido en carne propia el conflicto armado. Ha sido víctima de violencia, discriminación, usurpación de tierras. En muchos lugares

los campesinos han sido marginalizados por el Estado y sufrido las consecuencias de no contar con las necesidades básicas en educación, salud o infraestructura. De seis millones y medio de desplazados en Colombia producto del conflicto (casi la población de países como Costa Rica o Finlandia), el 87 por ciento corresponde a zonas rurales, de acuerdo con cifras del Centro Nacional de Memoria Histórica.⁷

Sumapaz, por su importancia estratégica en el territorio colombiano, ha sido epicentro del conflicto armado y escenario de luchas agrarias campesinas, desde el período conocido como La Violencia, en los años cincuenta. En San Bernardo, Sergio conoció otro conflicto que en Bogotá no le había tocado de cerca: el de la guerrilla y la fuerza pública. Cuando llegó, se encontró con un pueblo militarizado. Era 2010 y la presencia guerrillera de las FARC era permanente y si el Ejército los veía interactuando con ellos los estigmatizaba como guerrilleros. “En San Bernardo a veces se sentía cruce de balas, o se veían huecos por balazos en la pared de la Alcaldía. Eso causa mucha impresión. En la escuela nos tocó varias veces meternos debajo del pupitre porque se oían tiros afuera en la calle”, dice Sergio.

A los dieciséis, cuando se graduó de bachiller, quiso irse con la guerrilla. Pensó que era la mejor forma de cambiar un sistema con el que no estaba de acuerdo y no lo representaba. “Yo siempre me he sentido indignado, siempre elegimos a los mismos, o a los familiares de estos. La opinión pública ha normalizado la corrupción, la llaman maquinaria política, pero es corrupción. Yo estaba seriamente pensando irme con la guerrilla, pero mi papá me aconsejó que no, que era mejor luchar desde afuera, sin armas; con la palabra y con acciones”. Así, se dio cuenta de que su camino era a través de la política y la participación: “Empecé a recorrer los municipios, a hablar con gente, a conocer y a alejarme de esa tentación de irme a empuñar un arma”. Para él, la llegada a San Bernardo no fue casual, le dio la oportunidad de conocer las luchas agrarias y la reivindicación del campesinado. Se sentía parte de ellos, y sentía también que su visión política de la vida le estaba cercando.

Conoció personas valiosas, con mucha experiencia, pero poca educación formal y que, por lo tanto, estaban limitados de participar en política. “La brecha de la educación entre la ciudad y el municipio es abismal. Hay menos oportunidades de recibir una buena

7 Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *Una nación desplazada. Informe nacional sobre el desplazamiento forzado en Colombia.*

educación en las zonas rurales. Pero no es justo que los líderes campesinos no puedan llegar a ser alcaldes por no tener el nivel de educación apropiado o los recursos necesarios para hacer campaña. Su experiencia y conocimiento de autoformación deberían valer. Esa fue la primera indignación que me llevó a meterme a la actividad política, para cuestionar las inequidades e injusticias”. Tampoco le parecía justo que los adultos impusieran leyes sin tener en cuenta la visión de los jóvenes, por eso quiso participar y liderar proyectos, incidir en las políticas públicas.

Se vinculó con la ANUC, la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, una organización autónoma y pluralista que lleva operando cincuenta años en Colombia y de la cual su padre formaba parte. Sergio sintió un llamado, una fuerza poderosa que lo llevaba a convertir su vida en servicio a los demás, para visibilizar así las acciones de los campesinos, fomentar y proteger sus derechos. “En la ANUC me sentí acogido para luchar por los derechos de los campesinos. Desde que salí del colegio me uní a ellos. Mi papá es presidente municipal desde 2010, y me fui formando con él. La organización fue confiando en mí, empezaron a mandarme a distintos foros nacionales e internacionales en representación de los jóvenes”. Estuvo en el Foro Mundial para la Paz, con Oxfam, en Montreal, y también viajó a Perú, Ecuador, Venezuela, Bolivia, México, para participar en distintos foros, como representante juvenil de la ANUC.

Días de rock

Volviendo al rock, sí, a Sergio le gusta el rock, y el *heavy metal*. Siempre ha tenido ganas de producir música. Cuando estaba en el colegio al terminar de estudiar se iba a casa y jugaba a ser *DJ* con los *CD* de su papá. En eso se quedó porque no impulsó ese sueño, pero se metió empíricamente en la música, estaba en la banda marcial del colegio y llegó a ser mayor de percusión. Con unos amigos empezaron a reunirse y a tocar con los instrumentos de la parroquia de San Bernardo. Cuando estuvo en Soacha buscando oportunidades de trabajo formó parte de una banda que se llamó *Nuclear Disorder*. Tocaba con los amigos en algunos bares y cafés, hasta firmaron un contrato y se ganaron unos pesos. Pero más adelante se dedicó a la actividad política y ya no le quedó tiempo para la música.

Cuando terminó el colegio, Sergio no se sentía bien al depender económicamente de sus padres. Quería trabajar, a pesar de que estaba dedicado de lleno a su actividad como líder juvenil en la ANUC. Decidió irse a probar suerte a Bogotá y tuvo una entrevista de trabajo. Lo nombraron coordinador de guías turísticos de Bogotá y le ofrecieron una plata que nunca imaginó podría llegar a ganar. Estaba acostumbrado a los ingresos de los campesinos, que, si bien les daba para vivir, no eran grandes sumas. No lo podía creer. Salió de la entrevista y se le escurrieron las lágrimas de la emoción. Se sintió como el protagonista de la película de Will Smith, *En Busca de la Felicidad*.

“Tenía a cargo 400 jóvenes. Estaba pendiente de todo. Éramos 14 coordinadores, yo era el menor, y como era tan estricto me llamaban Hitler”, dice entre risas. Duró dos años y medio trabajando. Luego entró como planta temporal en la Secretaría de Movilidad de Bogotá. Se presentó a una convocatoria y lo eligieron entre quinientas personas para veinte vacantes. Trabajó hasta que hubo cambio de administración distrital y hasta ahí le llegó el puesto. Entonces regresó a San Bernardo a seguir liderando proyectos ambientales.

La mayoría de los jóvenes de San Bernardo que se habían ido a estudiar a la ciudad volvieron durante la pandemia de la *Covid-19*. Muchos de ellos no se reconocen como campesinos, porque no han vivido como tales, no han cultivado la tierra, pero sí han visto a sus padres y abuelos hacerlo. Poco a poco están implementando lo aprendido en sus estudios ciudadanos para apoyar a sus padres en sus cultivos. Quizás el vínculo de los jóvenes con la tierra no sea igual que en los mayores. Pero hay una conciencia más importante de respecto al medio ambiente y cuentan con más y mejores herramientas para innovar. Para Sergio es fundamental que la nueva generación de campesinos reciba una preparación integral que les ayude a proteger los intereses de sus territorios.

Con un movimiento enérgico de sus manos como tratando de aplacar su barba larga y de corte no preciso, sentencia: “Los líderes jóvenes campesinos nos tienen bajo un estereotipo, como que no hablamos bien, tenemos sombrero y las manos sucias. Yo entré a la organización para retomar la identidad campesina y fomentar el arraigo rural. Más allá de saber trabajar la tierra entendemos que necesitamos otras capacidades, otras artes para proteger el lugar donde vivimos. Creo que debe haber un tránsito a que nos dejen de ver como meros productores de la tierra, a que nos vean como líderes de construcción política y social. El joven campesino no es solo el que cultiva, es también el abogado, el médico, el antropólogo que quiere proteger su territorio”.

Sergio ahonda en su vida, me mira a los ojos y me dice “¿sabe por qué la vida me puso en San Bernardo? Precisamente porque desde Sumapaz es que se han gestado muchas luchas agrarias. Y bueno, yo pienso que eso es un motivo para seguir avanzando en su lucha. No ha sido fácil hacer una representación de la juventud cuando estamos limitados de recursos y herramientas. Yo empecé a hacer las convocatorias sin internet. Puerta a puerta. Hoy en día la tecnología nos ayuda. Pero los jóvenes de hoy son más escépticos, la politiquería los ha vuelto apáticos y les ha quitado las ganas de incidir”. Los líderes adultos cierran mucho los espacios por miedo a perder el reconocimiento y la representatividad. Eso limita a los jóvenes, hace que ellos muchas veces desistan. Sergio, los anima, los invita, se inventa iniciativas para abordar sus intereses, por eso creó el Colectivo Animalista, una iniciativa para conseguir hogares y dar en adopción a perros callejeros. Identificar qué les gusta a los jóvenes y abrir esos espacios de participación es clave para que se sientan parte de algo. En todas las actividades y proyectos en los que se ha involucrado en representación de los jóvenes campesinos se ha sentido muy apoyado y ha logrado trabajar colectivamente.

El punto de inicio para Sergio como líder juvenil fue Cundi la Marca Joven, una organización que apoya a los jóvenes para construir paz en sus territorios. Más adelante, formó parte del Colectivo Ambientalista y del Movimiento Colombia Libre de *Fracking*. En San Bernardo desde hace un par de años se descontroló la seguridad pública, en vista de la diversidad de actores que llegan para realizar actividades extractivas de petróleo en la zona. Sergio promueve, además, campañas de reforestación y lidera proyectos de manejo de basura orgánica. Desde hace unos meses tiene un programa de radio en la emisora comunitaria del municipio y también de la emisora de la ANUC, en el que debate sobre temas ambientales.

A una hora del pueblo, a pie, está su casa. Su programa radial se transmite los lunes y los miércoles. Prepara el programa el domingo en la noche. Los lunes madruga y luego se ocupa del lote de los perros del Colectivo Animalista: limpia el lugar donde duermen los animales, les da de comer, los saca a caminar. Y de ahí se regresa a su casa, a pie, mientras oye música de los ochenta, o música de protesta, como la de Silvio Rodríguez.

También escucha discursos y comentarios de pensadores como Facundo Cabral, o del subcomandante Marcos, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). “Es un poeta”, dice. Y discursos de Pepe Mujica o Gustavo Petro, “que tienen buena oratoria”. Descarga los discursos cuando hay internet y los pone en un *mp3* que le regalaron cuan-

do se ganó el premio nacional de Voluntariado Juvenil que le otorgó en 2017 la Presidencia de Colombia en la modalidad salud pública y cambio climático. Al año siguiente volvió a recibir el mismo premio, pero esta vez en la categoría de Jóvenes Destacados.

Durante el proceso de negociación de los Acuerdos de Paz entre la guerrilla y el Estado, Sergio formó parte de las Mesa 1 y 2 sobre reforma rural integral y participación política. Hizo parte de las discusiones que llevaron a escribir los lineamientos del Acuerdo frente a esos temas. Vivir ese momento histórico lo sintió como una gran experiencia.

En 2019 se lanzó al Concejo de San Bernardo porque mucha gente se lo pidió. Los votos no le alcanzaron, no salió elegido. Recibió amenazas, le decían que no se metiera en los temas políticos del pueblo, que no fuera sapo, que cuidara a su familia. No le gusta la politiquería, pero le gusta incidir en políticas públicas y seguirá trabajando en eso.

“Ya me está cogiendo la noche. Tengo 30 años, pero quiero estudiar. No lo he hecho por falta de recursos”, dice mientras silencia su celular. Tiene trescientos cincuenta mensajes no leídos en su *WhatsApp*. Quiere estudiar ciencia política. Se ve como alcalde, o diputado. Por ahora va a seguir aportando desde la ANUC. Insiste en que siente que la vida lo puso en ese lugar para velar por los derechos de otros. Para luchar por los campesinos de forma colectiva, brindando herramientas de empoderamiento a la gente. Está atendiendo a ese llamado, aunque es consciente de que con sus acciones no va a cambiar el mundo. “No pretendo cambiar la mentalidad de la gente, pero sí quiero pensar que contribuyo a cambiar conductas, a cambiar hábitos, para que vivamos en una sociedad mejor”.

Sergio es un líder juvenil natural, por su espíritu, su ímpetu, su energía. No responde a modas ni a tendencias. La vida le ha dado oportunidades que ha sabido aprovechar para poder ser un referente para muchos jóvenes. Cuando muera quiere que lo recuerden como la persona que cuidó el agua, la vida, el medio ambiente, los animales, el campo. “Si cada uno de nosotros nos diéramos cuenta de que tenemos una historia que contar, habría más libros y menos balas”.

Vuelve a ponerle sonido a su teléfono y mira la pantalla. Ahora son más de trescientos cincuenta mensajes en su *WhatsApp*.



“La vida me enseñó que todos somos iguales y nadie puede pasar por encima de nadie”.



Yanet Mosquera, la princesa africana

Estudiar a escondidas

Cuando Yanet Mosquera era niña tenía que ir a la escuela a escondidas de su padre. Él pensaba que la labor de las mujeres era tener hijos, y para ser madre no hacía falta estudiar. Pero Yanet, desde chiquita, quería aprender de todo, así que decía que se iba a la tienda o a hacer algún mandado cuando en realidad iba a clases y allá se quedaba una o dos horas. Al llegar a casa su padre indagaba por su demora y ella se inventaba hábiles justificaciones. Pero luego se le fueron acabando las excusas para explicar su tardanza, y al padre se le fue acabando la paciencia. Afra Marina Mosquera, la maestra que tenía su mismo apellido, pero no era pariente, le alcahueteaba su deseo de aprender, la motivaba y le calificaba las tareas. De uno a cinco, Yanet siempre sacaba cinco. Así logró aprender a leer y a escribir y llegó hasta quinto de primaria. Un día su padre la encontró leyendo y le dio una gran tunda con una correa de cuero. A pesar de eso, ella siguió leyendo. Desde entonces, a golpes y a escondidas se ha pasado la vida estudiando cuanto libro cae en sus manos. Dice ser una abogada sin título y una psicóloga sin consultorio. Pero ha sido la universidad de la vida la que más le ha enseñado.

Nació en Patía, Cauca, al suroccidente del país, uno de los departamentos colombianos más asolados por la violencia de los grupos armados ilegales, en especial de las FARC y de estructuras paramilitares que han persistido desde hace unos veinte años a partir de su constante reestructuración. A sus padres los hicieron casarse siendo muy jóvenes, él tenía dieciséis y la madre trece. De aquel matrimonio nacieron seis hijos que

en gran parte fueron criados por los abuelos, porque la niñez de la madre no daba para asumir la maternidad y tampoco para enamorarse de un hombre.

Cuando Yanet tenía cuatro años el padre se fue de la casa con ella y con otro de sus hijos. Tenía una nueva relación con una mujer y ahí empezó el calvario para Yanet. “Mi papá velaba más por su mujer que por sus hijos, él no se preocupaba por mí. Yo me crié con mi madrastra. Ella me trataba como si yo fuera la empleada de la casa. Me levantaba temprano a moler el maíz. A mí me daban arepa y agua de panela. A los hijos de mi madrastra sí les daba huevos”, dice.

A pesar de que no tenía una familia estable ni amorosa, era feliz con sus amigos y con lo que le ofrecía la vereda donde vivía: nadar desnuda en el río, coger frutas de los árboles, caminar sobre las hojas húmedas con los pies descalzos, jugar en las rondas y pescar sardinas para luego asarlas en una fogata. Después de jugar llegaba a casa con miedo porque la madrastra la maltrataba. Cuando se metía en problemas con su grupo de amigas, era Yanet la que ponía la cara por las demás y las protegía. Su papá le pegaba cuando hacían alguna pilatuna, como si todo lo que hiciera su grupo de amigas fuera idea de ella. “Yo me crié a la defensiva, me tocaba defenderme y peleaba como un hombre”, relata. Y continúa: “Ya de adulta es que retomé el tema femenino. Yo siempre he sido tosca, ruda y hasta imprudente”.

Ser madre a la fuerza

Una de esas tardes en que estaba jugando en el monte con sus amigas, se acercaron unos hombres que ellas veían de vez en cuando en la vereda. Llevaban uniforme, botas y fusiles. Las violaron. Yanet no entendía lo que estaba pasando. Tenía trece años y solo había menstruado una vez. Su primera reacción fue correr hacia su casa y contarle al padre. Él la castigó. Le dio una paliza que aún hoy recuerda. “No sé si odié más a los uniformados o a mi papá”, dice Yanet. Unos pocos meses después notó que tenía los senos más grandes y que su barriga estaba creciendo. Después supo que los hombres eran guerrilleros de las FARC. “Yo escuchaba hablar de la coca, de los raspachines⁸ y los guerrilleros, pero no entendía ni me preocupaba por eso”, explica.

8 En Colombia se les llama raspachines a los recolectores de hoja de coca.

Dio a luz a una niña a los catorce años. Su papá nunca quiso que fuera al médico; no tuvo una guía, mucho menos un control, y al momento de dar a luz prefirió llamar a la partera; así era menos probable que la gente se enterara de que su hija iba a ser madre soltera. Con el nacimiento de la bebé a Yanet se le vino encima una gran responsabilidad; la libertad de la que gozaba antes se le acabó. Tuvo que estar pendiente de su pequeña todo el día. Se dedicó a cuidarla, aunque en ningún momento se sintió madre, era más bien como una hermana más. Su padre y la madrastra la seguían maltratando, pero con su hija sí le ayudaban.

Un año después fue víctima de otra violación. El mismo hombre que había abusado de ella regresó a la vereda y la buscó. Volvió a quedar embarazada. Cuando nació su segunda hija su padre la mandó para Bogotá a trabajar como empleada doméstica, para que pudiera mantener a las niñas, quienes se quedaron con los abuelos. Vivía interna en la casa de una familia. No se acostumbró a la vida de la ciudad, estuvo solo un año y decidió regresar al Patía. Recogió a sus hijas y fue en busca de su madre, porque a la casa del padre no quería volver.

El encuentro fue cordial pero desprovisto de emoción. Fue como si se acabaran de conocer, porque no se veían desde que Yanet tenía cuatro años. “Era raro volver porque me sentía extraña. No conocía a mi mamá, habían pasado muchos años”, dice. El tiempo las ayudó a reconectarse, pero terminó siendo más bien una convivencia funcional.

La experiencia vivida con su familia ha hecho que Yanet, ya adulta, haya querido revertir ese ciclo de falta de afecto con sus hijos y a pesar de que sus dos hijas mayores nacieron fruto de la violencia, Yanet les ha dado el amor y el apoyo que ella no tuvo de niña.

El maltrato al que fue sometida le formó un carácter fuerte e independiente. Aprendió a no depender de nadie, a valerse por sí misma, a defenderse ella y a defender a otros que también era víctimas del maltrato. Eso le ayudó a ser lo que es hoy. Ha ofrecido con creces el amor que ella no recibió. Hoy en día, como lideresa de la fundación Mujer con Valor, la gente se lo retribuye. “Lo mejor que me ha podido pasar es haber vivido lo que viví. No sería la persona que soy hoy. La vida me enseñó que todos somos iguales y nadie puede pasar por encima de nadie. Mejor lección que esa, creo que no puedo tener”, dice Yanet.

Los destechados

Tenía veinticinco años cuando se vio obligada a salir de un día para otro del Patía. Los paramilitares empezaron a amenazar a todo el pueblo, a extorsionar a los campesinos, a desaparecer gente, eran los años 2000. A uno de sus hermanos lo mataron. A ella la invitaron a que se uniera a su causa y como ella se negó, le dijeron que le daban veinticuatro horas para irse. “Me dijeron: o te unes o te mueres. Al otro día me fui a Popayán con mis hijas. Mi mamá llegó después”, recuerda. Se asentó en un barrio de invasión, cerca de la quebrada Pubús, al sur occidente de la ciudad, donde vivían otras familias que, como ella, habían tenido que salir desplazadas por la violencia. Dormían sobre el piso de tierra encima de unos plásticos que camuflaban la humedad y el frío.

Empezó a moverse, a trabajar: vivía del rebusque, haciendo aseo en casas de familia. Validó el bachillerato. También comenzó a gestionar ayudas con entidades del gobierno, pensando en sus hijas, pero, sobre todo, en la cantidad de gente que veía vulnerable a su alrededor, sin tener un lugar digno donde vivir. Metió a sus hijos a la escuela; iba a las universidades a hablar con estudiantes para contarles cómo vivían los desplazados en los asentamientos y para que fueran a conocer y a llevarles comida. Su entusiasmo se vio truncado porque se enfermó. Empezó a sentirse mal, sentía cansancio, —algo raro en ella—, que normalmente estaba llena de energía. Le dolía la cabeza, se le dificultaba respirar, y notó que su voz perdía potencia.

Después de muchos exámenes el diagnóstico fue cáncer de tiroides. Estuvo un año en el hospital. La mamá se quedó con las niñas, pero a ella nunca la visitó. Ni su madre ni nadie de su familia, pues pensaban que tenía una enfermedad contagiosa y les daba miedo ir a verla. “Me desecharon, me dejaron botada. Cuando salí del hospital no tenía pelo, pesaba treinta kilos”, explica Yanet con los ojos cerrados, como si estuviera rezando.

A pesar de que se sentía débil, retomó el trabajo en la comunidad tan pronto salió del hospital. Fundó una organización con el objetivo de ayudarle a la gente desplazada de sus tierras a mejorar sus condiciones de vida. La llamó Corporación Destechados Pro-Desarrollo Comunitario. Al poco tiempo la nombraron presidenta del asentamiento, eran más de doscientas cincuenta familias a quienes Yanet representaba ante las autoridades locales. Pronto tuvo que ocuparse, la policía trató de desalojarlos, pero gracias a los oficios de ella los dejaron quedar. También lideró un proyecto para descontaminar

la quebrada y para que la gente aprendiera a sembrar huertas orgánicas. Sembraban cebolla, repollo, remolacha. “La gente me empezó a decir doña Yanet. Nunca nadie me había dado ese reconocimiento. Más adelante me empezaron a llamar princesa africana, con cariño, y a mí me gustaba que me llamaran así porque yo siempre quise ser reina de belleza, y ese término de princesa se acercaba a eso”, relata Yanet y los ojos le brillan.

A los dos años de haber salido del hospital le empezó a salir una mancha en el seno y le descubrieron cáncer de mama. Le hicieron una mastectomía y un tratamiento que la dejó nuevamente debilitada. Pero salió a seguir luchando: por su salud, y por su comunidad. Yanet es de esas personas optimistas que siempre ve el vaso medio lleno. A pesar de las penurias que ha vivido, no conoce la amargura porque su alegría no se lo permite.

Siguió trabajando en los asentamientos. Siguió leyendo, haciendo cursos. Un día de 2007 oyó hablar sobre un premio que otorgaba Cafam —una caja de compensación en Colombia— a líderes mujeres. “Yo me dije: yo me gano eso”, cuenta Yanet. Le pidió ayuda a una amiga para postularse, pues había que llenar un largo formulario y demostrar el impacto del trabajo, y ella no era muy buena con el manejo del computador. Se ganó el premio. Era la primera vez que el Cauca obtenía ese galardón. Siempre soñó con ser reina, y el día que recibió el premio se sintió como si lo fuera: caminó por la alfombra roja sintiendo un gran orgullo por todo lo que había logrado. Le dieron diez y seis millones de pesos (\$4.500 USD), que ella invirtió en la comunidad. Por eso la gente la quiere tanto. Porque lo que ha ganado, lo ha compartido siempre con la gente. Nunca le ha hecho falta las posesiones materiales. No se antoja de nada. Todo lo que recibe es para su comunidad.

A raíz del premio se dio a conocer más. Arturo Calle, un conocido empresario de la industria de la moda en Colombia, le regaló una casa en respuesta a la labor de Yanet con la comunidad desplazada en el Cauca. De ahí en adelante no ha vuelto a tener dificultades económicas; pero el reconocimiento no ha llegado solo, ha tenido que padecer muchas amenazas, como producto de las causas que defiende que muchas veces van en contra de intereses de otros actores que confluyen en el Cauca.⁹ De dónde provienen las amenazas no es claro: Yanet ha recibido panfletos del grupo Águilas Negras, de paramilitares, o hasta de delincuencia común. La protección que ella hace de su territorio y

9 En el departamento del Cauca hay presencia de la guerrilla del ELN, de disidentes de las FARC, de grupos paramilitares, narcotraficantes y bandas criminales. Los cultivos ilegales, la violencia sociopolítica, la disputa de tierras son algunos de los factores que hacen de este departamento uno de los más violentos de Colombia.

su lucha por la minería ilegal son quizás los temas que mayores intereses económicos representa, y de dónde ella considera provienen esas amenazas.

Después del premio le secuestraron a la hija mayor. Fueron tres meses de angustia, hasta que la policía la rescató sana y salva. Le han hecho dos atentados, el más reciente en julio de 2020, cuando le pusieron una bomba en la casa de la hija donde ella se estaba quedando. Hoy en día no se puede quedar nunca en un lugar fijo. Duerme en un sitio distinto cada noche. No frecuenta amigos porque a ellos les da miedo estar con Yanet.

¡A volar!

El ímpetu de Yanet la llevó a postularse para un curso que, a través de la embajada de Estados Unidos, ofrecía la fundación Clinton a mujeres que hacían labor social. Yanet no tenía pasaporte, pero eso ni lo pensó cuando se registró. Salió elegida. En un mes sacó papeles, visa y viajó a Miami. Estuvo haciendo un curso de educación ambiental durante tres meses en la Universidad de Miami. Viajó a Washington, Houston, San Antonio, Virginia. La invitaron a la NASA. “Para mí era increíble. Sentía que había salido del monte y de un día para otro me habían puesto en la civilización”, dice con una carcajada. Recibió una certificación como promotora ambiental, entre un grupo de más de veinticinco mujeres líderes de distintos países. También habían anunciado un premio para el mejor desempeño de la clase. “Para la premiación nos llevaron a la casa de la presidenta de la universidad. Me sentía en otro mundo. Había música, embajadores, comida, vino. Estaban el presidente Álvaro Uribe y la embajadora de Colombia ante las Naciones Unidas, María Emma Mejía. Anunciaron la ganadora del premio: Colombia”, recuerda Yanet con orgullo. El premio era un cheque por dos mil millones de pesos (cerca de \$55.000 USD), para construir una obra de interés social en el país. “Le dieron el premio al presidente y yo dije, no, el premio es para mí (se ríe). Obviamente el dinero no me lo dieron a mí, iba al gobierno, quien supuestamente iba a liderar la construcción de miles de viviendas. Esa plata se enredó. Hasta a mí, que me gané el premio, me tocó pagar los cinco millones del subsidio de vivienda unos meses después”, dice Yanet y se le nota la frustración.

No era la primera vez que le pasaba eso. Ha recibido muchos reconocimientos, ha salido en revistas, ha conocido a muchas personalidades, pero al final del día lo único

que le queda es la satisfacción. “Me han invitado a foros, pagado hoteles, pero de ahí nada más. Yo debería estar en mejores condiciones. La gente cree que yo tengo plata y no, me toca seguir rebuscándome la vida”, asegura. El impacto más importante de su trabajo está en la comunidad, como ella misma lo dice: “La gente no olvida a su negra. Voy por la calle y me gritan: ¡Mi negra! ¡Princesa africana! Para mí ese es el mayor reconocimiento”. Puedo ser testigo de eso cuando vamos caminando por el Parque Caldas y las calles empedradas del centro de Popayán. La gente se acerca y la saluda, tenemos que entrar a un café para poder hablar con calma y sin interrupciones.

En 2014 la eligieron representante del Espacio Nacional de Consulta Previa de las comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras. Un órgano de consulta e interlocución creado por el Ministerio del Interior para tener en cuenta la voz de los territorios y fortalecer la gobernabilidad en los niveles locales. Desde ahí ha podido interceder por los derechos de la comunidad afrocolombiana en el Cauca.

En 2019 interpuso una tutela para impedir la construcción de la doble calzada en la vía Santander de Quilichao–Popayán, por considerar que iba en detrimento de los recursos naturales de la región y desplazaría a muchas comunidades ancestrales de territorios aledaños. Con los códigos legales del hijo, quien estaba estudiando derecho, Yanet trabajó durante tres meses para redactar el documento que ella misma después presentó. La tutela fue negada, pero apeló el fallo y esta vez sí ganó. Este hecho se volvió un motivo de amenazas inmediatas contra ella. Le mandaron un petardo a la casa, la perseguían, le mandaban panfletos, le hacían llamadas. Desde ese momento la Unidad de Protección de Víctimas le mandó protección. “Con los escoltas me quedé sin amigos, a la gente le da miedo. Sentir la muerte cerca es horrible. Yo tengo mucho apoyo internacional de activistas de derechos humanos. Me han ofrecido sacarme del país, pero ¿cómo me voy, si yo soy la esperanza de mucha gente? Si muero mañana, moriré feliz porque llegué a la tierra y dejé huella”, afirma Yanet.

Hoy en día Yanet lidera la Fundación Mujer con Valor. Hacen brigadas médicas, levantan recursos para construcción de vivienda y lideran campañas para evitar que los niños, niñas y adolescentes sean reclutados por las bandas criminales o grupos armados ilegales. Yanet va a las escuelas del sur del Cauca y dicta cursos de capacitación a jóvenes para mostrarles que en Colombia siempre hay oportunidades para salir adelante por las vías legales.

El verdadero amor

La tarde cae en Popayán. Las paredes blancas del centro histórico se iluminan con la luz dorada que a esa hora antecede al atardecer. En un toque más personal le pregunto a Yanet por su vida sentimental. Me cuenta que nunca se ha enamorado. Cuando trató de vivir el amor no le funcionó. De su compañero quedó embarazada del tercer hijo, pero ella decidió estar sola. Estaba prevenida, no quería perder la libertad que tenía. Hoy en día dice que quisiera enamorarse, tener una persona que la acompañe, pero que no es fácil con la labor que realiza que algún hombre acepte estar con ella. “Difícilmente los hombres se acercan a mí. Yanet, la súper negra, ¿quién se mete con ella?”, dice. “Las mujeres que somos líderes terminamos solas. Los hombres se intimidan. No quiero un hombre que me impida hacer lo que yo quiero: yo actúo 24/7 y me reúno con quien me da la gana. Porque toda la vida he respondido por mí. Yo creo que yo tendría que irme del país para encontrar a alguien como yo”, afirma con vehemencia. Y ese tal vez sea un estereotipo que hay que cambiar.

El verdadero amor de Yanet es su comunidad. Su proyecto de vida es ayudar a los demás. “Me encanta trabajar con las comunidades, me fascina ayudar a la gente. Yo vivo y soy de la gente. Yo hago lo que tenga que hacer por la gente. Y llego a mi casa exhausta por las noches, pero agradecida”, dice.

Aún tiene mucho por hacer. Por eso ruega que ni el cáncer, ni las manos que la amenazan, acaben con su vida.



“Yo no me daba cuenta cuando era niña del tesoro que era el lugar donde vivía. Ahora es que aprecio el recuerdo de ese edén verde lleno de vida, donde se encontraba el caserío en el que vivía con mis padres y hermanos”.



El futuro y los pájaros. La historia de Luz Aida

El Edén

Luz Aida Angulo, una mujer de sonrisa amplia, cara redonda, pelo crespo y mirada de ojos miel, espera a veinte jóvenes que llegarán a su casa para la clase de marimba, instrumento propio del Pacífico colombiano. Lidera una fundación a la que bautizó *Black Sombra*, para recordarse del estigma que significa ser negro en Colombia, del racismo y la discriminación que siempre la persigue... como una sombra.

La organización tiene el propósito de ayudar a promover entre los miembros de la comunidad afrocolombiana o negra en Bogotá, tradiciones y saberes que perdieron al ser desplazados de sus pueblos; también apoya a mujeres que han sido víctimas del conflicto armado para hacer valer sus derechos ante el Estado. Decimos afrocolombiana o negra dependiendo de cómo se identifique cada persona.

Me encuentro con Luz Aida en la sede la Fundación, en el barrio Palermo Sur, en la localidad Rafael Uribe Uribe, en Bogotá. Para llegar allá debo caminar por un estrecho callejón peatonal que se nota bien cuidado por la comunidad: tiene flores, y algunas fachadas de las muchas construcciones de ladrillo que se ven, las han pintado de colores fuertes. Luz me recibe en un recinto pequeño, acogedor, donde hay un par de mesas bajitas y alrededor de veinte sillas, en el que ofrece a niños y jóvenes talleres de artesa-

nías ancestrales, danza y música, con el fin, como se ha dicho, de preservar la cultura y resaltar la identidad afrocolombiana y negra.

Como líder de su comunidad también motiva a las personas analfabetas para que estudien. De los dieciocho hermanos de Luz Aida, solo cinco aprendieron a leer y escribir. Los demás dicen que eso no es para ellos, que, ya mayores, eso es muy difícil. Todos los hermanos son hijos del mismo padre y la misma madre, porque en El Placer, su vereda natal, en Nariño, al sur de Colombia, no había forma de experimentar una vida amorosa variada: las mujeres a los trece años ya eran escogidas por un hombre como su esposa y estaban con él hasta que la muerte los separaba. La madre de Luz Aida ni siquiera se volvió a casar después de que murió su esposo. Las mujeres vivían sometidas al marido, asumían que ellos eran sus dueños, y se sentían con la obligación de obedecer todo lo que el hombre decía. “Cuando la mujer ya era escogida para ser la esposa de un hombre, tenía que ir a lavarle y cocinarle a la suegra; se convertía como en su sirvienta, y era la suegra quien decidía si le servía como esposa a su hijo o no. Si era marimacha y no le gustaba lavar una olla, pues esa no era la candidata para el hombre”, dice. Las mujeres muy rara vez se rebelaban, tanto así que Luz Aida vino a conocer los derechos de la mujer cuando, muchos años después, emigró a Bogotá.

Luz Aida pertenece a dos lugares. Bogotá, en donde vive desde hace más de veinticinco años, y Barbacoas, Nariño, en donde nació y creció. La vereda El Placer, donde vivía de niña, estaba al lado del río Yaguapí, un trecho serpenteante de agua cristalina donde su familia pescaba y recogía el agua para cocinar todos los días. En las mañanas se despertaba con el cantar de los tucanes y se iba a bañar al río. En épocas de lluvia el río se llenaba de mariposas de colores de todos los tamaños que se posaban sobre ella mientras nadaba desnuda. “Ese es el mejor recuerdo que tengo de niña; todas esas mariposas de colores como sacadas de un cuento de Gabriel García Márquez”, relata.

Mientras la madre atizaba el fuego en el fogón de leña, Luz y sus hermanos le ayudaban pelando la pepa e' pan, o salían al monte a coger los ingredientes para hacer el pusandao, “una sopa reconfortante y nutritiva típica del Pacífico colombiano, a base de carne serrana, plátano y hierbas que guarda la historia de mi gente”, cuenta. Hacían la sopa con leche de coco, plátano, yuca, huevo, papa y tres carnes diferentes: armadillo, pescado, o ratón de monte. “Era un manjar. El sabor que le daba la leña era único; y la imagen del humo saliendo por el fogón y llegando al cielo, mezclado con los aromas del pusandao era como estar en el paraíso”, dice con emoción.

Nunca ha encontrado en Bogotá los ingredientes que había en su pueblo para preparar el pusandao. Sin embargo, en ocasiones especiales trata de preparar la receta que hacía su madre, y reúne a la comunidad afrocolombiana del barrio en donde vive desde hace diez y ocho años para compartir la mesa y mantener las tradiciones gastronómicas de sus ancestros. Algunos domingos prepara recetas de su tierra y se cocinan ollas comunitarias. Cada persona colabora con algo, generalmente preparan un sancocho con los ingredientes que tengan. Es una linda forma de compartir, no solamente la comida sino la música, pues estas reuniones terminan siempre en canto, marimba y tambores. Además de ser un intercambio de saberes, es un espacio para que la gente del barrio conozca y conviva con la comunidad afro y se logren así derrumbar estereotipos.

“Yo no me daba cuenta cuando era niña del tesoro que era el lugar donde vivía. Ahora es que aprecio el recuerdo de ese edén verde lleno de vida, donde se encontraba el caserío en el que vivía con mis padres y hermanos”.

Hoy día, ya adulta, comprende el valor de lo vivido y aprecia de manera especial ese tapete verde de la naturaleza de su vereda. Creció montando en canoa, cogiendo la canaleta y su palanca para ir a trabajar a la mina o a sembrar el arroz, o el maíz.

Las aguas del río miran, para abajo es que se van, arriba Colombia, y abajo Panamá, canta Luz Aida con voz dulce y clara recordando esos viajes en canoa.

Otro recuerdo que tiene Luz Aida de su infancia es el de las navidades y semanas santas en Barbaçoas. En diciembre se hacían luminarias con faroles que colgaban en las afueras de la casa; eran lámparas hechas con latas vacías, como las de leche *Klim*, que se incrustaban con un palo en los techos de las casas y se alumbraban con petróleo. En navidad cortaban la guadua y ponían arcos iluminados alrededor del río y de todo el caserío. La luna plateada sobre el agua ayudaba a crear un espectáculo que duraba hasta el día de reyes.

Las semanas santas eran especiales. Eran quince días sin trabajar, sin lavar y sin hacer nada de ruido, por respeto a Dios. “Si nos bañábamos en el río”, recuerda, “había que hacerlo lentamente, zambulléndonos sin hacer olas. Al hacer ruido pensábamos que Dios se enojaba y podía levantarse su ira contra la humanidad. Entonces no dejábamos que se molestara con el mundo, con la naturaleza”.

Pérdida del paraíso

Todos los días salía con su familia a las cinco de la mañana para ir a sacar oro del río, con la batea en una mano y su mochila en la otra. Trabajaba, como la mayoría de la gente de Barbacoas, en el proceso artesanal de barequeo, separando con las manos la arena de los pocos gramos de oro que encontraba. Su madre era experta bateadora, como muchas otras mujeres del pueblo. Aprendió de ella a meterse en el río hasta la cintura para ir limpiando la arena e ir descubriendo cómo separar el oro de las demás piedras.

Los niños y jóvenes salían a trabajar con los padres. La madre cogía uno de los muchachitos más chiquitos y se lo amarraba en la espalda con una sábana. Pasaban afuera todo el día y de la casa solo llevaban la olla y la sal y la yesca de maguey prendida para espantar los moscos. De resto todo lo iban consiguiendo en el camino: el maíz, el chontaduro y el caimito,¹⁰ unos deliciosos frutos que se cultivaban en la zona y que acompañaban con un buen pescado. “Mi papá hacía la catanga, una canasta de guadua que se hundía en el agua para que los peces cayeran atrapados. También hacíamos el corral donde cogíamos los sábalos y el cujo¹¹” dice Luz.

A la hora del almuerzo hacían una casita de paja. Todas las casas estaban hechas de guadua, y con la hoja de la palma de chonta se hacían los techos. Los hermanos mayores cuidaban a los más pequeños, hacían una hamaca a la que le ponían bejuco, que es la hoja del plátano para que los pequeños quedaran como anidados, y se amarraba en la cintura de los adultos mientras trabajaban.

Se alimentaban de lo que producía la tierra. Cultivaban sus propios alimentos, por lo que se movían poco de su vereda; la tierra y el río les proveían todo lo que necesitaban. Los vecinos hacían lo mismo y algunas veces organizaban trueques. Nunca les faltó nada. Ni ropa porque el clima era cálido y andaban desnudos; no había morbo, era natural andar en cueros. La única que usaba falda era la madre, y el padre usaba el mocho. Cuando las niñas se volvían señoritas, cuando ya les salían los senos, ahí sí empezaban a taparse. Las mujeres usaban la hoja de una planta absorbente cuando tenían la mens-

10 El caimito es un fruto redondo, amarillo, dulce y refrescante que se cultiva en el Pacífico colombiano.

11 Los habitantes de Barbacoas llaman cujo al bagre.

truación, y se la ponían amarrada al cuerpo al estilo taparrabos. Los zapatos tampoco eran necesarios. Las superficies por donde caminaban eran suaves. “Me acuerdo la primera vez que me puse zapatos. ¡Sentí que mis pies eran muy anchos!”, dice. “Lo mejor era estar descalzo, era el contacto entre la tierra y el ser”.

Era una vida sencilla, tranquila. La comunidad donde vivían estaba conformada por grandes familias como la de Luz Aida. Sus tíos tenían muchos hijos, algunos llegaron a tener veinte. Cuando eran mayores se casaban y hacían su casa ahí mismo; nunca se separaban como familia y así el caserío siempre iba creciendo. Había solo una escuela, pero si en el año la profesora iba un mes ya era mucho. Luz Aida aprendió las letras cuando era niña, aunque solo supo cómo juntar las vocales con las consonantes para leer y escribir cuando ya era grande y vivía en Bogotá.

Barbacoas, ese pueblo localizado en el Pacífico colombiano, al occidente del departamento de Nariño, a 176 kilómetros de Tumaco, es desde mediados de la década de los ochenta un corredor clave para los grupos ilegales que trafican con drogas, oro, plata o armas. La minería constituye una de las actividades económicas más importantes para Barbacoas, al lado de la agricultura y la ganadería. Para llegar a este pueblo marginado hay que viajar por una carretera destapada alrededor de ocho horas desde el municipio de Junín. La riqueza natural y la exuberancia de la vegetación de la que habla con emoción Luz Aida desafortunadamente no se tradujo en inversión social para la región, y la falta de infraestructura ha contribuido a perpetuar la violencia y la pobreza.

Cuando era niña los sueños de Luz tenían que ver con el campo: tener una canoa, el propio potrillo, cultivar la tierra como lo hacían sus padres, agricultores y mineros. Le gustaba jugar a las muñecas, que ella misma hacía con piedras o palos. Fue una persona muy feliz hasta que tuvo doce años. Cuenta Luz: “Yo sentía que Dios siempre estaba con nosotros. Me mostraba cosas que los adultos no veían, pero yo sí. Nada nos faltaba. Es el Dios vivo, el que tejió mis manos, no creo en la idolatría que hace de él el hombre. Creo en Dios vivo. Orábamos en familia, se rezaba el rosario, los domingos lanzaban un cohete al aire y era un llamado a ir a misa, que se transmitía por radio”. El cura subía cada año a hacer una correría del corazón de Jesús. Se hacía una caravana de canoas y se adoraba un cuadro del corazón de Jesús; se tocaba la tambora y la marimba. Esas fiestas religiosas eran importantes para el pueblo, una forma de divertirse, pero también de conectarse espiritualmente. Hoy en día Luz no cree en religiones. “No creo en intermediarios”, dice. “Yo hablo con Dios directamente. La iglesia somete a los pueblos, de eso me di cuenta con

el tiempo. Pero sí me críe con el temor más grande de Dios. El padrenuestro es para mí como un teléfono con el que puedo comunicarme con Dios en directo”.

Cuando su pubertad se estaba asomando, la vida empezó a cambiar para Luz Aida. La hermana que le seguía en orden ascendente empezó a acosarla sexualmente. No fue capaz de comentarlo con nadie, se sentía incómoda en su propia casa, más cuando estaba a solas con su hermana. Adicionalmente, su papá era muy rígido, tenía un rejo de cuero de ganado y por cualquier cosa les pegaba a los hijos hasta dejarles heridas que sangraban. “Ahí empezó mi vida a complicarse. Hasta que una vez mi papá me dio muy duro, me tapó la boca, y me decía: está saliendo la birria, está saliendo todo lo malo, estaba borracho. Mi mamá se levantó y me ayudó”. Luz Aida tenía mucho miedo y decidió irse de la casa. Llegó al pueblo a donde una señora que tenía un almacén. Le dio trabajo como empleada del servicio doméstico y unos meses después la mandó a Pasto como sirvienta de una hija. Duró tres años trabajando para ellas y decidió regresar a su pueblo. “Yo tendría unos quince años cuando volví, y me puse a trabajar nuevamente en la mina. Ya nos daba miedo ir al monte porque empezaron los rumores de que había guerrilla en la zona”, dice mirando al infinito.

Hora de partir

En su vereda hubo paz hasta que empezaron a llegar los chusmeros, a finales de los ochenta. Así llamaban a los guerrilleros que llegaban navegando por el río. Los rumores más tenebrosos decían que traficaban con órganos, que había unos hombres que cogían a los niños y les sacaban los órganos para venderlos. La gente del pueblo empezó a esconderse en cuevas cuando los veían venir. Ya después era más evidente la presencia del ELN, de las FARC y de los paramilitares, aunque no sabían quién era quién porque los uniformes camuflados eran iguales. La guerrilla comenzó a adueñarse de las tierras para poder explotar las minas.

Un día se acercó un grupo de guerrilleros a la casa y le ofrecieron al padre de Luz comprarle la tierra por una suma absurda. “Eran como quince encapuchados”, recuerda Luz. “Le ofrecieron una miseria por la tierra a mi papá, él dijo que no y al otro día volvieron y le dijeron que le daban veinticuatro horas para salir”.

En efecto, cumplieron lo dicho y regresaron. En ese momento, Luz Aida estaba en la azotea lavando ropa. Los encapuchados apartaron a las mujeres a un lado y a los hombres

al otro. A Luz y a las hermanas las llevaron a unos matorrales y las violaron. “Después de que abusaron de mí me dejaron desnuda amarrada en un palo de cacao”, recuerda con lágrimas Luz Aida. “La hormiga conga, que pica como si fuera una culebra, me picó sin que yo pudiera hacer nada. No podía gritar ni pedir ayuda porque me habían puesto un bejuco de plátano en la boca; lloraba en silencio del dolor y de la rabia. Violaron a todas las mujeres, incluyendo a mi hermanita, eso fue lo que más me dolió, para nosotros la virginidad es sagrada, y nos dejaron ahí hasta que un tío llegó y nos desató”.

Decidió irse con las hermanas y otras mujeres. Se fueron a pie porque si tomaban la canoa por el río era más factible encontrarse con los guerrilleros. En las dos orillas había hombres con uniforme militar, pero lograron escaparse por tierra, caminando por trochas espesas y oscuras y pidiéndole a personas en algunos autos que pasaban que las llevaran. Fueron más de treinta horas hasta que, echando dedo, llegaron a Junín y luego a Pasto. Recuerda Luz “No era capaz de contar lo que me había pasado. Me fui a pedir trabajo a la plaza de mercado, comía lo que encontraba. Me quedaba ahí en la plaza a dormir. Conocí a unas monjas que iban para Popayán y les pedí que nos dejaran viajar con ellas. Tendría diecisiete años. Llegamos a Popayán y ahí me quedé un tiempo, hasta que decidimos ir a Bogotá”.

Resolvieron pedir plata y separarse en grupos de a dos o tres, para no llamar tanto la atención. Cuando llegó a Bogotá no sabía cómo moverse en la ciudad. Nunca había salido de su caserío, ni había tomado un bus. Nunca había estudiado ni había tenido que trabajar para ganarse la vida. Mucho menos tenía papeles que la identificaran, pues en Barbacoas no había tenido necesidad de ellos.

Estuvieron varios días en el terminal de transporte en Bogotá hasta que un señor se les acercó y les habló de un barrio de invasión al sur de la ciudad donde había varias personas desplazadas de diferentes regiones del país. El señor las llevó al barrio, las ubicó y nunca más lo volvieron a ver. “Fue un ángel que se nos apareció”. Ella misma hizo un cambuche, una pequeña casa con tablones de madera y lata. Se sentía sola, tenía miedo y frío, pero poco a poco la gente se fue acercando para ayudarlas.

Lo único que ella sabía hacer era cantar, así que decidió hacerlo para llamar la atención de la gente. Iba por el barrio con su voz potente cantando alabaos y currulaos.¹²

12 Modalidades de canciones típicas del Pacífico colombiano. Los alabaos son cantos fúnebres o de alabanza que se realizan a capela. Los currulaos se entonan con instrumentos de percusión. Ambos ritmos cuentan con una gran herencia africana.

Cuando le gente salía de sus casas ella y otras mujeres comenzaban a cantar mientras pedían que les ayudaran. Les daban ropa y comida. Alguien les contó que en la plaza España compraban ropa de segunda. La ropa que les daban y no les servía la guardaban y la vendían. “Subsistimos así por mucho tiempo. Con esa ropa saqué adelante a mis hijos, a mi comunidad, y aprendimos a gestionarnos en Bogotá. Nosotros no sabíamos que ya estábamos empezando a organizarnos. Alguien me dijo que por qué no legalizáramos nuestra organización, de ahí nació *Black Sombra*, la fundación que presido y cuyo nombre viene del racismo y la discriminación”, afirma Luz.

De esta manera se fue abriendo espacio en Bogotá, conociendo personas que le ayudaron a identificar agencias estatales que apoyaban a la población desplazada. No nadaba como en el río Yaguapí, pero empezó a moverse con cautela por las calles de Bogotá y, poco a poco, fue ayudando a otros desplazados a hacerse una vida en la capital.

El futuro y los pájaros

Cuando Luz Aida llegó a Bogotá no se imaginó que podría estar embarazada producto de la violación. “Unos pocos meses después de llegar a la ciudad nació mi hijo. Fue difícil al comienzo, pero salí adelante. Él es un muchacho maravilloso. Hoy en día es ingeniero. Es la bendición más grande que Dios me dio. Todos mis hijos son bendecidos, pero él es un ejemplo. Fue el único que estudió de mis muchachos. Yo le conté a él la verdad cuando cumplió dieciocho años. En esa época había muerto mi mamá, me tomé unos tragos y decidí contarle a mi hijo. No quería seguir el ejemplo de mi mamá que se llevó muchos secretos a la tumba por el miedo que le daba contar las cosas. Le dije, “Bueno mijito, esto fue lo que pasó, y le conté todo. Me abrazó y me dijo, mamá, usted es una berraca. Gracias por darme la vida”.

Cuando nació su primer hijo conoció al que sería el padre de sus otros cinco. Empezó a vivir con él, pero pronto se dio cuenta de que su vida era un infierno. “Yo toda la vida me sentí violada. Nunca tuve una relación porque quise. Desde hace catorce años yo no he vuelto a estar con nadie, porque siempre me sentí lastimada, ultrajada, y no quiero sentirme así. Prefiero estar sola. No quiero sentir que alguien me ahoga”, confiesa Luz.

Después de unos años de estar dedicada al trabajo de *Black Sombra* decidió estudiar. Sabe que la preparación es fundamental para gestionar los proyectos que se inventa. El


21 de noviembre de 2015 terminó de validar el bachillerato. Es una fecha que recordará siempre porque le costó mucho trabajo estudiar estando mayor.

En el marco de la implementación de los Acuerdos de Paz, Luz Aida formó parte de la Mesa de Víctimas, que se reúne periódicamente para unir criterios e incidir en la formulación de políticas públicas para que las sobrevivientes de la violencia reciban reparación por parte del Estado. A través de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, una entidad gubernamental creada en 2012, Luz Aida ha recibido talleres de liderazgo. Tal conocimiento le ha permitido empoderarse para hacer valer sus derechos y ayudar a que otras mujeres que también han sido víctimas, reciban justicia. Se ha convertido así en vocera de las mujeres negras y la invitan a participar en muchos espacios —incluyendo el Congreso de la República— para que cuente su experiencia como sobreviviente. La violencia sexual dentro del contexto del conflicto armado colombiano ha dejado más de 26.000 mujeres afectadas, según cifras de la Unidad para las Víctimas.

Luz seguirá trabajando por las mujeres, por los niños, niñas y jóvenes de su comunidad. “Me encanta el futuro. El futuro hay que sembrarlo en la niñez. Mi sueño es tener un comedor comunitario donde los niños puedan alimentarse bien y donde conozcan las delicias de nuestra tierra y aprendan de su cultura. Para lograr ese sueño me hace falta fortalecer mi capacidad para gestionar. Aspiro a que algún día una ONG o la empresa privada me apoye. Sola no puedo”, dice.

Luz Aida pone en su lugar las marimbas y tambores que dejaron los jóvenes en desorden después de la clase. La música es para ella vida y la hace recordar los pájaros que oía cantar en su caserío en Barbacoas. A través de la música ha ido sanando sus heridas, a pesar de que el dolor causado es irreversible. Es una manera de expresar lo que siente, de volver a sus raíces, de sacar con todas las fuerzas de sus pulmones el dolor que lleva adentro. Es también una forma de cultivar sus tradiciones; de recuperar los saberes de su pueblo y su cultura. En Bogotá solo escucha las bocinas de automóviles, pero en su mente siempre guarda el canto de los pájaros carpinteros y los tucanes de su nativo pueblo, al que algún día aspira regresar. Ese es el oro que verdaderamente brilla.



A black and white photograph of a man standing on a rooftop terrace at night. He is wearing a light-colored crewneck sweater over a collared shirt, dark trousers, and light-colored sneakers. He is smiling slightly and looking towards the camera. The background shows a city skyline with blurred lights, suggesting a high-rise location. A brick wall and a metal railing are visible behind him. There are some potted plants on the terrace floor.

“Es que el río lo reclama a uno”.

El sueño de David Cortés Araujo de ir a la universidad

Lo que más añora David Cortés de su pueblo es el río. La vereda La Honda, al lado del río Chagüí a cuatro horas de Tumaco, en el Pacífico colombiano, Nariño, era un case-río de no más de doce casas donde de niño vivía con sus padres, dos hermanos y una hermana. El río se movía con las dinámicas de la marea: subía y bajaba descubriendo una piscina de agua fría y cristalina de la que David poco salía. Con sus primos pescaba camarón de río y también, en las cercanías, jugaban a ser cazadores, aunque no cazaban nada. Sus abuelos tenían una finca y un rancho en medio de la selva, donde todo era muy básico. Iban a pasar las vacaciones allá. Se levantaban a las cinco de la mañana a recoger cacao y se acostaban a las seis de la tarde porque no había electricidad. Hoy, desde Bogotá, David dice que le gustaría volver allá, a los años noventa cuando era niño, “porque era muy sanador ese encuentro con la naturaleza: monos, perezosos, quebradas cristalinas. Era una vida sencilla y feliz”.

En esos años en la vereda La Honda no había nada más que un caserío y una escuela rural donde los niños y niñas hacían hasta quinto de primaria. David nació en su casa con partera tradicional. A los siete años no conocía la zona urbana. Su familia vivía del cultivo de cacao. “Cuando era la cosecha íbamos todos a recoger. Cuando mis padres bajaban a Tumaco a vender cacao, uno de los regalos que más apreciaba era el pan o el *BonYurt* (yogurt con cereal); jeso era lo mejor de la vida!”, relata David.

El impacto de la televisión

No tenían electricidad, pero algunas familias a quienes les iba mejor económicamente tenían generador, un televisor y un betamax. Algunos domingos en la tarde los niños se reunían en una de esas casas para ver películas, y la que repetían una y otra vez era la de Rambo, el guerrero encarnado por Sylvester Stallone. “La imagen de Rambo y su arma se volvió un referente”, relata David. Para unos niños que nunca han salido del campo, que no saben nada del mundo de afuera ni han visto siquiera un automóvil en su vida, ver ese personaje armado era una forma de entender el poder. Se convirtió en un modelo a seguir para muchos. Cuando llegó la guerrilla a finales de la década de los noventa, los niños y los jóvenes vieron en los guerrilleros el mismo poder de Rambo. “Las armas de la guerrilla nos hacía sentir fuertes”, dice David. El reclutamiento en esa época parecía no ser forzoso porque el contexto empujaba a los jóvenes a ir tras ese ideal y, en medio de insuficientes condiciones laborales, económicas y humanas en ese lugar como en muchas partes del país, lo hicieron.¹³ “Por Rambo, teníamos una imagen poderosa de lo que era un soldado. Las armas solo las conocíamos por la televisión, y las relacionábamos con sentirse fuerte, poderoso, como Rambo”, refuerza.

Llegaron las FARC y el ELN y reclutaron mucha gente. David me cuenta que diez de los niños que estudiaban con él en la escuela se fueron con la guerrilla. Muchos se enlistaron engañados porque les decían que iban a vivir en condiciones mucho mejores a las que vivían, y que si no les gustaba podían regresar. “Muchos no regresaron”, relata David. “Las condiciones eran inhumanas y cuando llegaban allá se estrellaban con la realidad. Los que trataban de fugarse los mataban”, dice.

La guerrilla llegó al pueblo pisando fuerte. No había autoridad de gobierno, así que ellos llenaban ese vacío e imponían su voluntad. Los entrenamientos los hacían en la escuela, con armas y todo. David cuenta que “la guerrilla intimidaba a la gente, pero en algunos casos hacían cosas buenas, por ejemplo, no permitían pescar con dinamita, o botar basura en el río”.

13 De acuerdo con el derecho internacional humanitario el reclutamiento de menores de 18 años es un acto ilícito y siempre forzoso. Sánchez Gómez, Gonzalo y Bello, Martha Nubia ¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013

En realidad, nunca le llamó la atención ingresar a las filas de la guerrilla porque no le gustaban las armas. Las películas de Rambo eran una cosa, la realidad de las armas otra. Un hermano sí quiso irse, pero la madre lo disuadió: “mi mamá había trabajado en Bogotá en servicio doméstico, ella había salido, ella conocía un poco más del mundo y sabía que los guerrilleros no eran de fiar”.

En la vereda La Honda y en muchas veredas aledañas al río Chagüí, las familias se dedicaban a cultivar cacao o palma. Pero a finales de la década de los noventa llegó la coca y las cosas empezaron a cambiar.¹⁴ Los cultivos de coca permitieron que la gente mejorara las condiciones de vida, pero también generaron más violencia: las FARC empezaron a cobrar vacunas a quienes cultivaban la coca y al que no pagaba lo mataban. El padre de David nunca quiso entrar en el negocio ilegal. Solo cacao. De hecho, “a él era de las pocas personas a quienes respetaban de todos los frentes en el pueblo porque no se metía con nadie”, dice David.

En esa época Tumaco también se llenó de paramilitares. “Empezó un conflicto en el sentido de que si iba a Tumaco lo acusaban de ser para. Si se quedaba mucho en el campo lo acusaban de guerrillero. Al esposo de una tía lo mataron y lo botaron al río. A un profesor y a su esposa los acusaron de trabajar con los paramilitares y los mataron. Al hijo de doce años lo cogieron durante el entierro de sus padres, lo amarraron a un árbol y lo mataron delante de toda la gente. Se sembró el miedo en el pueblo. A mi papá la guerrilla se lo llevó tres veces, pero lo liberaron. Nos acostumbramos a convivir con la guerrilla. A pensar que ellos eran la ley”, relata David.

La tranquilidad cambió de manera abrupta. David y su familia empezaron a conocer casos en los que amigos y gente cercana a ellos terminaban siendo víctimas de la guerrilla o de los paramilitares. A las tías de David las buscaban porque las acusaban de trabajar con los paramilitares. “Un amigo nos avisó que nos teníamos que ir ese mismo día o si no, nos mataban. Decidimos salir por la selva”, cuenta David, y explica detalles de su relato, “Yo tenía ocho años. Mis hermanos nueve y diez. Nos tocó correr por la selva toda la noche. Eso no fue tan difícil porque estábamos acostumbrados a la oscuridad. Caminamos durante más de cinco horas de noche, con mis papás, hermanos y

14 A finales de los noventa los cultivos de coca se trasladaron a Nariño por la ofensiva militar del gobierno hacia los principales departamentos productores, que en ese momento eran Meta, Caquetá y Putumayo. Fundación Ideas para la Paz. (2014). *Dinámicas del conflicto armado en Tumaco y su impacto humanitario*.

tíos. Era una trocha, no había camino. Pero como estábamos acostumbrados a caminar por la selva con los canastos de cacao eso no me importó. Pero sí el temor de que nos pudieran estar siguiendo. Cogimos una lancha hasta Tumaco, llegamos como cuatro horas después. Mis tías tenían casa en Tumaco, así que llegamos allá”.

La vida urbana

La diferencia de vida entre la zona rural y la urbana fue muy marcada para David. “¡En Tumaco había agua de la llave!”, exclama con una sonrisa. Era la primera vez que era testigo de aquello, que para él parecía un milagro. Fue también la primera vez que vio un carro. “Solo los había visto en las películas. ¡Eso fue para mí emocionante!”.

La madre empezó a trabajar en un restaurante y las cosas se complicaron para David porque en el campo se la pasaba en el río o encerrado en la casa. La dinámica en Tumaco era muy distinta, iba al colegio, pero no tenía amigos. “Mi hablado era distinto al de los demás, la forma de decir todo era distinto. Yo opté por no salir de la casa, me engordé mucho y me deprimí”, relata.

Tumaco en esa época estaba llena de paramilitares que controlaban los centros de distribución de coca y de disputaban el mercado con narcotraficantes y guerrilla. “Una vez entraron al colegio y llegaron los paras y mataron a dos compañeros ahí delante de todos”, cuenta David. Al colegio se acercaban grupos de todos los bandos tratando de reclutar jóvenes. Pero David, que era poco sociable y a quien le gustaba estudiar más que parrandear o jugar fútbol, no se dejaba tentar por las ofertas que le hacían.

Su vida dio un vuelco y marcó una proyección cuando ingresó a un programa de periodismo en el colegio, organizado por una ONG. “Ahí nos enseñaban a ser reporteros. Teníamos una revista, un comité editorial, escribíamos artículos”. La Agencia de Cooperación Canadiense les daba la plata para la impresión de la revista. “Eso era como para mantenernos ocupados y alejarnos de la ilegalidad. Era una forma de protegernos. Aprendí que a pesar de que el mundo era una mierda, siempre podía haber otras oportunidades afuera”, asegura. El proyecto duró un par de años y de ahí pasó a ser parte de Jóvenes Constructores de Paz, un movimiento de la misma ONG, del que David era representante, que buscaba estrategias para construir paz dentro del colegio. “En eso

me distraía. Mi hermano sí era del gueto. Yo en cambio no estuve metido en eso. Hasta que cumplí diecisiete estuve con esa ONG”.

En el barrio donde vivían en Tumaco también vivía un jefe paramilitar. Un día David iba caminando por la calle y lo vio. Iba con dos hombres que él reconoció como guerrilleros de su pueblo. “De pronto, ahí mismo delante de mí, mataron al paramilitar. Yo salí corriendo y no fui capaz de hablar. El segundo al mando de los paras era el esposo de mi prima. De ahí, mi mamá, por miedo, se cambió de barrio y decidió mandarme a Bogotá”, relata David.

La gran ciudad

Cuenta David que su vida en Bogotá fue difícil, “Me tocó buscar donde quedarme, mi hermana se vino a acompañarme, arrendamos una habitación. Ahí empezó mi calvario: el cuarto tenía ratas, era oscuro, no había ni colchón. Compramos cartones para dormir en el piso. Con todas las dificultades que había tenido antes, nunca había vivido así de mal. Yo me quería devolver a la casa, pero mi mamá no me dejaba porque Tumaco seguía muy inseguro. Una señora vecina nos regaló un fogón y comprábamos menudencias, que era lo más barato, y comíamos eso todo el día. Había días que pasaban sin comer nada”.

El sueño de David siempre había sido ingresar a la universidad. Pensaba que era la única forma de romper el ciclo de violencia y también de pobreza. Quería conocer el mundo, estudiar, viajar. “Cada día me despertaba con la idea en la cabeza de que tenía que entrar a la universidad. Me limpiaba las lágrimas y me levantaba”, afirma con vehemencia, como recordando su determinación de esos días.

Hay un elemento que para David se volvió una obsesión. Recién llegado a Bogotá veía a todos los jóvenes que tomaban el TransMilenio llevar sus cosas en unos morrales de colores de marca *Jansport*. Esa mochila era para David la imagen del estudiante que quería llegar a ser. “Para mí eso representaba mi deseo de estudiar”. Hoy en día tiene dos de esos morrales, pero en ese momento parecía ser un sueño inalcanzable.

David decidió contactar a la ONG con la que había trabajado en Tumaco para pedirle que le ayudaran. “Nos ayudaron con mercado y nos presentaron con personas. La

señora de la fundación Escuelas de Paz nos regaló un colchón, platos y una olla. Cocinábamos el arroz, lo servíamos y de ahí lavábamos la olla para cocinar la sopa o lo que fuera. A la hora de comer ya estaba frío lo primero, pero al menos ya teníamos donde dormir y donde comer”, relata.

David comenzó a trabajar y a estudiar en el SENA,¹⁵ pero lo que ganaba no le alcanzaba para mucho más allá del arriendo y el transporte. “Había días que no comía nada. Tenía buenos amigos que me ayudaron, me invitaban almorzar. Hasta los profesores se daban cuenta y también me ayudaban. Fue un año entero así”. Luego consiguió trabajo en el área de mercadeo en la empresa Colgate y empezó a ganar bien y ya pudo mejorar las condiciones de vida.

“Con mis ahorros compré el morral y me propuse entrar a la universidad”. En el año 2012 se presentó a varias universidades y aplicó a un préstamo del Icetex. Pasó en todas menos en la Universidad Nacional. También cambió de trabajo a la compañía Corona, y ahí le iba muy bien. Entró a estudiar Trabajo Social en la Pedagógica. “Me di cuenta de que estaba muy mal preparado, no sabía escribir. Los profesores eran muy exigentes. Muchos de los que estudiaban ahí venían de regiones periféricas, formamos un colectivo que se llamaba Afro Mayor y el objetivo era que no se vulneraran nuestros derechos y nos dejaran permanecer en la universidad a pesar de las diferencias”, porque “Los estándares de educación son muy distintos en el campo. Y eso es algo que deben tener en cuenta las universidades en las ciudades, y no cerrarnos las puertas sino ayudarnos a nivelarnos”.

Liderazgo social

A través de la Unidad de Atención a Víctimas se registró en un diplomado en la universidad de La Salle. Allí conoció a varios líderes sociales que le abrieron camino, y, sobre todo, aprendió a conocer la legislación que amparaba a las víctimas. Ese diplomado le abrió los ojos y lo invitó a profundizar más sobre derechos de las víctimas. “En la universidad estudié derecho internacional humanitario, derechos de los desplazados.

15 Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA, es un establecimiento público que ofrece capacitación técnica.

Todos mis trabajos los trabajé en relación con los jóvenes desplazados”, relata. En 2017 formó, junto con una compañera, una organización a la que bautizaron ASOPAZ, que buscaba reconocer los derechos de los jóvenes sobrevivientes del conflicto. “No teníamos abogados, pero una colega (Marcela Bermúdez) y yo, ya conocíamos bastante del tema y le ayudábamos a la gente a responder y a gestionar ante los entes competentes los derechos de petición”, dice.

Se inscribió en la Mesa local de participación como víctima del conflicto, por Engativá, una de las zonas de Bogotá, y al poco tiempo lo nombraron coordinador. “Yo venía con una concepción pragmática: hacer, hacer, hacer, no discutir, que era el discurso de antes”, dice. Como coordinador de la Mesa ha realizado varias ferias de servicio, conversatorios, reuniones para gestionar con las entidades estatales. David cree que las víctimas no están para pedir, sino para que puedan tener las capacidades para vivir mejor en las ciudades como sobrevivientes del conflicto. “He trabajado también para evitar que la gente tenga hambre; soy consciente de lo que viví y quiero ayudar para que otros no vivan lo mismo que yo. Yo me conscienticé de eso no solo por mi situación, sino porque en la universidad vi estudiantes que habían llegado desplazados de otras regiones a Bogotá y se desmayaban en clase porque no habían podido comer nada”.

La universidad le ha permitido a David conocer el país, su estructura y los contextos. “Mi experiencia de vida, más lo aprendido en la academia me han hecho tener conciencia clara de que hay mucho por hacer en este país. Mi objetivo es seguir trabajando para construir paz y permitir que algún día los niños en el campo puedan ir libremente a la escuela”, dice con contundencia.

David ha tomado varios cursos y seminarios que han contribuido a su formación como líder social. Ha aprendido de políticas públicas y a incidir en ese proceso. Las dificultades por las que pasó a su llegada a Bogotá las pudo superar porque la universidad y todo lo que ese sueño encarnaba para él era su soporte. “Cuando terminé de estudiar, me enfrenté a un vacío, porque era un logro, claro, pero, y ¿ahora qué?”

Muchos de los que estudiaron con David de niños siguen allá. Son muy pocos los que lograron salir y estudiar. La Mesa le ha ayudado mucho. Trabaja en Colpatria, lo que le da para vivir, pero lo que más lo proyecta y le gusta es el trabajo social, por el impacto que puede llegar a tener en mucha gente.

Después de la firma del Acuerdo de Paz las cosas estaban más tranquilas, la gente regresó al campo. David fue a visitar a sus abuelos. Pero en 2018 su padre se enfermó. Y estando en coma, su abuela también cayó enferma. “Yo estaba en Bogotá trabajando y mi familia me llamó para que asumiera todos los gastos de mi papá. Fue un conflicto para mí porque mi papá poco había respondido por mí, pero igual yo terminé haciéndolo”, cuenta.

La enfermedad y muerte del papá y de la abuela lo hicieron reflexionar sobre la vida, “me pregunté cuál era el sentido de la vida. ¡Tantos trabajos que yo había pasado en Bogotá! Sentí que tenía una carga encima por haber tenido que salir de mi tierra. ¿Por qué tenía que cargar con decisiones ajenas? ¿Por qué tuvo que cambiar tanto mi vida?” David entró en depresión. Tomó antidepresivos. Fueron unos meses duros para él. En la Alta Consejería lo refirieron a un programa de la Universidad de los Andes de ayuda psicosocial. Lo prepararon emocionalmente.

En abril de 2020 entró a la Comisión de la Verdad como analista de diálogo social para apoyar a la Dirección de Pueblos Étnicos. Está encargado de los espacios de reconocimiento y convivencia de la Comisión. Ha hecho varios cursos, como el de liderazgo, en el Cesa,¹⁶ tiene un certificado en la Universidad de Harvard y también entró a hacer una Maestría en Gestión Pública en la Universidad de los Andes con un crédito que pidió. Está en segundo semestre.

Cada vez que regresa a Tumaco se levanta a las seis de la mañana a pescar. No pesca nada, entre otras cosas porque el río está contaminado. Quiere seguir estudiando, conocer más y trabajar por el país. Y cuando sea viejo, volver al río, porque como él dice: “Es que el río lo reclama a uno”.



16 Colegio de Estudios Superiores de Administración.



“Lo único que no nos pueden quitar los violentos es la capacidad para soñar”

La vida de vértigo de Mayerlis Angarita

Una mujer inmensa de metro y medio

Mayerlis tiene nombre de reina. Su padre escogió el nombre por una reina de belleza que en 1980 participó en el reinado nacional de Cartagena. Su papá, Antonio Angarita, siempre soñó con que ella fuera profesora o secretaria ejecutiva, mientras que Gloria Robles, su madre, aspiraba a que fuera reina de belleza, aunque en realidad “me faltaba la estatura”, dice Mayerlis y suelta una carcajada poniéndose la mano en la cabeza como para que yo me dé cuenta de que es bajita.

Podrá no tener la altura reglamentaria de una reina, pero Mayerlis Angarita tiene una gran estatura humana. Su vida ha estado llena de obstáculos que ha sabido sortear porque parece vivir bajo la premisa de que nada es imposible. Todo lo que se ha propuesto lo ha logrado a punta de lucha y esfuerzo. A punta de “berraquera”, como diría ella.¹⁷

Mayerlis es sanjuanera, nació en San Juan de Nepomuceno, un hermoso pueblo de gente alegre y servicial en el departamento de Bolívar, donde al parecer no se asoma el viento. Conversamos en la sede la fundación Narrar para Vivir, una organización creada por Mayerlis en 2000 para apoyar a mujeres sobrevivientes del conflicto. La casa está cerca de la plaza principal, es blanca y llena de luz y tiene varios espacios donde se dic-

17 Berraquera es un término muy colombiano que significa fuerza, temple, valentía.

tan talleres de diversos temas. Allí nos sentamos con Mayerlis quien con su voz alegre y entusiasta me cuenta su historia.

Desde niña le gustó estudiar. La madre era muy exigente con sus hijos y especialmente con Mayerlis, porque era consciente de sus capacidades. “Mi mamá me enseñó el abecedario con una correa en la mano. Si me equivocaba me pegaba. Me exigía más a mí que a mi hermano, que era tres años mayor que yo. Ella me enseñó que nada es gratis en la vida. Y que, si uno quiere que las cosas lleguen, hay que hacer que las cosas pasen”, dice. Cuando era muy niña la mandaron interna a un colegio en San Jacinto, un pueblo cercano, cuyo énfasis era la formación de la disciplina. Allí estuvo un año y medio que le sirvió para aprender a ser más disciplinada, —aunque no por eso menos rebelde—, y a estudiar. “En ese colegio yo no tragaba entero”, dice Mayerlis y continúa: “Me castigaban y yo protestaba y más castigo me daban. Pero ahí me enseñaron la disciplina y me enseñaron a estudiar”.

Su padre siempre fue y ha sido comerciante, y cuando sus hijos eran pequeños tenía un almacén llamado Rebajas Baratillos, en el que vendía toda clase de mercancías, desde ropa hasta repuestos para electrodomésticos. “Mi papá vendía hasta un hueco”, dice Mayerlis. A su madre la recuerda como una mujer fuerte y de carácter. “Mi mamá era como una leona, ¡ay de que alguien nos tocara a mis hermanos o a mí! Ver esa actitud en ella me enseñó a defenderme, a aguantar. Hoy en día me dicen de todo y yo razono y no pierdo la calma. A no ser que se metan con mis hijos, ahí sí no razono. Claro que eso es una transformación que no fue de solo un día”, relata.

Gloria Robles montaba a caballo, se levantaba temprano a ordeñar las vacas en su casa de Aguachica, en el departamento del vecino Cesar, donde vivía. Solo hizo hasta segundo de primaria porque en su entorno no era común que las mujeres estudiaran. Era rebelde, como lo sería unos años más tarde su hija, y se fue a vivir con su novio, Antonio Angarita, sin casarse, lo que no tuvo mucho respaldo ni en su familia ni en el pueblo, menos aún porque Gloria venía de una familia muy acomodada y su novio no.

La desaparición de la madre

Mayerlis tenía trece años cuando le arrebataron a su mamá. Desapareció una tarde de 1994 cuando estaba llevándoles comida a personas de bajos recursos, algo que usual-

mente hacia a través de la iglesia a la que pertenecía. En esa época los paramilitares hacían lo que mal se conoce como “limpieza social”, y al llevarse a los indigentes se llevaron también a la madre. Tenía treinta y seis años. A los pocos días el padre de Mayerlis llegó una noche a la casa y les dijo que “recojan todo lo que puedan que nos vamos”. Tenía miedo de que los que se habían llevado a su esposa volvieran por ellos. En aquella época, las niñas aún jugaban a las muñecas. Mayerlis no era la excepción y lo que se le ocurrió empacar en una pequeña maleta fueron las suyas, cada una tenía un nombre porque siempre jugaba con sus primas a bautizarlas.

Hasta 1994 la familia de Mayerlis tuvo una vida tranquila. Vivían en una casa cómoda, el almacén de su padre les daba para vivir, y tenían además una finca en Aguachica, que habían heredado del abuelo. Pero en esos inicios de la década de los noventa la situación empezó a cambiar, pues la familia de Gloria Robles fue perseguida por los paramilitares. “La finca de mi abuelo fue despojada por *Juancho Prada*, líder paramilitar. Primero desapareció mi tío, apareció a los cuatro días torturado y muerto. Tres meses después desapareció mi mamá”, relata Mayerlis.

“Lo que hizo mi papá fue huir de ahí y perderse, pues él pensaba que iban a volver por otros miembros de la familia”, dice. A nadie le avisaron que se iban del pueblo, mucho menos que habían sido víctimas de los paras. El señor Angarita le pidió a un amigo que le diera lo que fuera por el almacén, metió lo que pudo en un par de cajas, les dijo a sus hijos que se tenían que marchar, y al otro día llegaron en bus a Carmen de Bolívar. Así lo recuerda Mayerlis: “Llegamos a una pieza, tres niños y mi papá. Lo primero que él hizo fue comprar un fogón que se prendía con una mecha y petróleo. Ahí cocinaba el arroz. A mí me gusta el arroz con huevo, pero hoy en día me marea porque mi papá nos daba de desayuno, almuerzo y comida lo mismo. Él salía en la mañana a vender mercancía en la calle. Volvía a la hora de almuerzo a hacernos el arroz con huevo y salía otra vez hasta por la noche”. Fueron días difíciles para ellos. Más allá de los cambios que conllevaba salir corriendo de su pueblo para empezar de cero en otro lugar, quedaba también el interrogante de lo que le había pasado a la madre y la inmensa tristeza de su ausencia.

“Mi hermana Liseth tenía cuatro años. Mi hermano y yo éramos más grandes. A mí me tocaba cuidarla a ella. Mi hermano tenía dieciséis y yo trece. Comenzamos a ir al colegio. Mi papá me puso a estudiar en el Instituto Nacional de Promoción Social. Era de solo niñas, pero luego fueron incorporando niños para volverlo mixto”, recuerda Mayerlis. “En el colegio nos daban nutrición y manualidades, pero había un área que

era elaboración de proyectos que me gustaba mucho. Era los viernes. Nos enseñaban a sembrar cosas y nos llevaban a la huerta. Aprendí desde entonces a hacer proyectos productivos, una habilidad que me ha servido hasta el día de hoy. Teníamos que hacer prácticas. Con las inundaciones en Carmen de Bolívar yo era la primera en querer ayudar a la comunidad”.

Antes de que desaparecieran a la madre, Mayerlis no era la típica niña y le gustaba romper los estereotipos de género. Aunque jugaba con muñecas también jugaba fútbol y juegos más rudos y no había nada que quisiera hacer que por el hecho de ser mujer no hiciera. Le gustaba vestirse con pantalones cortos y no era amiga de los vestidos. “Mi papá me compraba mis muñecas, yo les cortaba el pelo y cuando ya no tenían pelo me lo cortaba yo misma. Cuando tenía seis años me corté el pelo como un niño. Quedé como un machito. Mi mamá me regañaba, pero yo era feliz. También montaba en bicicleta. Mi papá me decía que era un peligro que una niña montara en bici porque podía perder la virginidad”, dice Mayerlis con una carcajada que le ilumina la cara. Por eso fue por lo que sus padres decidieron mandarla interna a un colegio en San Jacinto.

Cuando desaparecieron a la madre, esa rebeldía que de alguna forma manifestaba cuando era niña cortándose el pelo o jugando fútbol, se fue canalizando hacia otras cosas.

El despertar de la conciencia

“Yo era muy joven y no entendía lo de la desaparición de mi mamá. Yo pensaba que nos había dejado. Cuando ella desapareció yo había hecho hasta sexto grado. Estaba en el mejor colegio, tenía miles de amigos y actividades; cambiarme de ciudad fue muy duro”, relata. Al colegio que quería ir Mayerlis en la nueva ciudad solo podía ingresar si pasaba un examen. Resuelta como era desde niña, estudió y pasó.

Mayerlis no estaba de acuerdo con la posición de su padre de no querer hablar sobre la desaparición de Gloria Robles. “Mi actitud fue distinta. Yo entendí que no me podía quedar callada, y me negué a ser víctima. Fue lo primero que entendí. Mi papá decía que teníamos que decir que mi mamá se había muerto porque si no iban a volver por nosotros. Yo decía que no, que había que decir que los paracos se la habían llevado. Eso era para mi papá terrible, porque le daba miedo”, dice.

En la medida que fue pasando el tiempo y se hizo más grande fue enterándose de la dinámica del conflicto armado en Colombia y entendió que otras familias también tenían que desplazarse de sus lugares de origen por persecuciones o amenazas, o simplemente por huir de zonas de violencia que les impedía llevar una vida tranquila. Empezó a leer y a ver más noticias, se concientizó. Siempre quiso estudiar derecho, pero cuando desaparecieron a la madre ese sueño se le vino abajo, las condiciones económicas de la familia ya no eran suficientes para pagar una universidad.

Fue en el colegio donde Mayerlis desarrolló los rasgos de liderazgo que la definen hoy en día. Cuando estaba en grado once fue personera estudiantil, de 700 estudiantes, obtuvo 652 votos. Era indisciplinada y peleadora, pero muy popular. Se tomó su nuevo cargo con mucha responsabilidad: “Me aprendí el reglamento estudiantil. Tenía claro cuáles eran nuestros derechos”, dice y sigue: “Fui personera estudiantil, pero me expulsaron del colegio porque queríamos crear una banda, y como no nos dejaron, se me ocurrió salir con ollas y escobas. Me expulsaron dos semanas. Cuando me gradué fui yo sola. Nadie me llevó. Todo el mundo con sus papás, menos yo. Igual me dieron mi diploma”. El padre no fue porque vivía en Bogotá con una mujer con quien Mayerlis no tenía buena relación. Tres años después de que su madre desapareció, ella decidió irse de la casa. Tenía dieciséis. “Me fui porque mi papá empezó a pegarme. Él nunca me había pegado y le dio por pegarme”, entonces se fue a vivir donde una amiga y trabajaba en una casa de familia en Cartagena durante las vacaciones. El padre le mandaba algo de plata y también mercancía, que ella vendía. Con eso sobrevivía.

A pesar de lo que había vivido Mayerlis seguía siendo la más alegre, la más estudiosa, jugaba fútbol, parrandeaba. Le gustaba bailar y tomar ron. “El trago era una salida para estar bien un rato y al día siguiente me sentía fatal. No seguí tomando. Yo lo que tenía era una herida en el corazón: la desaparición de mami. ¿Por qué a mí?, me preguntaba”.

Cuando tenía diecisiete Mayerlis comprendió que podía mover masas. Empezó a conocer jóvenes involucrados en Redepaz, en el departamento de Bolívar, una red de iniciativas ciudadanas para promover la paz. Durante los años siguientes participó en espacios comunitarios y asistió a seminarios sobre justicia transicional y resolución de conflictos. En uno de ellos conoció al padre Francisco De Roux, hoy en día director de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, y quien ha sido para ella un mentor desde aquellos años de juventud. En esos espacios empezó a entender lo importante que era contar la historia y que los sobrevivientes del

conflicto narraran lo que les había pasado. De Víctor G. Ricardo, el Alto Comisionado de Paz del gobierno de la época, aprendió a trabajar para lograr cosas. “Uno tiene dos opciones”, —dice Mayerlis—, “o quejarse y quejarse o permitir que las cosas pasen”. Ella optó por lo segundo.

Para Mayerlis sus aprendizajes se han dado en gran medida a partir de situaciones negativas. En medio de la desesperanza sus potenciales de liderazgo se fortalecieron. En medio del hambre y la falta de apoyo formó su carácter y se dio cuenta de que podía hacer grandes cosas. En un contexto de tanta volatilidad política, de tantas necesidades sociales y donde el conflicto era el pan de cada día, un camino hubiera podido ser irse a la guerrilla. Pero no optó por esa ruta. Como ella misma dice, “Nunca me dieron ganas de coger un fusil e irme a las FARC a Montes de María. Yo tuve esas ofertas, irme a la guerrilla o con los paramilitares. Pero decidí no hacerlo. Yo no entendía cómo había personas que le mataban el papá y por venganza se metían a la guerrilla a matar al enemigo. Eso no era lo mío”.

A los diecisiete años la nombraron coordinadora de Redepaz para Montes de María. Todos los compañeros con quien terminó sus estudios de secundaria se fueron a la universidad. Mayerlis no pudo en ese momento por motivos económicos. Comenzó a tomar cursos y a fortalecer el trabajo de Redepaz sobre el manejo de conflictos en San Jacinto, Paraíso, en las Lajas, municipios del sur del departamento de Bolívar. “A mí a donde me invitaran, iba. Había gente en Redepaz que le daba miedo ir a ciertos lugares. Yo iba a todos, no por valiente, sino porque me importaba un carajo” —dice riendo— y afirma: “Hoy en día valoro más la vida”.

En una ocasión en que estaba trabajando en una zona de conflicto, sufrió un evento de violencia con personal del Ejército que la hizo darse cuenta de que tampoco podía fiarse de los actores legales. Era muy temprano en la mañana. Mayerlis se había levantado temprano y cuando salió a la calle dos soldados la cogieron a la fuerza y se la llevaron. Así lo relata ella: “Me cogieron del pelo, me pegaron con el fusil. Me iban a violar, yo gritaba y me defendía. Me partieron la boca y la nariz. Como grité tanto la gente se dio cuenta y le avisó al grupo con quien yo estaba trabajando. Alertaron al comandante y le explicaron que a una muchacha del grupo se la habían llevado. Los soldados pensaban que era la mujer de *Martin Caballero*, un líder guerrillero de las FARC, no sabían que hacía parte de la comisión de trabajo. Tenía 18 años. Uno de ellos tenía un radio y oí cuando dijeron que se reportaran al grupo del Ejército. Ahí me soltaron. Salí corriendo y

llegué a donde estaba mi equipo. Pensé en poner la denuncia. En esa época pensaba que si uno denunciaba habría justicia. Luego de eso me llamaron con amenazas de muerte. Se me acercó un día un tipo amigo del Ejército y me dijo, Mayerlis, yo te voy a dar un consejo, no sigas moviendo ese asunto, esos manes son peligrosos. Yo decidí dejar eso así. Nunca retomé esa denuncia”.

Narrar para vivir

A comienzos del año 2000 ocurrió la masacre de El Salado, en Montes de María, uno de los episodios de mayor violencia que ha vivido Colombia, a manos de una fuerza de 450 paramilitares que llegaron al pueblo a sembrar el terror durante más de cuatro días.¹⁸ Más de sesenta personas fueron asesinadas, y alrededor de cuatro mil salieron desplazadas.¹⁹

Mayerlis formó parte de una de las comisiones creadas para investigar lo ocurrido en El Salado. “Cuando entré al pueblo vi la deshumanización de la gente. Lo que los criminales habían hecho era de no creer, trataron a las personas como si fueran animales. Vi el terror en la cara de las personas que habían quedado”, relata y se le llenan los ojos de lágrimas. Cuando regresó, decidió hacer algo más allá de lo que ya estaba haciendo para ayudarle sobre todo a las mujeres sobrevivientes del conflicto. Así nace la Fundación Narrar para Vivir. Tenía 19 años. “Narrar para Vivir surge porque yo no quería que a otras mujeres les pasara lo que me pasó a mí y lo que había visto que les había pasado a muchas otras. Quería que otras sobrevivientes tuvieran a donde ir, supieran qué hacer, cómo denunciar. Quería que la gente supiera que nos estaban matando en vida. Que nos estaban torturando, violando, esclavizando a muchas mujeres. Empezamos a denunciar juntas”.

La organización también nace para tener un espacio donde narrar lo vivido, para contar el dolor, que es tan difícil de compartir y de sanar. Empezaron reuniéndose con mujeres vulneradas. Allí cada una contaba su experiencia. Hoy, veinte años después, la

18 A finales de la década de los noventa la región de Montes de María entre los departamentos de Sucre y Bolívar estuvo en medio del fuego cruzado ya que operaban dos frentes de las FARC, uno del ELN y acciones de las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, y del Ejército colombiano.

19 Centro Nacional de Memoria Histórica (2009). *La Masacre del Salado. Esa guerra no era nuestra*.

fundación cuenta con una metodología propia. “Partimos del concepto de una olla comunitaria, a través de los saberes populares, étnicos, el enfoque diferencial y de género para trabajar desde la confianza para superar el dolor de los duelos postergados, el sentido de la vida, y reconciliarse con el dolor para poder empoderarse”, cuenta Mayerlis.

Las mujeres sobrevivientes de la guerra que se acercan a Narrar para Vivir experimentan un proceso de sanación, a través de narrar y de recobrar el tejido social. “Nos reunimos en un patio, hacemos el sancocho, cada una trae algún ingrediente para una olla enorme de la que comemos muchas. Y a través de contar las experiencias vamos sanando y construyendo tejido social, porque lo primero que hay que hacer es sanar las heridas”. Luego de hacer el proceso de sanación viene la etapa de cómo la mujer conoce sus derechos, denuncia y exige protección. Narrar para Vivir hace acompañamiento jurídico para que las mujeres denuncien; ahí fue donde empezaron las amenazas. Les daban cuarenta y ocho horas para que se fueran del pueblo.

A Mayerlis la persiguen no por ser Mayerlis, sino porque representa a 840 mujeres y cinco mil personas que no se quieren ir de Montes de María. “Creen que debilitándome a mi debilitan toda una estructura organizativa. El trabajo que nosotras hacemos dificulta el control territorial del Clan del Golfo y los gaitanistas de Montes de María.²⁰ Tenemos que luchar también con campañas de desprestigio, que no nos pongan falsos positivos y nos vayan a judicializar, uno vive aquí con el alma en vilo, pero seguimos teniendo fuerza para sacar la risa de las mujeres y pararnos con berraquera y decirles no a los delincuentes. Porque lo único que no nos pueden quitar los violentos es la capacidad para soñar”, dice.

En 2007 Narrar para Vivir comenzó a trabajar en proyectos conjuntos con el PNUD y ONU Mujeres. Un par de años después Mayerlis conoció a Michelle Bachelet, Directora Ejecutiva de ONU Mujeres. La volvió a ver un par de años después y recuerda muy bien lo que le dijo: “Si tú te quieres transformar tienes que entrar en la política”. Hasta ese momento Mayerlis no había dado ese paso porque no le gustaba la política tradicional, pero comprendió que podía ser la mejor vía para impactar en su pueblo. Se lanzó para la alcaldía de San Juan Nepomuceno en 2015. Hizo una campaña alegre, transparente y llena de esperanza, hasta que atentaron contra su vida. Así lo cuenta ella: “Ese día estaba lloviendo. Ya estábamos llegando a la casa de una de las mujeres de la campa-

20 Paramilitares que operan en la región de Montes de María.

ña, cuando se atravesaron unos hombres y nos dispararon, el carro se quedó trancado, pero como era blindado no nos pasó nada”. Les pegaron un susto, pero no se dejaron amedrentar y siguieron la campaña hasta las elecciones. Sacaron la tercera votación más alta. No era la primera vez que le hacían un atentado: en 2012 habían hecho un intento para acabar con su vida.

Narrar para Vivir comienza a fortalecerse, van de municipio en municipio, tienen sede en San Juan de Nepomuceno y en catorce localidades más. Son sujeto de reparación nacional y tienen medidas de protección del Estado. Han llegado a muchos escenarios internacionales, entre ellos la Mesa de Negociación de los Acuerdos de Paz entre las FARC y el gobierno colombiano, en La Habana, donde Mayerlis participó en la subcomisión de género, y actualmente hacen seguimiento a la implementación de los Acuerdos de Paz en Montes de María.

Volver al fútbol y a los libros

El trabajo con la fundación consolidó el deseo de Mayerlis de estudiar derecho. “Ese siempre había sido mi sueño. Cuando desaparecieron a mi mamá me lo arrebataron. No solo a ella sino a la oportunidad de estudiar”. Pero no se dio por vencida, y muchos años después, a sus treinta y cinco, separada de su esposo, con tres hijos y liderando la fundación, empezó su carrera de derecho. “El atentado del 2012 me llevó a reflexionar. Yo trabajaba y trabajaba para los demás, pero ¿dónde estaban mis sueños? En 2016 me fui a Barranquilla y me matriculé en la facultad de derecho. Yo pensé: el día que me maten por lo menos que tenga el cartón de abogado”.

Cuando Mayerlis se presentó en la universidad solicitó que le hicieran una prueba pues ella había estudiado leyes por su cuenta durante mucho tiempo y sentía que podía eximirse de algunas materias. Pasó varias pruebas que la llevaron directamente a tercer semestre. Pagar la matrícula no le era fácil. Le preguntaron si hacía algún deporte y ella dijo que sí, que jugaba fútbol, a pesar de que llevaba varios años sin patear la pelota. “Me metí a jugar fútbol sala y me dieron una beca del cincuenta por ciento. Era muy duro. Cuando yo jugaba tenía quince años, ahora con tres hijos, tener ese nivel de entrenamiento y estudiar para todas las materias, ¡me iba volviendo loca!”, dice. Ya para los semestres siguientes Mayerlis demostró con creces lo buena

estudiante que era y le otorgaron una beca académica por buen promedio. Por seguridad los últimos meses de su carrera los hizo a distancia. El 19 de mayo de 2019 le hicieron otro atentado. La policía reaccionó a los disparos y cogieron a un hombre. No le pasó nada, pero tuvo que tomar aún más medidas de seguridad. No volvió a ver a sus amigos y muy poco a sus familiares por temor a exponerlos. Su vida transcurre entre su casa, que no tiene ventanas hacia afuera, al lado de sus tres hijos. Adonde quiera que vaya siempre la acompañan sus escoltas. “Llegué a pensar que me quería ir del país. Me ofrecieron irme al África para hacer lo mismo que hago aquí allá. Pero yo siento que Narrar para Vivir me necesita. Porque cada cual tiene un rol importante en la organización. Y por eso sigo acá”, dice.

En junio de 2020, en plena pandemia y en una ceremonia virtual, Mayerlis se graduó de abogada con un promedio de 4.7 sobre 5.0, uno de los más altos de su promoción.

Tras la huella de su madre

Durante muchos años Mayerlis movió cielo y tierra para averiguar qué había sido de su madre. Estudiar derecho le sirvió para conocer las leyes y manejar el sistema legal. Vivir con esa pérdida y sin la posibilidad de hacer un duelo real sobre los restos de Gloria Robles era algo que a Mayerlis le atormentó durante mucho tiempo. Me dice con lágrimas que en 2013 perdió la esperanza de encontrar los restos de su mamá. Seguir en la búsqueda le hacía mucho daño, el dolor y la incertidumbre de no saber qué había pasado eran muy grandes. “Tenía que entender que no la iba a encontrar”, dice.

En 2016 cuando se firmó el Acuerdo de Paz, se creó el sistema integral para las víctimas, haciendo que la unidad de búsqueda de la fiscalía se reactivara también. Los restos de Gloria Robles aparecieron en enero de 2020. Mayerlis estaba en un encuentro con un grupo de defensoras cuando recibió la noticia. Así lo recuerda: “Me llamaron de la Fiscalía, de la Unidad de Personas Desaparecidas. Cuando vi de dónde era esa llamada dije: la encontraron. Me dijeron que era posible que hubiera unos restos que compaginan con mi ADN. Yo comencé a llorar, mis compañeras con quien estaba en ese momento tomaron todos los datos”.

Después de eso le hicieron otra prueba de laboratorio. Tuvo que esperar a que hicieran otras pruebas, y el ADN fue compatible en más del ochenta por ciento. El 22 de febrero

la llamaron y le dijeron que se sentara: “Los restos sí corresponden a los de su madre”, confirmaron. Mayerlis no puede detener las lágrimas. “Me siento privilegiada, porque es muy importante hacer ese cierre, después de más de 25 años, y saber la verdad”. En medio de la pandemia la entrega de los restos se tuvo que postergar, pero en diciembre de 2020 pudieron finalmente hacer una ceremonia para enterrar a Gloria Robles. Casi tres décadas después, la despidieron con vallenatos y flores para honrar su nombre. Al fin Mayerlis pudo hacer un cierre y sanar la herida que tenía grabada desde que era una niña.



“En las ciudades se
vive como en una
burbuja, no saben
lo que pasa en los
territorios”



Sanar a través del arte

La historia de Luz Marina Becerra

Luz Marina creció en medio de rituales, noches de luna llena y rondas infantiles. Se crio con las historias que contaban sus padres y abuelos. Después de la cena, los niños se sentaban en círculo a la luz de la luna y escuchaban absortos mientras los mayores les contaban cuentos, y recuerda con nostalgia que “¡Era tan mágico! A veces terminábamos llorando porque eran historias tristes. Nos contaban cuentos de Juanito, y a Juanito siempre le iba mal”. O que “Eran cuentos que inculcaban valores, respeto, tenían moraleja, dejaban siempre alguna enseñanza, lo cual aportaron al modelo que nuestros ancestros y mayores utilizaron para educar a sus hijos e hijas, hacían parte de nuestra justicia y derecho propio y se fueron transmitiendo de generación en generación. Esa era la rutina en la casa por las noches”.

Luz Marina Becerra tiene vocación de líder desde que era niña. En su numerosa familia las mujeres eran las que mandaban, tomaban decisiones y proponían normas de convivencia. Vivía en Condoto, un municipio al norte del departamento del Chocó, zona selvática al occidente de Colombia, cuyos habitantes en su mayoría eran familiares. Aprendió de su madre y sus tías a interceder entre sus parientes cuando había conflicto. Formó su carácter con esta práctica, que era la que se usaba. En cada familia había una persona que ayudaba a mediar. Cuando se presentaba un problema convocaban a la gente y había un mediador, generalmente mujer, que ayudaba a buscar soluciones. Los castigos que se imponían eran limpiar la escuela, sembrar en la huerta o alguna otra labor que beneficiara a la comunidad. Si era algo grave, el caso se denunciaba ante la justicia ordinaria, pero casi todo lo resolvían entre ellos. “Una vez mi hermana y una prima se pelearon”, recuerda Luz Marina, “y las invitaron a dialogar, las abrazaron y

les dieron latigazos abrazadas, como un castigo. Hicieron que se pidieran perdón. Eso bastó para que esa pelea se resolviera y volvieran a ser amigas”.

No eran muchos los conflictos que le tocó presenciar de niña; su pueblo era un lugar tranquilo y se vivía en armonía. La cultura era solidaria, prevalecía la hermandad. Su familia no tenía mucha riqueza, pero lo tenían todo. La fuente de producción económica era la agricultura y la minería. El ochenta por ciento del pueblo vivía de eso, por ello todas las casas estaban cerca de las minas de oro y platino. “Se trabajaba de manera artesanal, con batea y almocafre cuando había que huachar. Y se vendía ahí mismo en el pueblo a compradores que después lo ofrecían al Banco de la República. Con la plata de la mina comprábamos arroz, ropa, cuadernos. Pero la mayoría de lo que necesitábamos lo teníamos ahí”.

A las seis de la mañana comenzaba para Luz Marina un día común, cuando sus padres se levantaban y preparaban el desayuno para toda la familia. Pelaban plátano, hacían masa de maíz para hacer arepas de maíz que acompañaban con pescado pisao, quícharo o bocachico²¹ salado o fresco. Otras veces comían queso frito, o carne frita ahumada. Había una gran variedad y la tierra ofrecía abundancia de frutos, carnes y peces. Después los mayores se iban para la mina. Ahí mismo, al lado de la mina, tenían los cultivos. “Había banano, plátano de distintas variedades, aguacate, árboles frutales, coronilla, guama, chontaduro. Teníamos todo. Detrás de la casa había un piñal, una mata de lulos, también había zapallo, badea. Se criaban gallinas y cerdos. Cuando no queríamos comer carne de cerdo, había gallina. A cada hijo nos daban una para que aprendiéramos a tener amor por los animales y al buen relacionamiento con la naturaleza. Además, se podía pescar, porque teníamos el río al frente”, dice con brillo en los ojos.

Convivían con la naturaleza. El padre de Luz Marina había construido al lado de la casa un corral especial para las gallinas. A pesar de que disfrutaban de un buen sancocho de gallina, Luz Marina y sus hermanos sufrían cuando las mataban. Se sorprendían de ver la capacidad que tenían esos animales para saber lo que pasaba a su alrededor. Cuando hablaban de que tenían que matar una gallina, se ponían ariscas, esos días no llegaban a la casa o trataban de comer el maíz desde lejos. Normalmente salían corriendo al oír el sonido del maíz en el tiesto de madera que anunciaba la hora de comida,

21 Pescados típicos del río Atrato y sus cuencas, en el departamento del Chocó.

pero cuando sabían que las iban a degollar cogían los granos desde lejos y se iban corriendo, tal vez ya sabían el destino que les esperaba.

En las noches, a las gallinas que estaban cluecas las dejaban en la cocina en un nido para calentar los huevos y sacar los pollitos, pero Luz Marina recordó que “Una noche el ruido de las gallinas me despertó. Cuando me levanté era una culebra que había sacado a la gallina de su nido para comerse los huevos. Yo hice bulla y mis papás se levantaron y la culebra salió a perderse. Todos los vecinos llegaron a la casa a buscarla, con lámparas de gasoil porque no teníamos electricidad. La culebra nunca apareció. Yo no me explico ese día cómo me acosté después a dormir tranquila. Dios es tan grande, de alguna manera aprendimos a convivir con lo que teníamos alrededor”.

Cuentos y leyendas

Se acostumbró a oír las leyendas que la gente del pueblo narraba sobre figuras como el Duende o el Mohán. Estas leyendas eran parte del saber popular de los habitantes del Chocó y creían en ellas. Los duendes eran espíritus traviesos que desaparecían cosas o las cambiaban de lugar, molestaban a las señoritas y hasta podían arreglar o dañar una cosecha. El Mohán era un ser enorme de cabellos rojizos que ponía trabas a los pescadores: les perdía los anzuelos, les enredaba las redes de pescar, se robaba los remos y hacía desaparecer los peces. Fue en las noches de luna y a través de esos mitos y leyendas de su pueblo cuando Luz Marina entendió el valor de la tradición oral y lo apreció como manera de narrar historias y conservar la memoria colectiva.

Muchos años después en Bogotá, en donde vive desde hace veintiún años, entendió que una de las mejores formas para contar y sanar lo que sufrió en el contexto del conflicto armado que vivió en su pueblo, y crear conciencia en la sociedad colombiana sobre la violencia que por muchos años han vivido las comunidades negras, era a través del arte, la música, el teatro o la escritura, porque hablar de lo que vivió le cuesta trabajo. “En las ciudades se vive como en una burbuja, no saben lo que pasa en los territorios”, dice.

Luz Marina tiene una mirada directa, una voz pausada, contundente, dice con claridad lo que piensa. No considera la psicología occidental como una herramienta para sanar heridas, porque la ponen a revivir todo. “Cuando nos sentamos con un psicólogo toca volver a explicarle toda la situación que hemos vivido. Es como vivir una revicti-

mización. Y es que en este país no se diseñan políticas y programas con continuidad. Son muy intermitentes y en muchos casos cambian, así como cambian los gobiernos de turno, porque no se miran como políticas de Estado, sino políticas de gobierno. Yo ya llevo cuatro intentos para recibir atención psicosocial, empiezo contando mi historia, pero se les termina el contrato y tienen que empezar de nuevo con nuevos psicólogos. Eso no me parece que ayude a sanar. Yo también, como una decisión política, tomé la decisión de no llorar. Hoy que estamos en un proceso de sanación, veo que sí es importante llorar. Nos enseñaron que ser líderes es ser fuertes, porque si estamos atendiendo a otras personas tenemos que mostrarnos con una coraza, que no nos haga ver frágiles. Creo que eso me ha hecho daño”, dice. Todo el mundo da por sentado que el liderazgo no es parte de las personas sensibles y que los líderes y en especial las lideresas deben reprimir sus emociones, en una suerte de fuerza interior desprovista de humanidad.

Tenía veintidós años cuando sufrió un acoso sexual. “Hay cosas que uno prefiere no hablarlas. No se olvidan, pero sí hay que buscar distintas formas para sanar”, dice, y se queda en silencio un rato; siento que irrumpí en su silencio, pero ella me confirma que no, que está bien con lo que está diciendo, y que por eso escribe teatro y actúa. Con el grupo La Comadre, un colectivo de mujeres negras que hacen parte de la Asociación Nacional de Afrocolombianos Desplazados (Afrodes), Luz Marina dirige y participa en una obra de teatro que escribió ella misma donde narra las experiencias de mujeres afrocolombianas víctimas del conflicto armado, y cómo sus vidas se transforman de un día para otro al tener que salir desplazadas de manera forzada de sus territorios a las grandes ciudades, dejando sus vidas atrás.

También escribe poemas. Más que un asunto solo narrativo, La Comadre fue creada para darle visibilidad al impacto desproporcionado que tiene el conflicto armado en la vida y la cultura de las mujeres negras. Se creó desde una perspectiva de interseccionalidad, con el fin de exigirle al Estado el diseño e implementación de políticas públicas con enfoque diferencial étnico y de género, porque “La mayoría de las mujeres que conformamos este grupo hemos sufrido diferentes hechos de violencia, como desplazamiento forzado, violencia sexual, desaparición de hijos, asesinato de compañeros y familiares”.

El arte es otra forma de narrar y de sanar. Por ello La Comadre organizó una exposición virtual, una muestra gráfica que refleja el dolor de las mujeres como sobrevivientes de la guerra, víctimas de la violencia sexual, del racismo y de la discriminación étnica y su estrecha relación con el conflicto armado, con la desaparición de hijos, esposos,

hermanos, con el reclutamiento forzado de los jóvenes y adolescentes de las comunidades. La exposición hace parte de un proceso de investigación realizada en 2019 en diez territorios de Colombia con el fin de entregar un informe a la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Reconciliación y la No Repetición. Fruto de esa investigación resultó un informe escrito y la producción de bocetos y cuadros de pinturas elaborados en óleo y lienzos por el pintor Andrés Novoa, a los que llegaron a partir de metodologías participativas basadas en los saberes y prácticas culturales de la población afrodescendiente o negra, según se autoreconozcan.

En la escritura también encuentra una válvula de escape para narrar su dolor. Está convencida de que la verdad es importante contarla con el fin de que la gente se sensibilice, para lograr solidaridad y compromiso, aportar a la paz y así evitar que la violencia se perpetúe en un país en el que la cultura de la guerra ha estado enquistada por tantos años en la sociedad. Y contar la verdad desde lo literario, del arte, de la cultura, de las historias, es una forma de buscar esa sensibilización en la sociedad. Luz Marina escribe poesía sobre lo que ha vivido y la manera cómo lo ha asumido, con valentía y con fuerza. El siguiente fragmento de uno de sus poemas relata el orgullo de ser una mujer negra.

Mujer Negra (Fragmento)

*Negra, mujer negra y virtuosa
Que con tu piel oscura y brillante
Has conquistado el mundo
Luchando con gran coraje y valentía
Para salir siempre adelante.
Negra, mujer negra, inteligente e imperiosa
Que, con tus trenzas y tus turbantes
Trazas caminos de libertad
Con el poder de tu liderazgo para salir victoriosa.*

La música, la danza, los poemas y el teatro también son formas de mantener las tradiciones de su pueblo y contribuir a que los más jóvenes no olviden sus raíces culturales. “Cuando la gente llega a la ciudad trata de acoplarse, o camuflarse. Para ser

aceptada, para no vivir *bullying* o racismo. A veces hasta tratan de cambiar su hablado, su dialecto, para que no se les burlen. Todo nuestro legado cultural se pierde cuando salimos de nuestros territorios. A los jóvenes en Bogotá les da pena cantar un alabao “por la manera como se ha satanizado parte de nuestros rituales y los alabaos son parte importante de nuestra cultura, hacen parte de nuestra espiritualidad, es una forma no solo de celebrar la muerte sino también la vida. Todo este legado cultural tan importante estamos tratando de rescatarlo para educar a la población al interior de las ciudades a donde llegamos”.

Huir de la guerra

A mediados de los años noventa mucha gente empezó a salir de Condoto, por razones de inseguridad y también por motivos económicos. La minería empezó a transformarse, y “la situación económica empezó a cambiar por la presencia de retroexcavadoras que llegaron al pueblo a trabajar casi todas las minas y se llevaron gran parte del oro y el platino”. Cuando Luz Marina y su familia tomaron la decisión de irse del pueblo, la situación estaba muy difícil, los grupos armados ilegales amenazaban e intimidaban a la población, reclutaban niños, niñas y adolescentes, violaban a las mujeres, “lo que en el momento se le llamaba hacer vaca, es decir, cuando varios hombres abusaban sexualmente de una mujer”. Gente del pueblo, que anteriormente era cercana a la familia se fue involucrando con grupos al margen de la ley. En esos años se perdió la confianza en otras personas y la armonía en que vivían unos años atrás se transformó en una zozobra permanente.

Chocó ha sido un departamento muy golpeado por el conflicto armado. Fue a finales de los ochenta cuando la gente en Condoto empezó a convivir con los grupos ilegales. Primero llegaron los chusmeros, como llamaban a los guerrilleros. Al comienzo su presencia no generaba desconfianza. Pero luego, en los noventa, empezaron a llegar los paramilitares, y los enfrentamientos entre ambos grupos hizo del pueblo un campo de batalla. La guerra se volvió parte de los amaneceres. “Lo primero que hicieron fue identificar a los motoristas, los que manejaban los botes, porque decían que transportaban a la guerrilla de un río a otro; en un corregimiento cercano a Condoto había siete motoristas y los mataron a todos”, recuerda Luz Marina.

Entonces empezó a darse una ola de desplazamiento a la ciudad. Luz Marina y su familia salieron porque un cuñado era uno de los que tenían botes. Él quedó vivo y por eso decidieron salir. Todos eran objetivo de la violencia. Algunos hermanos ya se habían ido, el mayor vivía en Apartadó; asesinaron a sus dos hijos mayores, porque iban a ser reclutados por los paramilitares y el padre se opuso. “A uno de los hijos lo amarraron a un árbol, lo rociaron con gasolina y lo quemaron vivo. Casi no se puede hacer un entierro porque no quedaba cuerpo. Al año siguiente mataron a mi otro sobrino”, cuenta Luz Marina y se le quiebra la voz. Un cura en Apartadó llevó al hermano a que diera clases en una escuela y luego le ayudó a irse a Bogotá.

En 1997 los hermanos se encontraron en Bogotá. La llegada no fue fácil. Empezaron a tratar de ubicarse, a buscar ayuda en entidades del Estado. “Los desplazados vienen a la ciudad huyendo de la guerra y buscan protección del gobierno. Pero muchas personas en las ciudades no entienden esa situación. Miran al desplazado como si fuera un victimario y no como una víctima de los intereses económicos y políticos que son la causa principal de la violencia y el conflicto armado que se vive en Colombia; al contrario, es rechazado y discriminado”.

Desde que llegó a la capital empezó a gestionar ayuda para otros. Se enfocó en defender los derechos de otras personas, a interceder por otras mujeres negras. Recién llegada a la ciudad se vinculó a una organización de desplazados y participó en una acción en la que más de cien personas desplazadas de distintos territorios por el conflicto armado, se tomaron la sede del Acnur (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados), en la zona rosa de Bogotá. Pedían atención del gobierno a la situación que estaban viviendo, y explica que “Se hizo esa toma porque el Estado no estaba atendiendo a los desplazados. Ahí permanecemos un mes. En esa ocasión conocí a algunas personas de Afrodes, que estaba recién constituida. Me pareció muy interesante porque era una organización enfocada en los temas afrodescendientes, y conocí a quien en esa época jugaba el rol de vicepresidente. El acuerdo que se llegó para el fin de esa toma fue la entrega a cada familia de tres millones quinientos mil pesos para proyectos productivos y unos mercados por unos meses. De ahí empecé”.

El inconformismo y la rabia que sentía de haber tenido que salir de su territorio, unido a la discriminación y racismo que vivió una vez en la ciudad como desplazada, llevaron a que Luz Marina se volcara de lleno como activista de derechos humanos. “Sentí mucha impotencia de saber que la gente tiene que salir de su territorio sin sa-

ber a qué se va a enfrentar, por culpa de un Estado que no fue capaz de ofrecerle protección, que no ha podido evitar que la gente salga desplazada de sus territorios. Por eso soy lideresa. Quería aportar frente a esa rabia que sentía. Pero hubiera preferido liderar procesos en otras circunstancias, como organizar cosas en mi pueblo, en mi comunidad, y no por las circunstancias que me tocó vivir. Los mismos acontecimientos me llevaron a ser lideresa”, dice.

Se involucró con Afrodes, donde lleva varios años trabajando en la incidencia de políticas públicas en defensa de los derechos de la población afrocolombiana, con un énfasis especial en las mujeres negras y afrodescendientes. “Las mujeres negras producto de la interseccionalidad vivimos una triple afectación: por ser mujeres, por ser negras, porque la violencia sexual que vivimos fue también por ser mujeres negras, por todo el imaginario que existe del cuerpo de la mujer negra. Y ese imaginario ha hecho que la violencia sexual sea un hecho recurrente en nuestras vidas. No solamente lo vivimos en el marco del conflicto armado, sino también cuando llegamos a las ciudades como consecuencia del conflicto armado”, afirma.

En la ciudad las formas de discriminación son insospechadas: tienen problemas para encontrar trabajo, para que acepten en los colegios a los niños o para que les acepten un contrato de arriendo. Muchas veces le dijeron directamente a Luz Marina que no les arrendaban a negros. Eso fue un choque muy fuerte, pues no pensaban que ese tipo de cosas se viviera en la ciudad. En Condoto conocían un racismo estructural, pero nunca lo habían vivido en la cotidianeidad. “Este tipo de racismo”, dice, “lo hace sentir a uno como si no fuera un ser humano”.

A partir del trabajo de documentación de violencias basadas en género, en especial la violencia sexual, que han hecho con la agrupación La Comadre, solicitó ante el Estado el reconocimiento e inclusión en el registro único de víctimas del Colectivo de Mujeres Afrodes como sujeto de reparación colectiva. “Mi sueño es que con la reparación colectiva de La Comadre contribuya a resarcir los daños y afectaciones que vivieron las mujeres negras en el marco del conflicto. Que se pueda restablecer los derechos que les fueron vulnerados y que ponga a las mujeres en un punto de arranque en la construcción de sus proyectos de vida, tanto individuales, como colectivos”.

Entre el amor y la lucha

A Luz Marina el proceso que ha vivido como lideresa le ha dado la oportunidad de viajar y participar en diferentes foros y países. En 2003 la invitaron a una gira en Estados Unidos y conoció a un hombre en Illinois. Intercambiaron contactos y empezaron a comunicarse. Tres años después él le propuso matrimonio. En un principio tuvo dudas, pensó que no quería casarse con un gringo. Le pidió que le diera tiempo. La vida de Luz Marina estaba en Colombia, en la lucha por los derechos de las mujeres. Pero pasaron los meses y empezaron a llegarle amenazas. “Las lideresas nos convertimos en una amenaza para los que están en contra de la paz, del libre ejercicio de la participación, la democracia y la defensa de los derechos de los seres humanos. Por eso nos persiguen”, dice. Las amenazas se intensificaron. Sintió miedo. “Llamé a Brian y le pregunté si su propuesta de matrimonio seguía en pie y dijo que sí. Yo iba a viajar a Estados Unidos a presentar un informe ante la CIDH. Arreglamos la gira y el matrimonio. Me casé en Radford, Illinois, el 24 de mayo de 2009”.

El plan era quedarse en Estados Unidos y trabajar desde allá. Pero solo se quedó un mes porque el presidente de Afrodes, que estaba recibiendo muchas amenazas, también tuvo que salir del país. Regresó a Bogotá y la eligieron presidenta de la organización. “Yo sentí que tenía que asumir esa responsabilidad. Me sentía muy comprometida con la causa. Brian, mi esposo, entendió, se quedó allá, y yo seguí con la lucha en Colombia. Empezamos un proceso de movilización permanente. Brian venía y yo iba”, dice.

Luz Marina mantiene los sueños de ver una sociedad más justa e igualitaria, donde no se discrimine por ser mujer o por el color de la piel. Donde la gente no tenga que salir desplazada forzosamente de sus territorios, donde se respeten y protejan los derechos. Seguirá haciendo teatro, escribiendo poesía sobre historias que marcaron las vidas de muchas mujeres negras y afrocolombianas por el conflicto armado para sanar su corazón, para sensibilizar sobre los impactos negativos que genera el conflicto, contribuir con el esclarecimiento de la verdad, sembrar lazos de solidaridad para que nunca más se repita y para que no se le olvide de dónde viene. Para que no se olvide de los mitos y leyendas de su tierra, ni las historias que les contaban sus abuelos. Mientras revisa en su computador sus últimos escritos, decide leerme este poema del que transcribo un fragmento.

De una madre a un hijo desaparecido

Un día abriste la puerta

Y te perdiste como era de costumbre

Con un “Adiós, mamá”.

Pero pensé que ese Adiós era el de todos los días.

No pensé que ese Adiós fuera para siempre.

Todos los espacios de la casa

Sienten un profundo vacío porque ya no estás

Los muros, las paredes, todos los sitios

Por donde recorrías y socializabas.

Hasta el comedor siente un gran vacío

Extraña esos cubiertos y ese plato que más comía

Extraña tu buen sentido del humor, extraña tu compañía.

La habitación extraña esa cama que se quedó

Con las mismas sábanas tendidas,

Con la esperanza de ver si algún día volvías.

Era la cama que más temprano se despertaba

Era la cama donde tú dormías

Además, era la cama que cantaba

Era la cama donde tú componías.

Hasta el camino por donde transitabas todos los días

Extraña tus largos pasos, con tu taconear

Con tu tongonear, con tu sonrisa, a veces con tu tristeza

Y sobre todo con tu amable saludar

Y con algo de medio celos se pregunta

¿En qué otro camino andarás?

*Han pasado veinte años ya
Y todavía sigo esperando tu regresar
Y escucharte como era de costumbre
Gritando desde la puerta
¿Mami, ya la comida caliente está?*

*Ya el viento no golpea la puerta igual
Ni la lluvia cae con la misma intensidad.
Sentada en mi ventana todos los días
Miro el volar de las cometas
Y mirando hacia las estrellas
Le pregunto a Dios con todas mis fuerzas,
¿cuándo será el día que regresará?*





“Hasta que un día
me llamaron y me
dijeron que no
estaban jugando,
que si no me iba de
ahí no amanecía”.

Color y diversidad: la vida de Andrés Gutiérrez

El círculo de la violencia

Un martes temprano llego al barrio Los Mangos, en la Comuna 8 en el Cerro Pan de Azúcar de Medellín. Huele a mañana fresca y la calle estrecha, con viviendas de ladrillo adosadas a lado y lado empieza a despertar. Gente que sale caminando cerro abajo hasta la ciudad, porque no les alcanza para pagar el pasaje del bus. Me cuesta un poco dar con la dirección: es una loma muy pendiente, con diagonales y transversales en las que me pierdo. De pronto lo veo. Un colorido grafiti que muestra el dibujo de una madre con sus hijos rodeados de flores, con un letrero en letras grandes negras que dice Casa Diversa. Andrés abre la puerta, me saluda y me hace pasar. Subimos. Me encuentro en una casa de dos plantas con una azotea desde donde se puede contemplar la ciudad, Medellín, aunque las nubes densas de ese día y los miles de cables eléctricos que saltan de un techo a otro formando un nudo gris, obstaculizan la vista.

En los barrios de Medellín se han vivido todas las expresiones de la guerra: enfrentamientos entre pandillas, narcotráfico, guerrillas, paramilitares, estigmatizaciones y abusos de todo tipo. La Comuna 8 no ha sido la excepción, con un factor adicional para Andrés, su orientación sexual, y la de muchos como él, que los ha hecho blanco de discriminación y amenazas constantes por parte de los grupos armados.

Andrés nació en Andes, Antioquia, a 116 kilómetros de Medellín, en una familia de vocación cafetera. Es un hombre de mediana estatura, barba arreglada y mirada circunspecta. Es serio, de hablar y gestos pausados, y al contar su historia se mete de lleno en ella, como si volviera a revivir cada paso de su vida. Sus padres y abuelos siempre fueron caficultores, sembrar café era lo único que sabían hacer. Nació en su casa, con sus padres, su hermana y la partera que lo recibió, porque ir a un hospital no era lo que se usaba en la vereda. Siendo muy niño su familia emigró a Medellín. Llegaron al corregimiento de Alta Vista, tratando de buscar mejores recursos para la familia, pues en los pueblos cafeteros les iba bien durante la época de cosecha, pero el resto del año tenían que rebuscarse el sustento con otras cosas. Era la primera generación que migraba del campo a la ciudad para buscar nuevas oportunidades.

Con un dinero que la madre heredó de la abuela fallecida, compraron un terreno en la Comuna 8, en Villatina, un barrio que a finales de los noventa era muy rural y en el que vivieron con mucha precariedad. Montaron una tienda, pero quebraron al poco tiempo. Trabajaban en lo que podían, la madre en restaurantes y el padre en construcción; empezó como ayudante de obra y llegó a ser oficial. Logró construir la casa por partes, fue mejorando el piso, que en un comienzo era de tierra, y luego el techo, para que el agua no se entrara por las rendijas. Andrés y su hermana entraron a estudiar en el Colegio La Libertad y se fueron acoplando a la vida en la ciudad.

El barrio se fue urbanizando de manera informal, bandas criminales empezaron a vender lotes que no eran de su propiedad y aparecieron el microtráfico, las disputas territoriales, las pandillas, las balaceras. Era una situación nueva para Andrés y su familia. Los padres no los dejaban salir a la calle, iban de la escuela a la casa y no salían a jugar. Lo que fue un refugio cuando dejaron el campo, se convirtió en un infierno. Para protegerse de la violencia, la familia decidió irse para una finca que quedaba bastante apartada del casco urbano, a más de sesenta y cinco kilómetros de Medellín, en el municipio Don Matías. Era una vereda muy marginada donde el Estado no llegaba. Andrés y su hermana no pudieron estudiar durante un año, porque para ir a la escuela los chicos tenían que caminar una hora y media de distancia cada trayecto, y a los padres les daba miedo por lo que pudiera pasarles. En la finca, un día, un grupo guerrillero entró a la casa y se llevaron a un tío, lo torturaron y lo mataron. Huyeron de ahí. Se habían ido de la ciudad al campo por la violencia que imperaba en los barrios, y volvieron a tener que salir de la zona rural por la misma razón. Ya no se sentían seguros en ninguna parte.

Refugio en la amistad

Por todos esos desplazamientos y la situación de inseguridad de los barrios, la interacción social de Andrés era muy limitada. También lo era por su orientación sexual. El acoso, el matoneo y la burla eran constantes. Los compañeros lo llamaban mariquita, se burlaban de su voz, de que era amanerado. “Yo no entendía porque tampoco tenía clara mi identidad”, dice. Optó por segregarse. Iba al colegio porque tocaba, pero llegaba a la casa y se encerraba a ver televisión. Cuando regresó de la finca decidió validar el bachillerato en un instituto para adultos, pensó que así evitaría la estigmatización que había vivido antes en la escuela.

Un día aceptó una invitación de un compañero para ir a una pascua juvenil que organizaba la iglesia católica durante una semana santa. Aceptó sin pensarlo mucho. Empezaron a reunirse a menudo, era un espacio donde se sentía seguro, había mucha gente que se parecía a su modo de vivir la vida, nadie lo juzgaba, ni mucho menos se burlaba de él. “De ahí salió la iniciativa de iniciar una organización juvenil cuyo objetivo era encontrarse, parchar.²² Lo bonito es que de ese grupo la mayoría era homosexual o trans, o meta-leros, así que éramos los incomprendidos del barrio juntos, y generábamos un entorno protector para todos”, explica Andrés, y continúa: “Nos cuidábamos, andábamos juntos. Nos volvimos como una suerte de familia. Eso me permitió reconocermé, confirmar mi orientación sexual, validarme frente al otro”. Le fue dando menos miedo salir, participar, y se dio cuenta de que a través de la organización podía hacer otras cosas más allá de solo “parchar”. La alcaldía de Medellín los invitó a participar en unos pactos de convivencia por la violencia que estaba desarrollándose en los barrios por sectores poblacionales; les propusieron que firmaran un pacto en nombre del colectivo LGBT. Esa fue la justificación para crear el Movimiento Cultural Juvenil, o MCJ, que más adelante evolucionó en la Mesa LGBT territorial de la Comuna 8. Crearon la organización formalmente y asumieron su identidad como grupo juvenil. Andrés comenzó a liderar, a asistir a eventos, a participar en temas de diversidad de género. “Ese espacio me formó, me ayudó a enfocar mi proyecto de vida. Me dio luces de lo que quería hacer y me mostró otras posibilidades de ser. Me hizo darme cuenta de que no tenía que replicar los modelos de mis padres, o vecinos”

22 Parchar o parche es un modismo colombiano que significa reunirse con amigos. Se utiliza como verbo o sustantivo.

para tener una vida feliz, relata Andrés. No se reconocían como parte de la ciudad, casi no salían del barrio. “En esa época no salía del barrio sino una sola vez al año cuando tenía que salir a comprar un pantalón o una camiseta”, dice.

Se reunían en la iglesia, hacían fiestas donde se mostraban tal como eran, “aunque en muchas ocasiones nos echaban de la iglesia por maricas”, cuenta. Pero cada vez que la parroquia cambiaba de padre volvían. Cuando conformaron la mesa llegaron a Los Mangos, que es un sitio con una alta concentración de población LGBT. El proceso fue creciendo y ellos sin darse cuenta empezaron a tener un papel político en el barrio. Eran treinta y dos miembros fijos, más población flotante. Hicieron eventos públicos masivos, de más de trescientas personas; se reunían en la plazoleta del barrio, y en cierto momento llevaron a cabo la primera marcha territorial por la vida y la diversidad sexual.

El liderazgo a Andrés le surgió naturalmente. Fue llenando un espacio que no existía, una necesidad que él no había previsto pero que con el tiempo fue aflorando: la de actuar en cualquier área de su vida con tranquilidad, sin prejuicios por su orientación sexual. Entre él, su hermana y John Restrepo —otro líder de la comuna—, siempre estuvieron liderando el grupo, dividiendo funciones entre los tres, procurando que quienes se acercaran fueran bien recibidos siempre.

El día que salió del clóset fue duro para sus padres, pero de ahí en adelante lo han apoyado siempre. “A mi mamá se le infla el pecho cuando ve todo lo que hemos logrado con la Mesa. Incluso ella también nos colabora, nos acompaña, nos apoya, va a las marchas con nosotros y hasta ondea la bandera gay”, dice Andrés emocionado. Ha sido un camino que les ha dejado aprendizajes a todos como familia. Para Andrés ese proceso social fue como un salvavidas. Ver que podía estudiar, que podía hacer cosas sin sentirse discriminado, fue muy importante.

De parche a actor político

En Colombia han surgido iniciativas sobre los derechos de los colectivos LGBT desde lo académico e institucional, pero excepcionalmente desde lo territorial y desde los mismos jóvenes, como fue el caso de Andrés y sus colegas en la Comuna 8. Hablar de inclusión, de derechos, de igualdad en el barrio les dio mucha fuerza, pero también los puso en el mapa y los convirtió en objetivo militar.

Comenzaron las amenazas, cuando llegaban a los espacios se acercaba un mensajero, que por lo general era un niño, y les dejaba mensajes. “Cuando íbamos a hacer el Carnaval de la Diversidad nos dijeron que nos iban a lanzar un petardo y que volarían plumas y sangre”, relata Andrés. Ellos trataron de blindarse, pidieron protección a la policía. La asistencia se vio afectada por el miedo, pero igual lo hicieron. Al año siguiente empezaron las amenazas individuales hacia Andrés y John. Era 2011, John vivía en un asentamiento que se llama Esfuerzos de Paz, donde fue la primera sede de la Mesa y donde el movimiento cobró fuerza. Allí nació Casa Diversa. A John le tocó salir del barrio. Un día lo fueron a buscar a su casa unos hombres armados para matarlo, se salvó porque precisamente ese día no había ido a dormir allá. Trataron de ajustarse y seguir trabajando.

Con el fin de pasar desapercibidos decidieron cambiar de nombre y objeto político y así mostraron un rostro más artístico y cultural. Pero seguían manteniendo una posición política frente algunos temas y hacían denuncias. “Para ese momento ya nos habíamos echado al hombro la responsabilidad en torno a la deuda histórica que teníamos con el sector LGBT y que teníamos con nosotros mismos en términos de garantías de derechos. Es que no podíamos estar en espacios públicos. En muchas ocasiones nos sacaron de canchas y nos correteaban porque estábamos cinco maricas jugando fútbol o simplemente porque estábamos charlando y se oía el plumero en el aire y eso les incomodaba a los actores armados. Nosotros denunciábamos todo eso”, señala. “En esa época hubo muchas agresiones, se entraron los actores armados a la sede, nos golpearon, a uno de los jóvenes que estaba en su proceso de tránsito a mujer trans la violaron, la empalaron. Fue una época muy fuerte”, dice Andrés, y tenemos que hacer una pausa porque se le quiebra la voz y se pone a llorar. Pide perdón, como si hubiera alguna razón para ello, respira hondo y sigue su relato. A pesar de las presiones y amenazas, quienes conformaban la organización no se quisieron desvincular. Andrés aguantó. “Era una carga muy pesada porque ya no estaban mis pares, los otros líderes, pero logré aguantar así, como dos años”. Se cambiaron de sede y así lograron pasar un tiempo con más o menos tranquilidad, pero volvieron las amenazas. “Hasta que un día me llamaron y me dijeron que no estaban jugando, que si no me iba de ahí no amanecía”. Andrés decidió irse.

No tenía a dónde ir. Fue a la oficina municipal de Atención a Víctimas, pero no lo aceptaron porque solo recibían familias con hijos. Tuvo que recurrir a un conocido para que lo recibieran en un albergue del Estado. Solo aguantó una semana, allí también se encontró con discriminación y malos tratos por su orientación sexual. “En

ese momento tenía una pareja y él me ofreció que me fuera con él, estuve dos años allá”, dice. Se desligó de todos los procesos sociales porque privilegió su seguridad física. Logró conseguir empleos temporales en proyectos en otras comunas. Tuvo amigos y conocidos que le dieron una mano mientras veía qué podía hacer. En ese tiempo el grupo desapareció. Sin los líderes se acabó. Pero a los dos años capturaron a la persona que les había hecho las amenazas a él y a John Restrepo, y poco a poco fueron retomando sus actividades en la comuna. En esos dos años las autoridades le habían dicho que no viera a su familia, para protegerlos, así que cuando se enteró de la captura del agresor su prioridad fue estar con sus padres. Su hermana también había sufrido amenazas. Volvieron a reunirse, a abrazarse, a comer juntos y a darle vida al proceso juvenil. Aguantaron seis meses, porque los convocados eran pocos. Mucha gente no volvió por miedo. De treinta y tres miembros llegaron a ocho.

El Centro Nacional de Memoria Histórica los buscó para que participaran contando su historia y los motivó a reconocerse como víctimas del conflicto a nivel colectivo. Fue la primera vez que se dieron cuenta de que podían aproximarse al Estado para pedir la reparación de sus derechos que, como colectivo LGBT, habían sido vulnerados sistemáticamente.²³

Así, Andrés y sus compañeros empezaron un proceso ante la Unidad de Atención y Reparación Integral para las Víctimas, la UARIV. Tenían muchas esperanzas e ilusión de que los incluyeran como sujeto colectivo de reparación. Pensaban que las cosas iban a mejorar para ellos. La valoración del caso se demoró más de un año. Cuando iniciaron el proceso se encontraron con que el Estado no tenía referentes: no había un enfoque que facilitara el camino porque era la primera vez que el colectivo LGBT se presentaba a reclamar sus derechos. “Como éramos el primer grupo en ser reconocido como comunidad LGBT sujeto de derechos, nos puso en el escenario nacional: nos invitaban a hablar a todas partes. Pero no había sistematización, contamos la historia como diez veces, la UARIV cambiaba mucho de equipos. Después de un año y medio de intentar avanzar llegó una nueva profesional y finalmente, después de muchas discusiones, logró sacar adelante el documento”, relata Andrés.

23 En Colombia la Ley de Justicia y Paz de 2005 contempla en el artículo 49 los Programas de reparación colectiva, con el fin de “recuperar y promover los derechos de los ciudadanos afectados por hechos de violencia, y a reconocer y dignificar a las víctimas de la violencia”. Más adelante, en 2011, la Ley de Víctimas consolidó la reglamentación de la reparación de entes colectivos.

Andrés dice que una cosa es restaurar y otra muy distinta transformar. Se puede indemnizar el daño sufrido, pero lo más importante es que haya un verdadero cambio cultural para que la persecución de la que ellos fueron víctimas no se dé más. No basta con darles un espacio para operar, no basta con hacer unos talleres psicológicos, ni con hacer informes. Ese es el gran reto que Andrés y su organización tienen ahora por delante.

En Medellín no hay una organización que en términos territoriales aborde el tema de las víctimas LGBT; Casa Diversa está ocupando ese lugar. A lo que Andrés aspira es que la Mesa que lidera se convierta en un espacio interseccional, pues a la sede llegan personas afrocolombianas, niños, mayores. Se convirtieron en una suerte de oferta para los territorios que operativamente el Estado no asume. Nunca se han puesto una bandera política, porque quieren trabajar con cualquier administración sea cual sea el color del partido. Prefieren mantenerse al margen de la política.

Pretenden finalizar el proceso de reparación colectiva que está en curso, pero no quieren que su objetivo se convierta solo en eso. Están en la tarea de gestión autónoma de proyectos. Tienen dotación de instrumentos musicales, atención psicosocial y jurídica, pero quisieran tener todos esos recursos de manera sostenible, más allá de la ayuda que reciben de algunas ONG; son conscientes de que no son apoyos vitalicios.

Un día en la vida de Andrés

La carrera profesional de Andrés empezó en el SENA, un instituto educativo de estudios técnicos en Colombia, en donde estudió formulación de proyectos. Más adelante hizo una carrera técnica en diseño gráfico, y luego estudió Planeación y Desarrollo Social en la Institución Universitaria Colegio Mayor de Antioquia.

La rutina de Andrés comienza a las siete de la mañana. Empieza a trabajar en la organización Mercy Corps, donde se desempeña como oficial de proyectos de protección y género a población migrante venezolana y colombiana con alto grado de vulnerabilidad. Al final de la tarde, cuando termina su trabajo, sale para Casa Diversa. Todos los días hay alguna actividad, algún taller, o se reúne con sus colegas para mirar convocatorias, aplicar a proyectos, o simplemente para pasar el rato. Casa Diversa es su centro, su vida. Como relata Andrés: “si no estoy trabajando estoy parchando; vamos al Morro, salimos a trotar. Nunca he sido de ir a cine, o a centros comerciales, porque

no hemos tenido esos recursos, mucho menos la gente que conforma la organización”. La familia los acompaña en esos planes. A veces se van a la casa de la mamá a hacer hamburguesas. Otras veces ella asiste a los talleres. Cuando hay proyectos en ejecución, les hace la comida, los refrigerios. El papá, como es oficial de construcción, fue el que hizo la casa de la sede. La hermana se graduó con él de la universidad, trabajan juntos y son muy amigos. El proyecto de Casa Diversa se convirtió en el proyecto de vida de Andrés y de su familia.

Andrés se siente pleno. Ha logrado estudiar, apoyar a los jóvenes para que sean quienes quieren ser. Sueña con viajar y hacer una maestría en género, sexualidad y política. Para la organización aspira que se sostenga en el tiempo, que haya relevo de líderes y generaciones, que crezca más allá de la Comuna 8 y que genere oferta no solo para la población vulnerable sino también oportunidades para todos los jóvenes.

El proceso social que ha liderado a través de Casa Diversa transformó su vida y la de otros. En más de una década como líder del colectivo LGBT, Andrés ha visto sobresalir a muchos jóvenes que se han dado cuenta de que sí pueden actuar abiertamente en la sociedad sin importar su orientación sexual. “Se ha convertido en una bola de nieve. La organización genera posibilidades y garantías para que los jóvenes se quieran, se reconozcan, si quieren salir del clóset o hacer un tránsito de género que lo puedan hacer y que se sientan apoyados”, dice Andrés con una mirada de satisfacción.



“No soy un producto terminado. Soy una mujer en proceso de cambio y desarrollo dedicada a ayudarle a los demás a transformar sus vidas”.



Dora Nelly Restrepo, la mujer que transforma vidas

Entre tinturas y talleres

Teñir el cuero es todo un arte. Dora tiene la magia de sumergirse en las tinturas para darle vida a viejos objetos que ya se veían opacos y desaliñados. Trabaja junto con su esposo desde hace más de veinte años en ese oficio. En su casa en Bello, en el Valle de Aburrá, Antioquia, cuentan con un taller donde han perfeccionado las técnicas de la tintura. Un espacio lleno de luz atiborrado de toda clase de artículos que la gente del barrio les ha dejado para transformar: viejas carteras, bolsos, zapatos, cinturones o muebles. Sobre una gran mesa de madera pesada se ven las tinturas y herramientas que están en uso. Es el estudio de una artista, con brochas y pinceles de diferentes tamaños. En una esquina de la mesa está el esposo de Dora, quien me saluda amablemente.

Conocí a Dora en la plaza Santander, en el centro del municipio de Bello. La plaza tiene dos iglesias grandes, algo excepcional pues en general en los pueblos colombianos hay solo una iglesia central. Quedé de encontrarme con ella frente a la de Nuestra Señora del Rosario, en el costado norte del parque. Hemos hablado por teléfono varias veces, pero aún no la conozco físicamente y, sin embargo, veo acercarse a una mujer de estatura mediana con paso decidido, pelo largo recogido en una trenza, y sé que es ella. Lleva una camisa de flores de colores de manga corta que parece mexicana. Más tarde

me cuenta que se la trajo una hija de México. Nos saludamos y caminamos en busca de un café para conversar con calma.

Bello es uno de los municipios más violentos de Antioquia. Bandas criminales, como excombatientes de la guerrilla, paramilitares desmovilizados y delincuencia común se enfrentan por el control del territorio y se nutren del micro y narcotráfico y de la extorsión a pequeños comerciantes. “En Bello no hay Estado”, dicen los lugareños. Ellos perciben que son los criminales quienes imponen la ley, quienes deciden si hay tregua o no. Los toques de queda durante la pandemia no han sido novedad para la gente de Bello, estaban acostumbrados a que las autoridades declararan toque de queda en las noches por razones de seguridad.

A esa hora de la mañana, sin embargo, reina la calma. A pesar de que estamos en época de pandemia hay mucha gente en la calle. Pasan motos de alto cilindraje con hombres acompañados de jóvenes mujeres con medidas perfectas que revelan que han pasado por el quirófano. Los negocios están abiertos y de la mayoría sale un reguetón a todo volumen. Locales de venta de carne al lado de ferreterías o fotocopiadoras; venta de calzado y ropa interior, panaderías y cafeterías. Escogemos una que a Dora le gusta y no está muy concurrida. Ahí nos sentamos a tomar café mientras me cuenta de su vida.

Vive en Bello con su esposo desde hace 26 años. Nació en Bogotá, pero cuando tenía cuatro años la familia se mudó para la Comuna Dos Santa Cruz, una de las dieciséis comunas de Medellín, al nororiente de la ciudad. Recuerda que su casa estaba en un barrio de invasión, era hecha de tablas y en el barrio siempre reinaba el miedo, por la presencia de milicias populares. Ahí pasó su niñez, en medio de muchos maltratos familiares que marcaron su vida. “Mi mamá ponía a su pareja por encima de sus diez hijos, nunca fue una madre amorosa. Mi hermana mayor fue víctima de violencia sexual por parte del padrastro. Vivíamos con miedo”, dice. Dora dormía con un cuchillo debajo de la almohada, porque no iba a dejar que le pasara lo mismo que a la hermana. Se acostumbró a dormir así, a pensar que sí era capaz de usar el cuchillo en caso de ser necesario. A lo que no se acostumbró nunca fue al miedo.

Hizo hasta quinto de primaria, hasta que tenía doce años. Para ir a la escuela pública necesitaba el registro civil, pero a Dora nunca la habían registrado, así que no pudo seguir estudiando. A los quince años quedó en embarazo de un muchacho del barrio. Fue una niña criando a otra. Trabajaba arriando ganado, aseaba pisos, lo que fuera que le permitiera conseguir dinero para alimentar a su bebé. “Yo no quería a mi hija porque

era muy joven y la tuve sin planearla, pero trataba de darle todo lo que necesitaba”. Años más tarde tuvo su segundo hijo con un hombre del cual se enamoró, aunque la relación no duró mucho. Fueron años de mucho trabajo y penurias. “Yo sé lo que es tener hambre: pasaban tres o cuatro días sin comer y estaba en embarazo. Vivía con mi mamá, pero ella me presionaba para que no me quedara ahí. Cuando tuve el hijo no tenía ni pañales ni sitio a donde ir”, relata Dora. Una amiga le dio trabajo en una cafetería. Allí conoció gente y le hicieron propuestas de trabajo. “Un día se me acercó un amigo y me ofreció que me fuera a otro país a trabajar, me dijo que yo tenía un cuerpo lindo, que aprovechara. Unos días después me di cuenta de que era un negocio de trata de personas. Me di cuenta antes de tomar la decisión y no fui”, dice. Después trabajó vendiendo lotería y conoció al que hoy es su esposo. Con él tuvo tres hijos más.

La fuerza de Christian

Dora no tuvo una buena relación con su hija mayor porque era muy joven cuando nació. Con el pasar de los años ha logrado acercarse a ella y darle el afecto que no le dio los primeros años. Con Christian, su segundo hijo, fue una madre mucho más presente. Dora cuenta que el chico era muy especial, tenía una gran sensibilidad y aspiraciones tanto para él como para su madre. Él la animaba a estudiar, le decía que se preparara, y la invitó a hacer la primaria de nuevo para que validara después el bachillerato. Estudiaron juntos la primaria. Cuando el muchacho tenía dieciséis años lo mataron. Dora nunca supo quién ni por qué, pero cree que fueron las fronteras invisibles, como se conoce al cruce de violencias entre los distintos grupos armados que operaban en Medellín a comienzos de los dos mil. Los grupos armados ilegales, sembraron el terror con discursos de amenaza y miedo hacia la población para que no salieran de sus barrios. A quienes pasaban esa frontera invisible donde los grupos armados operaban, los mataban. Christian nunca había recibido amenazas, ni andaba metido en actividades ilegales. El único círculo al que pertenecía era al grupo juvenil de la iglesia. Una tarde de diciembre de 2001 le pegaron un tiro al salir de una de las reuniones.

Dora se derrumbó. Sentía que se hundía, y se encerraba a llorar todo el día. Una noche estaba llorando mucho y un pensamiento vino a su mente: “hay mucha gente afuera, muchos jóvenes como Christian, que necesitan ayuda”. Se acordaba de una vez que su

hijo le había dicho “mamá, yo voy a ser médico, y tú vas a ayudar a mucha gente y el mundo te lo va a reconocer”. Ese recuerdo la levantó y la puso en acción.

Dora dice que Christian le enseñó a perdonar, a tener una relación mejor con la mamá. Era un joven maduro para la edad que tenía, y dice que para ella fue y sigue siendo un maestro. A pesar de la tristeza profunda en la que estaba sumida, decidió levantarse y seguir con su vida. Como el plan era validar el bachillerato con Christian, se registró en la Institución Javier Londoño y en honor a él terminó sus estudios. El programa de bachillerato lo hizo con énfasis en convivencia ciudadana. La mayoría de sus compañeros eran paramilitares desmovilizados, lo que le ayudó a tener una mayor comprensión de las dinámicas sociales de los grupos ilegales. Empezó cada vez más a tomar cursos de equidad de género, desarrollo social comunitario y derechos humanos. “Me metí en cursos en la Universidad de Antioquia. Hice un diplomado, e hice una investigación de violencia familiar en donde comprendí por qué mi madre me había maltratado, porque ella misma había sido violentada y maltratada”, dice. Cuando empezó a estudiar el esposo de Dora no estaba de acuerdo, decía que ya estaba muy vieja para eso, “loro viejo no aprende a hablar”, le dijo un día, pero después lo aceptó. “Yo no quería vivir la vida que vivió mi mamá, o la que vive mi hermana. Las experiencias se vuelven repetitivas, uno es el que decide romper esos ciclos”, dice Dora con satisfacción, porque en su caso el estudio le ha abierto nuevas posibilidades para desarrollarse y ayudar a otros.

Decidió invitar a la mamá a esos mismos talleres, pues pensó se beneficiaría. Ella también trabajó un proceso de perdón y fortalecimiento, aunque nunca le pidió perdón a Dora. “Pero sí se acercó más a mí, y cuando murió, unos años más tarde, le dije que se fuera en paz, que yo ya la había perdonado”, recuerda.

“El liderazgo social me devolvió a la vida”

A Dora el proceso social le ha servido para resolver su vida y ayudar a otros. “Hubo un momento en que yo pensé que no quería vivir. El liderazgo social me devolvió a la vida”. Así como tiene la magia de darle vida a viejos objetos, también tiene la magia de

transformar la vida de muchas personas: mujeres y jóvenes que han visto vulnerados sus derechos y que con su apoyo y liderazgo han encontrado motivos para vivir.

Es lideresa en la Mesa de derechos humanos de la Comuna Dos Santa Cruz, el barrio en el que creció. Conoce a fondo las complejidades sociales, la pobreza en que vive la mayoría de sus habitantes, las dinámicas de violencia y la falta de Estado. Líderes sociales como Dora han logrado contrarrestar la presencia de grupos armados ofreciéndole protección a la gente, capacitando e incidiendo en políticas de desarrollo y gestión de recursos para implementar programas. Trabaja sobre todo con mujeres víctimas de violencia sexual, y con jóvenes de alto riesgo que no han visto nada distinto a la violencia que se vive y para quienes son muy importantes los espacios de esparcimiento, para aprender que “la vida es mucho más que empuñar un arma”.

La Mesa es un espacio donde confluyen varias organizaciones y cuyo objetivo principal es velar por la defensa de los derechos de la comunidad y el acceso a la justicia. Se creó de manera informal en 2008 como un espacio de diálogo y convivencia en el marco del proceso de desmovilización de los paramilitares.²⁴ En 2015 tomó un nuevo rumbo al constituirse como un órgano con estructura formal.

Dentro de las funciones de la Mesa están investigar y hacer diagnósticos sobre las principales problemáticas de los barrios de la comuna; dictar talleres sobre temas de género, perdón, reconciliación y sana convivencia a grupos de personas vulnerables. Generar espacios de convivencia entre los diferentes sectores. Las mesas son también plataformas de interlocución con el gobierno y con otras comunidades. “Hacer parte de la Mesa es lo que le dio sentido a mi vida. Cuando uno trabaja en territorio es duro, hay mucha pobreza y desigualdad social, muchas injusticias. La inseguridad es de cada día. Hay gente que desaparece de la noche a la mañana y son casos que nunca se resuelven”, dice.

Dora ha vivido con miedo desde que dormía con un cuchillo debajo de la almohada cuando era niña. Pero es consciente de que el miedo no le permite al ser humano avanzar, por eso canta, baila, “porque a pesar de las dificultades uno tiene que buscar ser feliz”,

24 En 2005 el Congreso de la República de Colombia aprobó la Ley 975, de Justicia y Paz, mediante la cual se creaban las bases para un proceso de desmovilización de las estructuras paramilitares y su consiguiente reincorporación a la sociedad. Muchos desmovilizados, sin embargo, formaron bandas criminales y siguen operando en diferentes municipios del país.

afirma sonriendo. También forma parte de la corporación Las Sabinas, una organización que nace con el fin de que un grupo de mujeres compartan historias y unan esfuerzos para aportar a la comunidad. Se reúnen alrededor de treinta mujeres para desarrollar distintas actividades: hacen trueques, bazares, festivales. “Partimos de una identificación de las habilidades de cada uno para guiarlos en su aporte”. También organizan almuerzos comunitarios. Sabe que unos almuerzos esporádicos no tienen gran impacto en la vida de la gente, “pero hace la diferencia en el día de una persona, y al buscar colaboración para esos almuerzos en la comunidad, se va tejiendo tejido social”, dice.

Durante la pandemia ha trabajado en enseñar a hacer huertas comunitarias, por la necesidad de repensar la manera de autoabastecerse con los alimentos, y como dice ella, “con las huertas comunitarias también se va creando comunidad”. Pertenece a la Red de huerteros, le enseña a la gente a cultivar cebolla, remolacha, tomates o zanahorias. Dora tiene una huerta casera en la azotea de su casa en donde todos los días busca ingredientes para cocinar. “Hay que apostarle al desarrollo desde los territorios”, afirma convencida.

Hace dos años Dora estuvo entre la vida y la muerte. Perdió veinticinco kilos, le hicieron una cirugía de estómago por un cáncer, aunque ella prefiere no nombrar esa palabra porque está concentrada en la vida. Después de la operación sintió irse, pensó que se moría y en su mente recorrió su vida. Pero no tuvo miedo. En esos instantes comprobó que lo importante en la vida es el amor y el dar. No se fue. Abrió los ojos y estaba ahí su esposo. “Yo estoy en este mundo porque cada uno viene a una tarea. Yo creo que mi tiempo no era todavía. Tengo mucho por hacer por la gente. Me enamoré de la enfermedad, la acepté y he aprendido a convivir con ella”, dice. Estuvo hospitalizada dos veces en tres meses. Lleva dos años bien, ella no piensa que se va a morir, vive el día, porque sabe que el mañana es incierto. Se disfruta cada instante con su familia y la comunidad. Lo único que quiere es que los hijos y nietos vean a una mujer luchadora que vive en paz y al servicio de los demás.

Seguimos conversando y tomando café, pero ya adentrada la mañana empieza a llegar más y más gente al establecimiento donde estamos. El ruido de las conversaciones ajenas no nos deja hablar con tranquilidad. Dora me invita a su casa, a pocas cuadras de allí. Además del reguetón salen de otros locales unos deliciosos aromas que anuncian la hora del almuerzo. Cuando llegamos a su casa me reciben en el corredor unos canarios cantando como si estuvieran dándome la bienvenida. “No soy

un producto terminado. Soy una mujer en proceso de cambio y desarrollo dedicada a ayudarle a los demás a transformar sus vidas”, dice. Así como les da vida a los objetos viejos de cuero cuando los tintura.



Agradecimientos

Son varias las personas e instituciones a quienes quisiera agradecer:

En primer lugar, gracias a mi esposo, Carlos, que me apoya siempre en mis proyectos, cualquiera que sea. A mis hijos, por su interés y deseo de aprender y conocer más de Colombia. A mis hermanos, por su interés y apoyo.

Gracias a la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y a la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) por su apoyo en la identificación de algunas de las personas entrevistadas en este libro, y su apoyo en algunas labores de reportería.

Gracias a Paula Gaviria directora de la Fundación Compaz, por compartir su conocimiento sobre los derechos de las víctimas del conflicto armado y a Valentina Erazo por su apoyo en identificar y compartir los contactos de varias de las personas que conforman este libro.

A Fedosy Santaella, por su aguda mirada y la edición de parte del texto.

A Martha Espejo Barrios, de Communitas Colombia, quien revisó y corrigió el libro con lupa.

A Ricardo Silva Romero por la lectura de los primeros capítulos del libro.

A Jorge Carrión, por la lectura y comentarios al capítulo de presentación.

A Vanessa de la Torre, por su generosidad en compartir información y contactos.

Gracias a Esteban Morales, de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, por compartirme información valiosa y por presentarme a Ángela Salazar (QEPD), con quien tuve una conversación enriquecedora sobre el enfoque étnico en el conflicto colombiano.

A las tertulias con amigos y colegas, especialmente al grupo del Taller de narrativa de Hernán Vera, que también contribuyeron a darle fuego a mi pasión por escribir este libro.

Gratitud inmensa hacia Fulvia Chunganá, Liliana Pechene, Sergio Bustos, Mayerlis Angarita, David Cortés, Andrés Gutiérrez, Luz Aida Angulo, Luz Marina Becerra y Dora Restrepo, por su confianza y las lecciones que sus historias me dejaron.

En “Más allá del abismo. Relatos de líderes sociales que abren camino”, Diana Pardo reúne los testimonios de diez hombres y mujeres que lograron sobrevivir situaciones de inmenso dolor en medio del conflicto armado colombiano y hoy en día se dedican a trabajar por la defensa y protección de los derechos de los más vulnerados. Sus relatos nos ayudan a reconocer el dolor de las víctimas, nos acercan más a la realidad colombiana y nos ayudan a ampliar nuestra capacidad de imaginarnos la vida de los líderes y lideresas sociales que tanto hacen por sus territorios y que están siendo asesinados ante nuestra mirada impotente.

Diana Pardo

Nació en Bogotá, Colombia y reside en Miami, Florida, desde 1999. Es abogada de la Universidad de los Andes, en Bogotá, y MA y Ph.D. en Relaciones Internacionales de la Universidad de Miami. Consultora de comunicación, columnista de El Tiempo y colaboradora ocasional para medios como el Nuevo Herald en Miami o El Espectador en Bogotá. Dos de sus relatos fueron publicados en *Inficciones. Relatos de escritoras en confinamiento* (Miami, Ediciones Aguamiel, 2020). Gran parte de sus escritos se pueden encontrar en www.dianapardo.co.

ISBN: 978-958-49-3812-1



9 789584 938121